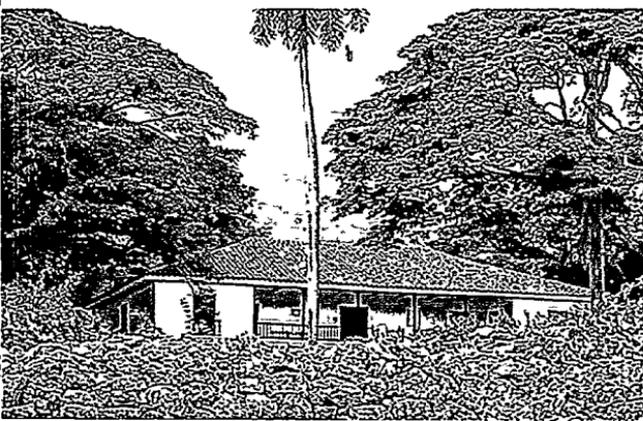




Daniel
Potes
Vargas



*Notas Culturales y Literarias
sobre los bienes naturales de
dos novelas vallecaucanas*

Tuluá 2009

Daniel Potes Vargas

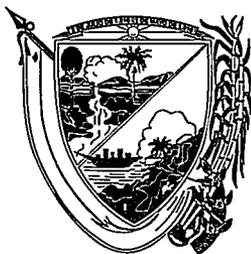
flora y
fauna
en María y
El Alferez Real



Notas Culturales y Literarias
sobre los bienes naturales de
dos novelas vallecaucanas

Tuluá, 2009

**Este producto cultural fue patrocinado por el
Instituto para la Investigación y la Preservación del Patrimonio Cultural
y Natural del Valle del Cauca.
INCIVA**



Diseño - Pre-prensa e Impresión



Comunicadores Gráficos

Carrera 27 No. 27-92 - Tel: 224 6589 - Telefax: 225 2808 - Cel.: 315 433 91 04
e-mail: franciscos_impresos@hotmail.com www.franciscos.com.co
Tuluá - Valle - Colombia

MARÍA

Señor, si en su miradas encendiste
ese fuego inmortal que me devora
y en su boca, fragante y seductora,
sonrisas de tus ángeles pusiste;

si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles: si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni a la paloma de tu selva diste,

perdona el gran dolor de mi agonía,
y déjame buscar también olvido en
las tinieblas de la tumba fría.

Olvidarla en la tierra no he podido.
¿Cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?

Jorge Isaacs Ferrer
(1837 - 1895)

2

5

2

5

PRELUSIÓN

Para efectos de este libro debo decir que no soy botánico. Quizás, como Carlos Alberto Potes Roldán y otros tulueños, he sido lector de textos de botánica y de fisiología vegetal como una pasión intelectual moderada. Admiro la extensa sapiencia de esos taxónomos que con ver una hoja sacan todas las consecuencias formales y de filiación que enseñó el genial Linneo.

Admirador como he sido de Isaacs, desde antes de la primera lectura de María, cito los vegetales para que los botánicos los vean con mirada de literato enamorado. Árboles, arbustos y plantas son reiterados aquí como un jardín sin tiempo. En algunos de los sesenta y cinco capítulos de la novela editada por vez primera en Bogotá en 1867 salen yarumos y naranjos, platanales y cacaotales, rosales y jardines de albahaca, yerbabuena y azucenas.

Las rosas, bien en la cabellera de la amada de Efraín, en los huertos o en los floreros que adornaban la habitación del novio son el mismo emblema. La rosa, cantada por Rioja en España y por Luis Alfonso Tezna Chaparro en El Overo, Valle del Cauca, es un trazo emblemático de la belleza, del amor de los dos primos.

Todo el mecanismo, toda la minuciosa relojería síquica que se desarrolla a lo largo del relato no es más que un cúmulo de anécdotas delicadas que se inscriben en un espacio tiempo vegetal, en una galaxia verde ante la cual los personajes son como referencias del paisaje.



Analistas comentan que hasta la esclavitud, la servidumbre, es tratada como parte del paisaje. Aquí los lectores hallarán, capítulo por capítulo, la mención de las plantas, árboles y arbustos de la comarca. Tras una descripción taxonómica de ellas, se aborda el asunto de si existen todavía en la flora comarcana. Igualmente los animales que de una forma u otra entran en la dinámica social y cotidiana de las gentes que pueblan estas páginas inmortales. María es pieza clave de un romanticismo que nació en Alemania, siguió en Inglaterra su desarrollo y luego en Francia, Italia y España para adoptar matices neotropicales en América Latina, ya en su fase final.

Los botánicos verán estas páginas sencillas como espacio para nombrar especies vegetales desde el ángulo narrativo y los amantes de la literatura, hallarán el inventario de los verdes, la relación de los huertos y sembrados de la zona donde tiene lugar la novela.

Efraín, sosias o alter ego (otro yo) del narrador que es eje especular del autor, refleja no sólo aquello que ocurre en sus corazones sino que pinta como con una Kodak anímica, las coloraciones de la exuberante naturaleza que es como una madre que todo lo cura pero también como un féretro que contiene los despojos del amor y el olvido.

La revisión de la flora y la fauna, seguida de su taxonomía y análisis de existencia actual, se contrasta con una aproximación al tema de la transformación de los trapiches del modelo de hacienda del siglo XIX con



Daniel Potes Vargas

las formas actuales de producción en las refinerías azucareras, habida cuenta que el padre del escritor fue uno de los pioneros del sector azucarero en el Valle del Cauca.

Igual procedimiento se usará con la novela del roldanillense Eustaquio Palacios, *El Alférez Real*, condimentado todo con apuntes de tipo literario. Botánica sencilla para lectores de literatura y mención literaria de vegetales para los botánicos de profesión que quizás olvidan que las hojas y las flores no sólo viven en las selvas y montañas sino en la memoria infinita de los escritores y poetas.

A la infaltable hora de los agradecimientos, hay que darlos a los Dres. Jairo Escobar Fernández, ilustre director de Inciva y Wilson Devia, insigne botánico tuluense al igual que a los botánicos Juan Adarve y Alejandro Castaño, tan enamorados de la ciencia vegetal como de la palabra que la recrea, tanto en un libro de Víctor Manuel Patiño como en un poema a los mamoncillos, de Raúl Gómez Jattin.



INTRODUCCIÓN

Como una notoria coincidencia, cuando apareció *Cien años de soledad* en Buenos Aires en 1967, se cumplían cien años de la primera edición de *María* de Jorge Isaacs Ferrer en Bogotá. El hijo de Henry George y de Manuela, nacido en Cali en 1837, tenía 30 años cuando sacó a la luz pública su relato. Isaacs fue aventurero, conservador, revolucionario, empresario fracasado como su amigo el poeta José Asunción Silva.

Escribió poemas y obras de teatro como *Paulina Lamberti*. Su obra, según Núñez Segura, no es una novela sino un poema, por la estructura y el uso semiótico de sus personajes. Es casi un poema del heroísmo del amor ante el cúmulo de adversidades que le ofrece la cotidianidad. Ciento cincuenta ediciones llevaba *María* cuando apareció la obra del cataqueño. Ellos nos lleva a reflexionar lo siguiente, ¿Es *María* sólo una historia de amor o podemos leer entre líneas otros códigos? ¿Tiene un rango socioeconómico, por ejemplo, de lectura?

Las obras clásicas, o sea aquellas capaces de despertar sugerencias y cuestiones en múltiples épocas a pueblos diversos, pueden y deben leerse desde órbitas plurales que hacen más fértil el contacto lectoral.

El cambio de un modelo de hacienda del siglo XIX, por ejemplo, frente a las modernas factorías y refinerías de azúcar en el Valle del Cauca agroindustrial o la lenta transformación del régimen esclavista hacia formas



más sutiles de dominio y control laboral son sólo opciones de una vasta lectura.

Ya la psicología organizacional suple el papel de los antiguos caporales que a látigo y vocablos soeces orientaban el rendimiento de la peonía. La presencia mística, sin ser devoradora como en la *Voragine* de José Eustasio Rivera, de la naturaleza; la relación de una pareja de primos que saben que su amor es incestuoso de todas formas, la referencia a un signo (no sólo símbolo) de la tragedia como el ave negra extraída de los poemas del romántico Poe, el vínculo animista entre los amantes y el marco natural de sus afectos, la relación de amos y servidumbre invitan a una nueva lectura y reflexión sobre los 65 capítulos de que consta la obra del caleño inmortal, del Caballero de las lágrimas.

En este trabajo abordamos la presencia de los vegetales y animales, de la flora y la fauna a lo largo de los capítulos narrativos. No sólo la cacería de un tigre o de un venado connota una dimensión cultural de relación del hombre con su ambiente natural sino la proyección de una concepción de la naturaleza todavía no sometida al racionalismo triturador que hoy amenaza con su continua devastación.

Árboles, arbustos y plantas son detectados aquí. Y ese será nuestro método de trabajo. Ver en cada capítulo qué se cita de animales y vegetales y explorar qué queda de ellos en el presente. Pretérito y actualidad se enlazan para dar una vívida idea de cambios que no siempre son de naturaleza positiva para el hombre, su comunidad social y la naturaleza de la cual vive.



Daniel Potes Vargas

Finalmente miraremos la evolución de los modelos de hacienda en el Valle desde la época de Isaacs, últimas décadas del siglo XIX y la transformación de los modelos laborales en tales núcleos de cultivo y producción, asumiendo que el padre del poeta era pionero del industrialismo azucarero. Igual criterio aplicaremos a los capítulos de El Alférez Real, del roldanillense Eustaquio Palacios.

Digamos finalmente que antes de los tres abordajes puntuales: flora-fauna, las haciendas en su evolución productiva en el Valle del Cauca económico y el sistema esclavista evolucionado hacia otras formas, aclaramos algunos puntos de índole biográfica y literaria tanto en la obra del caleño como del roldanillense...

Con estas notas introductorias a cada autor y a cada sondeo esperamos ambientar mejor al lector con la obra que será luego analizada.



1

2

3

4

Daniel Potes Vargas

LA TIERRA, LA PALABRA Y LA MUJER

El Cerrito es uno de los cuarenta y dos municipios de que consta el Departamento del Valle del Cauca. El Cerrito es municipio desde el año de 1864 pero tuvo fundación hacia 1826, cuando el Presbítero Manuel José Guzmán adelantó tales procesos fundacionales. Las dos regiones claramente marcadas de esta municipalidad definen su vocación. De un lado, la parte plana, a orillas del río Cauca y de otra, la parte montañosa, en la Cordillera Central. El Cerrito es región básicamente agrícola e industrial. Hay en su suelo cultivos importantes, altamente tecnificados como la caña de azúcar, cosechas temporales como la cebolla junca, la papa, el frijol, el algodón, la soya, el millo, el sorgo y el arroz así como cultivos permanentes de uva y frutales. El Cerrito tiene importantes industrias de cuero. El 10% del valor agregado industrial es aportado por los ingenios y refinerías de azúcar.

El municipio tiene allí grandes fuentes de empleo agrícola. Tanto el ingenio Providencia como los famosos panderitos Kist tienen su sede en esta región del Valle del Cauca. Las más hermosas y viejas haciendas del Valle del Cauca están aquí. Descueña entre ellas El Paraíso, hacienda construida en el siglo XVIII.

Desde allí hay una majestuosa panorámica del Valle que baña el río Cauca. En esas estribaciones de la cordillera Central y en ese paraíso, tuvo lugar el desarrollo de las escenas del famoso libro María, del autor caleño Jorge Isaacs Ferrer.



La mayor parte de El Cerrito es montañosa. Sus ríos más importantes son el Cauca, el Amaime, El Cerrito, el Zabaletas y la laguna Las Tres Américas. El agua ha jugado un papel muy importante en esta tierra, incluyendo las inundaciones del Amaime, narradas en un capítulo de la novela inmortal. Siendo El Cerrito agrícola y ganadero, tiene como principales corregimientos a Santa Elena, Tenerife, El Carrizal, El Castillo, El Cofre y El Rincón. En Santa Elena, exactamente, está ubicada la hacienda que fue espacio de los amores tormentosos de Efraín y María.

Las haciendas han jugado un rol fundamental en esta localidad. No olvidemos que en el caserío que había en una hacienda, San Agustín, había una capilla que fue el eje de la vida social de aquella época, hacia 1760. De allí probablemente se originó la primera forma histórica del municipio.

Como muchos municipios vallecaucanos, El Cerrito fue fundado mucho antes que el Valle del Cauca fuera creado en 1910. Es como si la mayoría de los hijos fueran mayores que la progenitora.

En esas relativamente tranquilas tierras de El Cerrito pasó una parte de su vida el escritor caleño Jorge Isaacs Ferrer.

Daniel Potes Vargas

Es curioso cómo la mayoría de vallecaucanos son pocos recorredores y conocedores de su región. Otros habitantes de zonas diversas de Colombia son más dados a conocer su departamento. Con sus 42 municipios el Valle muchas veces es el gran desconocido de sus habitantes.

María fue publicada en 1867. Y es curioso que un siglo después, en 1967, fuera publicada Cien años de soledad, la segunda obra más leída de la literatura colombiana. Tanto la obra del caleño como la del cataqueño, llevaron su espacio y su tiempo a ser símbolos universales. La una, símbolo del amor que prospera por encima de las limitantes de la vida y la otra, como afirmación de las sagas que luchan contra la opresión de la realidad.

En Cali, un primero de Abril de 1837, nació Jorge Isaacs Ferrer. Su padre era un judío jamaiquino que había repudiado su fe y se convirtió al cristianismo para poder casarse con Manuela Ferrer Scarpetta, de ascendencia catalana.

George Henry Isaacs, padre de nuestro poeta, fue uno de los fundadores de la industria azucarera de Colombia. Ello es clave y notorio ya que nos dimensiona dos mundos. El de la exuberancia vegetal y el de la caña, destinada a la gran industria de las refinerías.

La vida estudiantil de Isaacs fue pródiga en movilidad. Primero en Cali y luego en Popayán, Jorge recibe una sólida formación de acuerdo a los cánones curriculares



de la época. Isaacs viaja a Bogotá y entra al colegio el del Espíritu Santo. Estudia posteriormente en los claustros de San Buenaventura y San Bartolomé sin llegar a graduarse. Tras permanecer en Bogotá cinco años, regresa al Valle del Cauca.

Ya cerca de su tierra, se instala en la hacienda El Paraíso, que tendría una honda repercusión en el clima de su novela. A la edad de 16 años se ve obligado a tomar las armas y participa en la primera de sus guerras civiles.

Ello definió su imagen de poeta romántico, al estilo de Lord Byron, peleando contra los turcos por la libertad de Grecia. Esa imagen era muy cara al movimiento romántico. El romanticismo colombiano, de hecho, tiene en Isaacs a su figura señera. El poeta guerrero que no obstante vive en paz en la naturaleza era muy puntual dentro de este movimiento que nació en Europa y se proyectó a la América Hispana.

Poco tiempo después se casó con Felisa González Umaña, quien tenía sólo catorce años el día de su boda.

Comprender esta dimensión revolucionaria de Isaacs nos permitirá entender mejor su vida y la relación de ésta con María, remanso de paz en medio de la agitación nacional y regional.

Entre los años 1860 y 1861 Isaacs participa en una guerra civil que tiene como objetivo atacar a los liberales de Tomás Cipriano de Mosquera. Lo curioso es que si bien atacó en aquellos años a Mosquera, luego tomaría

Daniel Potes Vargas

partido a favor de su combatido y enfrentaría a sus antiguos copartidarios. Esa basculación política y militar del poeta ha sido analizada desde diversas perspectivas. O bien como una búsqueda de ideal de gobierno o como una forma de su veleidad.

El caso de Jorge Isaacs es parecido al de José Asunción Silva. El poeta de Bogotá, tras la muerte de su padre, enfrenta la dirección de los negocios paternos, llevándolos a la ruina absoluta. Igual ocurrió con nuestro poeta, que tras la muerte de su padre, George Henry, se enfrentó a la administración de unos bienes más bien precarios, llevándolos a bancarrota y al desastre. Isaacs va en un segundo viaje a Bogotá, tanto por asuntos de litigios como por vocaciones poéticas y narrativas. En aquellos años en Bogotá el centro literario lo constituía El Mosaico. Sus integrantes recibieron al vate caleño con el mejor de los fervores, en especial su director el erudito José María Vergara y Vergara. Ellos querían defender cierto costumbrismo, narrar y poetizar las costumbres de la época con cierto matiz idílico y romántico, entendiendo por esto último la primacía de lo emocional sobre lo racional y de la naturaleza sobre una sociedad injusta y cruel muchas veces en su desarrollo institucional e industrial.

Vergara y Vergara publica tres años antes que María, el libro llamado Poesías, que logra un éxito inmediato para el poeta caleño. Es conocido rápidamente en Bogotá. Desde muy joven, Isaacs había escrito poemas de diversa índole, metro y temática.



El hijo de George Henry y de Manuela redactaba versos desde muy joven y ello lo sacó a flote en Bogotá. Ésto le ayudó, seguramente, a soportar los conflictos judiciales a que se vio abocado por las deudas de los negocios de su padre.

Por esos días, leía a René de Chateaubriand y a Lamartine. Del primero leía el caleño en especial El Genio del Cristianismo. De hecho hay una escena de la novela donde él, como Efraín, lee a María y a Emma, capítulos del bello libro que arranca lágrimas a las adolescentes.

Esas lecturas de Chateaubriand (1786-1848) y de Lamartine, historiador de la revolución francesa y autor de Graciela, una novela romántica (1790-1869), lo hicieron muy sensible al poder de la palabra, a su energía de sugestión. No es casual que muchas de las grandes novelas románticas tengan nombre de mujer, incluida, claro está, María.

El profesor de Inglés que tuvo el vallecaucano en Bogotá fue don Pedro Fernández Madrid. En 1851 le enseñó la bella lengua inglesa en el claustro de San Buenaventura y desde allí lo influyó para leer a Lord Byron (1788-1824), poeta inglés del romanticismo, valioso por su vida patriótica a favor de los griegos.

Isaacs amó siempre la lengua Inglesa y leía en francés con bastante soltura.



Daniel Potes Vargas

El Valle del Cauca, departamento o provincia verde por excelencia, donde lo natural es de gran belleza y riqueza como paisaje, era el marco ideal para el desarrollo de una novela en la cual la naturaleza no sepulta los sentimientos humanos, la vida íntima de los personajes como en la *Vorágine* de José Eustasio Rivera (1888-1928) sino que les sirve de marco ambiental, de contraste que dinamiza un sentir.

Si el opita termina su vasto relato con la frase "la selva se los tragó", el caleño la termina con otra expresión "partí a galope en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche."

En obras como *Amalia*, de José Mármol (1817-1871) por ejemplo, prima la dimensión social, el asunto nativista, abolicionista o de reclamo político. Ese romanticismo tiene la marca latinoamericana. María es una excepción ya que en este Valle del Cauca la preocupación del caleño fue el pathos sentimental. El nombre femenino de muchas de estas obras no es casual.

En Isaacs hubo influencias tanto políticas como conservadoras. Convenido que Lamartine, Chateaubriand y Lord Byron fueron como sus inspiradores literarios, Julio Arboleda lo fue en lo político, sobre todo en su visión del conservatismo.

Arboleda, (1817-1862) que estudió en Inglaterra, fue miembro del romanticismo colombiano, al lado de Jorge Isaacs Ferrer, José Eusebio Caro, Gregorio Gutiérrez González, Diego Fallón, Rafael Núñez,



Epifanio Mejía, José María Rivas Groot, Joaquín González Camargo y Rafael Pombo. De estos diez poetas el más famoso es Isaacs.

En 1967, cuando se cumplieron cien años de la edición de María, había 150 ediciones importantes de la inmortal novela del caleño. Ese mismo año apareció en Buenos Aires, Argentina, en las prensas de la editorial Sudamericana la primera edición de Cien años de soledad, del magdalenense Gabriel García Márquez; nacido en 1928 en Aracataca.

Entre 1871 y 1873 el caleño funge como cónsul de Colombia en Santiago de Chile.

Allí se opera un cambio de su conservatismo, heredado del poeta Julio Arboleda, hacia el liberalismo. El que combatió la revolución de Mascachochas, Tomás Cipriano de Mosquera, se siente más liberal que ninguno. Es tanto su fervor que en 1876, con grado de capitán, lucha en los ejércitos liberales en la cruenta batalla de Los Chancos.

Siendo gobernador del Cauca y al mando de sus fuerzas revolucionarias, ataca al Estado de Antioquia. Isaacs depuso al gobernador y ejerció gobierno entre los países. Los poetas románticos rara vez morían en su tierra. Byron murió en la capital del nomo de Acarnania –Etolia, en Missolonghi, lejos de su natal Inglaterra. Jorge Isaacs murió en Ibagué, en 1895, lejos de su natal Valle del Cauca.



El ejército nacional lo hizo capitular y bajarse de sus
nubes revolucionarias.

Es por ello que el erudito Rafael Humberto Moreno Durán considera que sus aventuras parlamentarias, ideológicas y militares no son otra cosa que variantes de una misma frustración.

Repasar la vida de Jorge Isaacs Ferrer es necesario para ubicar algunas de sus connotaciones en el libro. Trece años después de haber publicado *María*, en 1870, Isaacs publica *La revolución radical en Antioquia*, donde hace una especie de expiación de sus culpas durante el proceso de toma de poder. Ese mismo autor de la historia idílica, en un lugar paradisiaco en el Valle del Cauca, tenía también sus facetas de rebelde, de ser capaz de tomarse el poder por las armas. Esa basculación o ambivalencia en la conducta del escritor es esencial para comprender la complejidad y variedad de sus obras. Isaacs se desilusionó de la política.

Es probable que no la haya entendido. Además, su espíritu soñador en el fondo reñía con los bajos menesteres que ella en ocasiones supone. Los antioqueños no le perdonaron ni con el libro que redactó sobre la toma del poder. Lo castigaron no nombrándolo en la circunscripción de ellos. Hubo por esos días una comisión oficial que viajó por la Península de la Guajira. Se hizo nombrar en tal expedición.

Como fruto de ese viaje escribió el libro *Estudio sobre las tribus indígenas del Departamento del Magdalena*.

Esa obra es poco conocida. Sólo los especialistas en literatura colombiana la leen actualmente.

Isaacs, como Silva, intentó varios negocios. Por esos días quería explotar unos yacimientos de hulla. Al no tener dinero para ello, los norteamericanos quisieron financiarle su empresa, que al final fue un fracaso. Hacia 1895, días de revolución en Colombia, quiso viajar a la Argentina pero no pudo hacerlo.

Volvemos a tocar el tema de la concomitancia Silva-Isaacs. El caleño escribió una elegía con ocasión de la muerte de Elvira, la bella hermana del poeta José Asunción, de quien fue gran amigo. Ambos tenían un ideario conservador; eran igualmente incapaces de hacer prosperar el patrimonio dejado por el padre, el carácter casi siempre disparatado de las empresas que ambos emprendían y la búsqueda de obras de paradigma en el panorama algo maltrecho de las letras nacionales.

Isaacs Ferrer ha sido abordado desde múltiples facetas, incluida la tendencia de él y de Silva al suicidio.

En cartas escritas por el caleño hacia 1893, dos años antes de su muerte, sabemos que estaba en la preparación de tres novelas cortas, Soledad, Tania y Alma negra, donde afirma el mundo larmoyante, el universo de las lágrimas. El título que tuvo en Bogotá no es gratuito. Le llamaban el Caballero de las lágrimas.

Daniel Potes Vargas

Un gran amigo suyo, el polígrafo Baldomero Sanín Cano publica en 1920, en Barcelona, sus poesías completas. Otro amigo suyo, el valluno(valllecaucano) Cornelio Hispano (seudónimo del gran autor Ismael López, nacido en Los Chancos en 1980 y fallecido en Bogotá en 1962) publicó en Bogotá toda su correspondencia inédita en 1929.

Paulina Lamberti, Amy Rabsart y La última noche de Capua son obras que hizo Isaacs en el campo del teatro.

Pero más que como poeta o como dramaturgo, el caleño es conocido por ser el autor de una novela que hoy se sigue leyendo, así el origen de su anécdota no se haya precisado.

Isaacs cumplió su cita con el mundo de las lágrimas. De alguna manera fue fiel al ideario romántico y aunque la obra es narrada en primera persona por Efraín, hay como un intermediario no identificado que hace la presentación y anuncia que publicará algo encontrado, técnica usada por muchos autores, incluidos los románticos.

María es la crónica de una muerte anunciada. María se sabe enferma y Efraín no lo ignora. Pero también es la crónica de un mundo que se va, de un modo de producción que jamás regresará. Las haciendas de aquel siglo XIX son algo del pasado y la fiereza de la productividad industrial azucarera no dejará margen para ninguna consideración idílica o benéfica de los patrones y los trabajadores, de los hombres que tienen y de los hombres que trabajan.



Isaacs sublima algo de su vida personal, algo que lo salva quizás de su lamentable vida política y militar. Exacerba la apología del pater, hace el ditirambo de la línea paterna y en la novela el padre es el Júpiter del Olimpo verde.

Mientras José Mármol en *Amalia* dota al personaje femenino de los matices de las hembras bíblicas, Isaacs es más telúrico y dota a su inmortal heroína de todos los aparatos retóricos de las vírgenes del Renacimiento. Byron campea por sus páginas a la hora de describir los valores de su María, igual que las doncellas de Rafael.

El ritmo de la autobiografía reitera, una vez más, que en todo relato, por elaborado y laberíntico que sea, hay la huella de lo personal, del bios, de la vida de cada autor.

Por más que camufle con arabescos y tropos la línea que desenvuelve una vida, por más que avance y retroceda, ascienda y reverse, queda al final una vida con máscaras, o mejor, sin ninguna.

Así el tratamiento sea complejo en el manejo del tiempo o de las tramas enrevesadas se ve al final la cara del yo. Y eso que María no es compleja en tal sentido. Su línea es ascendente, "normal", es decir, apegada a la norma. Es Efraín el que cuenta desde la infancia hacia adelante, cómo estudia, cómo va a la escuela, al colegio y llega de nuevo al paraíso, no terrenal sino vallecaucano, a sufrir por un amor imposible ya que María es hija de Salomón, hermano de su padre.

Daniel Potes Vargas

Dentro de los sesenta y cinco capítulos de la obra, es en el capítulo XV que Efraín ve el ave negra. Luego ella, María, la ve en el capítulo 34. Luego la ven ambos, para confirmar la vigencia de la tragedia anunciada.

Los críticos ven en esta ave la presencia del cuervo de Edgar Allan Poe. (1809-1849).

En el capítulo 47 ambos ven el ave como sellando la inevitabilidad de un ciclo que se sabe llegaría: el de la tragedia, el del amor frustrado en la entropía global del universo.

4

2

2

2

NO TODO ES INOCENCIA

Para muchos vallecaucanos, para muchos lectores de variadas latitudes, la novela de Isaacs Ferrer es como la estampa de los amores inocentes, no saturados de sensualidad y menos de sexualidad, pero a lo largo del relato hay escenas donde se siente y presiente la atmósfera de los sentidos, de la sensualidad. Hay un fetichismo sobre la voz, sobre el pie así como una delectación en las prendas de la difunta. María, al igual que otra heroína romántica, la Carlota de Werther, Goethe (1749-1832), siempre iba acompañada de niños, de una falange de criaturas. Ella promueve, de modo recatado quizás, el avance de nuevas situaciones amorosas. La carnalidad se hace una creciente preocupación en especial durante la boda de Bruno y Remigia, hasta el punto que viendo el padre de Efraín cómo las cosas pasaban de castaño a oscuro, anunció el viaje del héroe a Europa, a estudiar Medicina a Londres.

Hay que destacar la importancia que representan los pares de amantes que se casan, de modo simétrico en la novela. Tránsito y Braulio, Nay y Sinar, muestran y demuestran que por encima del conflicto carnal hay uno más grave, la infertilidad. En El paraíso no hay hijos, no brotan descendencias.

María tiene muchos ejes de lectura. Desde el ingenuo o simple que sólo rastrea la anécdota, la masa de sucesos de que se compone hasta el análisis de los sistemas esclavistas que campean por la obra o por la proyección socioeconómica de sus modelos. No todo es inocencia y lágrimas en ella.



Igualmente podemos hacer una lectura desde el ángulo botánico y zoológico. Ver en qué estado estaban los bienes naturales en torno al espacio de la ficción. De otro lado, múltiples perspectivas y vertientes plurales se derivan de su análisis, desde la consideración del esclavismo, tan marcado en el relato o mirando la faceta agroindustrial como reemplazo del idílico entorno de la hacienda. Al lado de ceibas o venados, de madroños o tigrillos había una realidad. Efraín, y su padre eran amos. Los de color, eran los esclavos que aparecen bien tratados en general ya que los patrones suelen participar de sus capítulos sociales como fiestas de esponsales o velorios.

Por ello, en este trabajo enfocaremos la lupa en especial sobre el segundo de los rangos, el vegetal y animal. Tangencialmente miraremos el régimen esclavista en María y cómo a la hacienda de encanto narrativo sucedió un sistema más feroz económicamente en el Valle del Cauca.

No se trata sólo de ver si hay sensualidad, imperio de los sentidos en la célebre novela editada en 1867 sino ver cómo el color verde y la fauna se han conservado o han desaparecido en un feroz trato del hombre hacia ellos. El esclavo puede que no sea el ilota o el siervo de antes pero cualquier economista o sociólogo sabe que persiste bajo otras condiciones laborales y contractuales en los llamados tres mundos pero en especial en el tercer mundo.



MARÍA, ¿NOVELA O POEMA?

Dice el jesuita boyacense José Arístides Núñez Segura que hay dos razones para no considerar a María una novela sino para entenderla y leerla como un bello poema.

La novela funciona con signos, es decir, con caracteres complejos. Nadie es bueno o malo de comienzo a final, como en los poemas heroicos. En su genial visión, Julia Kristeva, la semiótica rusa, dice que el símbolo era el rango de los poemas heroicos donde El Cid, por ejemplo, era noble de la cuna a la tumba, en cambio, los Infantes de Carrión eran bribones sin remedio u opción de mejorar o cambiar su naturaleza.

En María hay personajes idealizados, no seres humanos que fluctúan de acuerdo a una realidad social o interna. Son como arquetipos. Efraín vive soñando y amando a María y ella hace lo mismo con él. No hay dinámica, dialéctica compleja, donde se mezclen deseos, rencores, contradicciones. Son los arquetipos fijos, eternos, inmutables.

La obra de Isaacs carece del encuentro final, de la cerrazón que implica la clausura cancelatoria entre las pasiones encontradas que se contradicen. La perfección física y espiritual de Efraín y María los lleva a acumular un amor sin fin. No hay encuentro de seres disímiles sino un canto a la armonía de las esferas donde no se admite el contrapunto. El ver a María como un poema



en prosa tiene sus ventajas. De un lado, hacer que la armonía brote de la relación de los dos primos enamorados en medio de una naturaleza pura que los lleva a evitar cualquier vulgaridad, es decir cualquier expresión del vulgo. Desde el principio hasta el final del relato la suavidad en el trato amoroso y el crescendo sublimado del mismo predispone al lector hacia una valoración arcangélica de los contenidos emocionales.

Esa ausencia de los sistemas carnales de otras novelas la entronca con el pudor que elogiaba el cristianismo propio de esa época en Colombia.

Por ello el lenguaje se hace castizo. Isaacs pidió varias veces a su amigo Miguel Antonio Caro que le corrigiera sin piedad la obra de cualquier imperfección idiomática, paralela a la búsqueda de una perfección amorosa entre los dos primos desdichados que ven en peligro su amor ante el anuncio que hace el padre de Efraín sobre su viaje a Inglaterra.

La estructura poética, enlazada en imágenes que buscan describir la belleza del paisaje y la pureza de ese amor incestuoso, dio origen a imitaciones tan nobles, con nombre de mujer siempre, como Rosalba de Arturo Suárez, Carmen, de Pedro Castera y Lucía, de Emilio Guerrero. Pero como María no fue hecha en versos, como casi la obra restante de don Jorge, la ven más como novela que como poema.

Novela o poema, María es una ventana a través de la cual podemos ver la belleza de una tierra que se niega a marchitarse y la probabilidad de hacer un amor



Daniel Potes Vargas

montado o levantado en valoraciones que trascienden la mera dialéctica de la sexualidad.

De una forma u otra, si genera esta dialéctica considerativa es porque tiene matices de clásica. Es decir, que puede ser leída en diversas épocas y en distintos lugares con hermenéuticas plurales y no cerradas como cuando la obra se agota en sí misma como punto de geografía o como referencia temporal concreta.

MARÍA, ¿SÓLO CASTIDAD?

¿Hay en María sólo la dimensión serena, platónica, no carnal del amor o por el contrario podemos hallar en el relato trazos de alguna sensualidad en ascenso, de alguna carnalidad que de manera subyacente o sutil emerge rompiendo los diques culturales del pudor? Un especialista en el tema de la literatura erótica en Colombia, Rafael H. Moreno Durán, dice que "Es evidente que en la novela de Isaacs no todo es orgía lacrimógena y que también hay espacio para el tono sutil del sentimiento equívoco, celestinaje, fetichismo, delectatio amorosa, la rotundidad erótica de Salomé y la ambigüedad de algunos otros, como la precoz exuberancia de Rufina y el toque homosexual del administrador de aduanas, personaje que desata una serie de compulsiones en Efraín y, por contagio, en el lector".

Salomé, la exuberante hija de Custodio no sólo es consciente de ser la dueña de un cuerpo voluptuoso sino del inmenso deseo que este cuerpo inspira a su paso. Custodio, al ver el peligro que corre ella entre tanto varón, confía su cuidado a Efraín. Ellos, Efraín y Salomé, cuando se van a bañar a solas al río, se desprenden del hermanito de ella y Efraín ve puesta a prueba su castidad ya que los atributos eróticos de la hembra, otra con nombre bíblico, judío, no le son indiferentes.

Este apartado quizás escandalizará a algún lector, acostumbrado a ver en María un tabernáculo del amor incontaminado de carnalidad pero no hace otra cosa que deslizar la noción de un amor integral. A medida que crece el cariño el deseo puede crecer también.



El fetichismo tanto de María como de su novio se pone de presente en el encargo que ella hace de guardarle sus trenzas y los vestidos en el armario. Él sufre una gran delectación oliéndolos y acariciándolos. Ello forma parte del inmenso jardín amoroso y no hace más que enfatizar la hondura de ese amor, el grado de desarrollo a que llegan, no sólo limitado a miradas y roces durante una lectura de los libros de Chateaubriand. La cultura fluvial que cruza la obra hace que los símiles y metáforas se originen en los mundos inacabables del agua.

Cuando Efraín regresa a prisa a su casa de regreso de Europa un boga le dice "la niña está celosa". El cree que alude a una hembra humana mientras el baquiano aludía a los celos del río Pepita con el río Dagua, que juega un papel importante en la vida del escritor así como en la novela ya que a orillas de este importante río Jorge Isaacs Ferrer acomete la redacción de los primeros capítulos de la novela que como joya del movimiento romántico literario, lleva nombre de mujer. Y de mujer hebrea.

Ello nos entronca con el sentido no sólo de la sexualidad en Efraín sino con su percepción de la realidad. Él, a su manera, es pragmático. Reacciona de cierta manera inicial ante los descalabros financieros de su padre. De otro modo, cuando regresa por el río Dagua. Sus ideas sobre la esclavitud y algunos títulos de su propia biblioteca nos orientan sobre sus conceptos al respecto. Por los libros que una persona lee podemos darnos cuenta de muchas cosas.

ISAACS, ¿MUY JUDÍO?

El padre de Jorge Isaacs era judío. Renunció a su religión para casarse con la catalana Manuela Ferrer. De hecho el escritor era muy amante de la lectura del Antiguo Testamento. Ello se imbrica en menciones múltiples, de tipo nominal o simbólico. Los temas del incesto y otros de raigambre bíblica se insertan de modo sutil o frontal aquí. Isaacs era de filiación romántica en cuanto al aspecto literario pero ni siquiera en Saúl, uno de sus célebres poemas de corte orientalista, logra cuajar en exceso el brillo hebreo. Es una basculación que va de lo judío a encontrar temas ya afines que abrió Silva para el Modernismo con joyas, perfumes exóticos y nombres míticos.

Mientras Isaacs soñaba una Arcadia semita en tierras de Antioquia, otro romántico de esa tierra, Gregorio Gutiérrez González, cantaba en su poema Felipe, todo lo malo de esa raza que sólo piensa en acumular y que todo lo vende y todo lo compra.

La parafernalia romántica lo llevaba a ser menos antropológico que literario. Se sentía más cerca de Sion que de Santiago de Cali quizás por reivindicar a esa raza que su padre había puesto por debajo de su amor a una mujer.

El Paraíso del Valle del Cauca, la hacienda paradisíaca de Santa Elena de alguna manera replica la del Génesis, la gran finca de Jehová donde el patriarca creador goza de la obediencia de sus criaturas, de un orden primigenio que todavía no ha sido desafiado por la rebelión.

Salomón, padre de María, es hermano del padre de Efraín y aunque el peso de la tradición es fuerte, se anuncia una boda entre ellos si Efraín obedece a su padre y se va a estudiar a Londres.

María era hija de Salomón y Sara, nombres bíblicos. Salomón le recomienda a su hermano, padre de Efraín, que la convierta al cristianismo porque presiente que será infeliz si sigue de "judía". Ella se llamaba Ester y queda bautizada María. Sale del Antiguo Testamento para llegar al Nuevo.

¿Hay allí oportunismo, en la conversación o sólo adaptación al cambio de las épocas?

María era judía étnica y cuando se conoce y se ama con Efraín ya es cristiana. María es la mitificación de un amor perdido como perdida es la estirpe de su padre. Los hebreos siempre consideraron judío al hijo de madre judía porque del padre siempre había incertidumbre.

Isaacs, breve forma de Isaacson, hijo de Isaac en Inglés, incluyó no sólo el carácter forastero, extraño en el Valle del Cauca, de los judíos. Inserta también el de los ashantis, tribu africana, antepasados de Nay y Sinar. Ambos, judíos y negros, terminan en un Valle no de lágrimas ni de maná pero si de sudor y guarapo, con el jugo no de la vid sino de la caña de azúcar. Así como Chateaubriand introdujo el tema de los Natchez, el caleño introdujo a los ashantis como un telón de fondo.



Daniel Potes Vargas

Algo se perdió: la religión ancestral paterna y el amor de su amada prima. Todo se sublima. Todo se hace ceniza de Judea. Cenizas de Sion en el centro del Valle.



2

3

4

5

NO SÓLO INVENCION

Julia Kristeva ha sido una de las mayores estudiosas de la intertextualidad. Nadie escribe del todo libre de las gravitaciones textuales previas. Alguien, en algún lugar, en alguna época ha escrito algo sobre aquello que nosotros creemos nuestro o muy original, es decir, de nuestro origen. En el capítulo 22 (XXII) es Carlos, nada menos que el "amigo" de Efraín que también aspira y suspira por el amor de María, el que hace un inventario de la biblioteca del héroe cinegético y amorio. Cinegético porque mata al tigre y amorio porque a sabiendas que su amor es casi imposible, sigue con él adelante. Así como en *El Quijote* se hace un inventario de los libros que el caballero de la triste figura lee, exponiéndose a que su cabeza se disparete más todavía, en este capítulo se hace relación de los volúmenes con los cuales se contacta lectoralmente Efraín. Calderón de la Barca, William Shakespeare, una Gramática Inglesa nos dan idea del contacto que tenía Efraín (y en el fondo, Isaacs) con los clásicos del mundo literario europeo.

En María no hay sólo una historia contada linealmente. Hay, como en la teoría de las cajas chinas, novelas dentro de novelas. La de Nay y Sinar es una de ellas.

Hay dos piezas de la literatura gala que tienen presencia fuerte en María, Pablo y Virginia, de Saint Pierre y Atala, de René de Chateaubriand. Ambas ejercen una fascinación, con *El Genio del cristianismo*, a lo largo del relato ya que son leídas por Efraín en voz alta en presencia de su prima y enamorada.

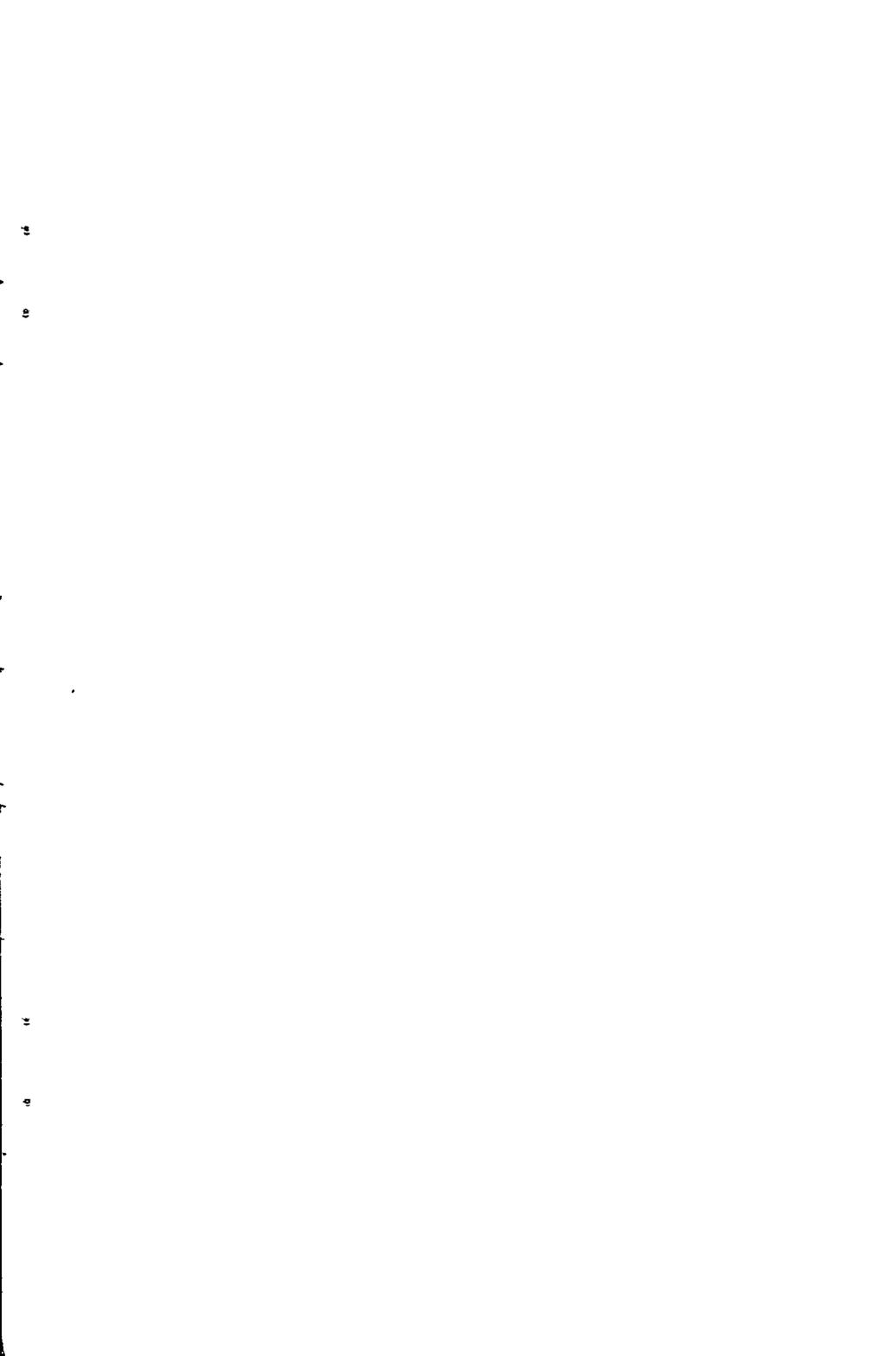


El afán autobiográfico del caleño lo lleva a transmitir sus gustos lectorales a Efraín. Los libros que cita la novela como pertenecientes a la biblioteca de Efraín eran los del autor nacido en Cali que luego pasarían a formar parte de la Biblioteca Nacional en Bogotá. La lista de ambos es paralela, Walter Scott, Lord Byron, Víctor Hugo, Napoleón y otros.

María refleja un cierto rango de cultura, una cierta visión del mundo, una cosmovisión de los conflictos sociales. De alguna manera vemos a través de su ventana un Valle que fue y que luego se dinamizó hacia múltiples formas de conciliación y conflicto. Hay libros dentro de María. Hay cosas de otros autores, pero el tejido en conjunto es armónico y las secuencias están muy cuidadas en su organización y desenlace.

Jaime Mejía Duque, estudioso de la obra isaacsiana, recalca que tras la elaboración de María, el caleño no volvió a intentar la redacción de más novelas si exceptuamos que hacia 1893, dos años antes de su muerte, quiso concluir bocetos narrativos de dos novelas sobre la gesta emancipadora y la Gran Colombia en dos narraciones novelescas llamadas Camilo y Fania.

Tras haber sido aventurero y revolucionario, empresario frustrado y antropólogo aficionado, entra en una fase de pobreza y enfermedad. Murió a los 58 años en Ibagué de fiebres palúdicas que había contraído 31 años atrás a orillas del río Dagua dejando a su familia en entera desprotección económica.



¿QUÉ REFLEJA MARÍA?

Las obras del romanticismo, a nivel de novela en América Hispana son contestarias y libertarias. De alguna manera denuncian, en medio del mundo de las emociones y sentimientos, anomalías del poder, errores de los gobiernos y de algún modo son reivindicadoras de una utopía. Toda gran novela es utópica, soñadora de un mundo mejor para la humanidad. El sistema esclavista de las haciendas del siglo XIX no aparece sino de manera acrítica, neutra y paternalista en María. Isaacs se cuida de denunciarlo, sin retratar las verdaderas situaciones de los esclavos, que giran de modo paternal y neutro en torno a sus patrones.

Como dice Nara Fuentes Crispín, “La aparente comprensión entre amos y esclavos y la armonía creada por el narrador hace que no resalten las vejaciones e injusticias propias de un sistema productivo en el cual, por supuesto, la injusticia debió ser una realidad. La gran pregunta que podemos hacernos es cuáles son los motivos que llevaron al narrador al ocultamiento de estas fisuras. Es posible que una de ellas sea el peso del discurso civilizador. Otra posibilidad es la evocación de una hacienda que puede ser en cierto modo ficcional, cierta hacienda ideal”.

Isaacs en su novela de 1867 no refleja ninguna circunstancia histórica, ninguna guerra civil, ninguna fisura que permita al lector o al investigador sociohistórico vislumbrar claves acerca del origen, estructura y orientación de los traumas sociales. Esa



armonía que logra entre la naturaleza y sus personajes consigue que estos se neutralicen y de alguna manera enmascaren sus conflictos socioeconómicos.

En María, según algunos hay cuerpos gloriosos, demasiado perfectos y armónicos, como anotaba Núñez Segura al decir que era más poema de símbolos acabados, no dialécticos, antes que novela de seres contradictorios, humanos, expresados en signos complejos, no tan lineales y sencillos.

Según Fuentes Crispín "La visión de los campesinos en María puede ser producto de la infancia del autor". Son de gran valor las memorias de Juan Ángel Molina, el negro que inspiró al personaje de Juan Ángel y quien dijo en una entrevista: "El niño Jorgito (Isaacs) vivía lleno de amistades entre las gentes pobres de Amaime, Nima, Zabaletas, Pajonales y Santa Elena..." (Fuentes Crispín, 2006, 6). El negro se ve arrasado en la retórica del discurso civilizador.

Ellos, los afrodescendientes, son hermanitos menores de la raza blanca que deben ser guiados, orientados, para evitar que adopten posiciones casi simiescas. De hecho, en María, hay varias veces donde el negro se ve castigado, sobre todo de palabra. Por ejemplo, las ambivalencias frente al maltrato a los esclavos llevan al narrador (Efraín, que es alter ego o Sosias de Jorge Isaacs Ferrer) a no comentar la expresión del personaje Carlos, quien explica que un negro mutilado se causó una herida metiendo la caña al trapiche. "Son tan brutos éstos. No sirven ya sino para cuidar caballos".

Daniel Potes Vargas

El padre de Efraín usa un trato paternal hacia su negramenta y usa a menudo gritos que refuerzan y connotan tal visión de pater hacendado.

De alguna forma, Isaacs canta a María a través de su elogio de la raza hebrea y ofrece una riqueza en valoraciones de la vida cotidiana del campesino vallecaucano en el siglo XIX.

No obstante, su idea de una superioridad racial judía campea a lo largo del texto.

María muestra y oculta muchas cosas. Por ello, hay que leerla entre líneas.

PLANTAS Y ANIMALES EN LOS CAPÍTULOOS DE MARÍA

Capítulo I

"El rumor del Zabaletas, cuyas vegas quedaban a nuestra derecha, se aminoraba por instantes".

Si la vega es sinónimo de huerta, ello implica que las tierras llanas, bajas y fértiles eran frecuentes en la región de la hacienda.

Capítulo II

"Cruzaban planicies alfombradas de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas o sendas abovedadas por florecidos písamos e higuerones frondosos".

Las sendas abovedadas o alamedas son casi túneles vegetales en cuyas alturas se unen las frondas arbóreas. Obviamente refuerza la idea de una natura pródiga en vegetación. Si en La vorágine la selva desborda a los humanos, aquí, los contiene en su marco.

"Mis ojos se habían fijado, con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guaduales, en aquellos cortijos donde había dejado gentes virtuosas y amigas".

Capítulo III

“Las auras del desierto pasaban por el jardín recogiendo aromas, para venir a jugar con los rosales que nos rodeaban”.

(..) “El cuarto quedaba en el extremo del corredor del frente de la casa, su única ventana tenía por la parte de adentro la altura de una mesa cómoda. En aquel momento, estando sus naves y rejas abiertas, entraban por ella floridas ramas de rosales a acabar de engalanar la mesa, en donde un hermoso florero de porcelana azul contenía trabajosamente en su copa azucenas y lirios, claveles y campanillas moradas del río”.

Capítulo IV

En éste se menciona el famoso baño en el estanque lleno de pétalos de rosas.

“Horas después me avisaron que el baño estaba preparado y fui a él. Un frondoso y corpulento naranjo, agobiado de frutos maduros, formaba pabellón sobre el ancho estanque de canteras bruñidas: sobrenadaban en el agua muchísimas rosas: era un baño oriental y estaba perfumado con las flores que en la mañana había recogido María.”

Capítulo V

“En mi ausencia, mi padre había mejorado sus propiedades notablemente: una costosa y bella fábrica de azúcar, muchas fanegadas de caña para abastecerla, extensas dehesas con ganado vacuno y caballar, buenos cebaderos y una lujosa casa de habitación, constituían lo más notable de sus haciendas de tierra caliente. Los esclavos, bien vestidos y contentos hasta donde es posible estarlo en la servidumbre, eran sumisos y afectuosos para con su amo”.

“Hallé hombres a los que, niños antes, me habían enseñado a poner trampas a las chilacoas y guatines en la espesura de los bosques”.

(...) “El olor peculiar de los bosques recién derribados y el de las piñuelas en sazón, la greguería de los loros en los guaduales y guayabales vecinos, el tañido del cuerno lejano de un pastor, repetido por los montes: las castrueras de los esclavos que volvían espaciosamente de las labores con las herramientas al hombro, los arreboles vistos a través de los cañaverales movedizos, todo me recordaba las tardes en que, abusando mis hermanas, María y yo de alguna licencia de mi madre, obtenida a fuerza de tenacidad, nos solazábamos recogiendo guayabas de nuestros árboles predilectos, sacando nidos de piñuelas, muchas veces con lesión de manos y brazos y espionando nidos de pericos en las cercas de los corrales..”

Capítulo VII

Cuando Efraín evoca la partida de su padre de la bahía de Montenegro hacia Nueva Granada, se acuerda de un ave emblemática del Valle del Cauca.

“La ligera nave ensayaba sus blancas alas como una garza de nuestros bosques antes de emprender un largo vuelo”.

Las enredaderas juegan un papel importante en esta novela. Cuando Efraín se marcha de la casa, rememora así el asunto:

“Los ojos parleros, el acento con algo de melancólico que no tenían nuestras voces: tal era la imagen que de ella me llevé cuando partí de la casa paterna: así estaba en la mañana de aquel triste día bajo las enredaderas de la ventana de mi madre”.

Capítulo IX

“Las garzas abandonaban sus dormideros, formando en su vuelo líneas ondulantes que plateaba el sol, como cifras abandonadas al capricho del viento”.

“Bandadas numerosas de loros se levantaban de los guaduales para dirigirse a los maizales vecinos y el diostedé saludaba el día con su canto triste y monótono desde el corazón de la sierra”

(...) “las corrientes, rodando siempre sobre un lecho de peñascos afelpados de musgos, orlados en las riveras

por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumajes sedosos y semilleros de color púrpura.”

(..)"Una vegetación exuberante y altiva abovedaba a trechos el río, a través de la cual penetraban algunos rayos de sol naciente como por la techumbre de un templo indiano y abandonado”.

(..)"Después de una pequeña cuesta pendiente y oscura y de atravesar a saltos por sobre el arbolado seco de los últimos derribos del montañés, me hallé en la placeta sembrada de legumbres, desde donde divisé, humeando, la casita situada en medio de las colinas verdes que yo había dejado entre bosques al parecer indestructibles”.

En los pocos capítulos que hemos explorado vemos que hay reiterada mención de los guaduales. Igualmente, paralela a la exuberancia vegetal, la labor demoledora y taladora de los campesinos y montañeses de la cordillera central del Valle del Cauca. El autor y narrador Isaacs y Efraín, creían indestructibles aquellas boscosidades que finalmente terminaron menguadas por la devastación humana.

(...)"En las palmeras vecinas, que había respetado el hacha de los labradores, se mecían las oropéndolas bulliciosas en sus nidos colgantes y en medio de tan grata algarabía se oía a voces el grito agudo del pajarero que desde su barbacoa y armado de honda, espantaba las guacamayas hambrientas que revoloteaban sobre el maíz.”

Se advierte que por aquellos días, al igual que en Antioquia, el maíz desempeñaba un papel fundamental en las huertas vallecaucanas, como en las haciendas de cierta envergadura.

(..) "La cocina, formada de caña menuda y con el techo de hoja de la misma planta, estaba separada de la casa por un huertecillo donde el perejil, la manzanilla, el poleo y las albahacas mezclaban sus aromas".

(...)"Campeaba el maíz por todas partes: en la sopa de mote servida en platos de loza vidriada y en doradas arepas esparcidas sobre el mantel".

No sólo en agricultura sino en gastronomía, el maíz era campeón vegetal de la época.

(. . .) "Apurado el vaso de espumosa y espesa leche, postre de aquel almuerzo patriarcal, José y yo salimos a recorrer el huerto y la roza que estaba cogiendo. Él quedó admirado de mis conocimientos teóricos sobre las siembras y volvimos a la casa una hora después para despedirme yo de las muchachas y de la madre".

Capítulo X

"Veía el Edén pero faltaba ella.. era que no podía dejar de amarla aunque no me amase. Y aspiraba el perfume del ramo de azucenas silvestres que las hijas de José habían formado para mi".

(. . .) "María había recogido durante la mañana azahares y violetas para el florero de mi mesa".

Capítulo XI

(...) “Hermosas azucenas tienes en los cabellos. Yo no he visto de esas en el jardín”.

Como María era tan susceptible a cualquier detalle positivo o negativo de Efraín, dijo en un diálogo:

“Efraín arrojó unas flores al huerto y nos pareció que siendo tan raras era una lástima que se perdiesen”.

“Efraín, a su vez, contestó si hubiese sabido que eran tan estimables esas flores las habría guardado para vosotras pero me han parecido menos bellas que las que se ponen diariamente en el florero de mi mesa”.

(...) “Acababa de confesar mi amor a María. Ella me había animado a confesárselo, humillándose como una esclava a recoger aquellas flores que yo había arrojado al huerto”.

Capítulo XII

“La luna iluminaba las faldas de las montañas, blanqueadas a trechos por las copas de los yarumos, argentando las espumas de los torrentes y difundiendo su claridad melancólica hasta el fondo del valle. Las plantas exhalaban sus más suaves y misteriosos aromas. Este silencio, interrumpido solamente por el bramido del río, era más grato que nunca a mi alma.”

(...) “Apoyado de codos sobre el marco de mi ventana, me imaginaba ver a María, en medio de los rosales entre los cuales la había sorprendido en aquella mañana

primera. Estaba allí recogiendo el ramo de azucenas, sacrificando su orgullo a su amor”.

Capítulo XV

(..) “Cuando salí al comedor que conducía a mi cuarto, un cierzo impetuoso columpiaba los sauces del patio y al acercarme al huerto lo oí rasgarse en los sotos de naranjos, de donde se lanzaban las aves asustadas”.

“Relámpagos débiles, semejantes al reflejo instantáneo de un broquel herido por el resplandor de una hoguera, parecían querer iluminar el fondo tenebroso del valle”.

(...)“Mi cuarto estaba frío: las rosas de mi ventana temblaban como si se temiesen abandonadas a los rigores del viento de invierno. El florero contenía ya marchitos y desmayados los lirios que por la mañana había colocado en él María”.

(...)“Las llanuras empezaban a desaparecer. Huyendo en sentido contrario a mi carrera, semejantes a mantos inmensos arrollados por el huracán. Los bosques que más cercanos creía, parecían alejarse a medida que avanzaba hacia ellos. Sólo algún gemido del viento entre los higuerones y chiminangos sombríos, sólo el resuello fatigoso del caballo y el choque de sus cascos en los pedernales que chispeaban, interrumpían el silencio de la noche.”

(...)“Con una mano le palmeaba el cuello al animal, única parte visible ya de su cuerpo, mientras con la otra trataba de hacerle describir más curva hacia arriba la línea de corte, porque de otro modo, perdida la parte

baja de la ladera, era inaccesible por su altura y por la fuerza de las aguas que columpiaban los guaduales desgajados”.

(...) “Luego que anduve un cuarto de legua atravesé las ondas del Nima, humildes, diáfanas y tersas, que rodaban iluminadas hasta perderse en las sombras de bosques silenciosos. Dejé a la izquierda las pampas de Santa... cuya casa, en medio de arboledas de ceibos y bajo el grupo de palmeras que elevan los follajes sobre su techo, semeja en las noches de luna la tienda de un rey oriental colgada de los árboles de un oasis”.

Capítulo XVI

(...) “Soplaba de la sierra un viento frío y destemplado que sacudía los rosales y mecía los sauces, desviando en su vuelo a una que otra pareja de loros viajeros. Todas las aves, lujo del huerto en las mañanas alegres, callaban y solamente los pellares revoloteaban en los prados vecinos, saludando con su canto al triste día de invierno.

En breve las montañas desaparecieron bajo el velo ceniciento de una lluvia nutrida que dejaba oír ya su creciente rumor al acercarse azotando los bosques”.

“A la media hora, turbios y estrepitosos arroyos descendían peinando los pajonales de las laderas del otro lado del río, lo cual acrecentado, tronaba iracundo y se divisaba en las lejanas revueltas amarillento, desbordado y undoso”.

Capítulo XVIII

Obviamente no todos los capítulos tienen mención directa del mundo vegetal, animal, gastronómico o cinegético aunque la naturaleza es una costumbre más en la novela. De alguna manera el costumbrismo va de mano del movimiento romántico ya que al describir y narrar las costumbres, en especial de los seres humildes, los autores románticos cumplen su cita con la naturaleza.

(...) “Volví en seguida a mi cuarto a tomar mis pistolas. María, desde el jardín y al pie de mi ventana entregaba a Emma un manojito de montenegros, mejoranas y claveles, pero el más hermoso de éstos por su tamaño y lozanía lo tenía en los labios”.

(...) “Ella, palideciendo instantáneamente, correspondió cortada al saludo y el clavel se desprendió de la boca. Entregándome las flores, dejó caer algunas a sus pies, las cuales recogió y puso a mi alcance cuando sus mejillas estaban suavemente sonrosadas”.

Capítulo XIX

“Atravesé un corto llano en el cual el rabo de zorro, el quiebraplato y la zarza dominaban sobre los gramales humillados y pantanosos; allí ramoneaban algunos caballejos molenderos rapados de crin y cola, correteaban potros y meditaban burros viejos, tan

lacrados y mutilados por el carguío de leña y la crueldad de sus arrieros que Buffon se hubiera encontrado perplejo al tener que clasificarlos entre los cuadrúpedos."

(...) "La casa, grande y antigua, rodeada de cocoteros y mangos, destacaba su techumbre cenicienta y alicaída el alto y tupido bosque del cacaotal".

(...) "En cambio, se había mejorado notablemente la cría de ganado menor, de lo cual eran pruebas las cabras de lindos colores que apestaban el patio e igual mejora se observaba en la volatería pues muchos pavos reales saludaron mi llegada con gritos alarmadores y entre los patos criollos o de ciénaga, que nadaban en la acequia vecina, se distinguían por su porte circunspecto algunos de los llamados ingleses".

Con relación a los materiales usados no sólo en la comida diaria sino en los elementos de vestir, veamos lo siguiente de este mismo capítulo:

"Los brazos aprisionados en las mangas de una casaca azul punta de diamante, los calzones de cambrún con anchas trabillas de cordobán y los botines de cuero de venado lustrado eran causa más que suficiente para exaltar el entusiasmo de Carlos".

(...) "Unas copas de vino y algunos cigarros ratificaron nuestro armisticio. Sobre el vino observó nuestro paisano que era mejor el de naranja que hacían en Buga y el anisete verde de la venta de Paporrina. Los cigarros de Ambalema le parecieron inferiores a los que, aforrados en hojas secas de plátano y perfumados con

otras de higo y de naranjo picadas, traía él en los bolsillos”.

(...) “El sitio escogido por Emidgio en el río era el más adecuado para disfrutar el baño que las aguas del Amaime ofrecen en verano, especialmente a la hora en que llegamos a la orilla. Guamos churimos, sobre cuyas hojas revoloteaban miles de esmeraldas, nos ofrecían bajo la densa sombra acolchonada hojarasca, donde extendimos las ruanas. En el fondo del profundo remanso que estaba a nuestros pies, se veían hasta los más pequeños guijarros y jugueteaban plateadas sardinas. Abajo, sobre las piedras que no cubrían las corrientes, garzones azules y garcitas blancas pescaban espiando o se peinaban el plumaje. En la playa de enfrente rumiaban acostadas hermosas vacas, guacamayas escondidas en los follajes de los cachimbos charlaban a media voz y tendida en las altas ramas dormía una partida de monos en perezoso abandono.

Las chicharras hacían resonar por doquiera su canto monótono. Alguna ardilla curiosa asomaba por entre el cañaveral y desaparecía velozmente. Hacia el interior de la selva oíamos de rato en rato el trino melancólico de las chilacoas”.

(...) ¿Quiéres que todo huela a rosas? “El hombre debe oler a chivo”.



Capítulo XX

(...) “Iba a levantarme de la mesa cuando José, que subía del valle a la montaña, arreando dos mulas cargadas de cañabrava, se paró en el altico desde el cual se divisaba el interior”.

Capítulo XXI

(...) “Pero, ¿qué es lo que ha tenido la niña? yo la vi ayer a la pasada como si tal cosa. Parece un botón de rosa de Castilla”.

(...) “Juan desapareció entre el carrizal como un guatín asustado”.

(...) “Recibí mi ración de frijoles, mazamorra, leche y gamuza, de manos de la señora Luisa, sentado ni más ni menos que José y Braulio, en un banquillo de raíz de guadua”.

Los bienes naturales, todo el conjunto de la naturaleza que se ofrece a los ojos de los protagonistas no se limitan a los árboles, arbustos, plantas, animales de toda laya o minerales sino a toda la industria que de ellos deriva el hombre tanto para su sustento como para su comodidad. Por ello, cualquier árbol o cualquier animal que se extinga a consecuencia del desequilibrio ecológico generado por el hombre, afecta lentamente toda la armonía natural que ha costado vastas porciones de tiempo establecer.

Por ello, la novela que nos ocupa ahora, editada en 1867, nos lleva a recordar que el Valle del Cauca es un mosaico de ecosistemas naturales. En cada uno de esos ecosistemas podemos encontrar especies diferentes o en ordenamiento de tipo ecológico muy singular, muy propio de nuestro departamento.

Antes de continuar con la relación o inventario de los bienes naturales que se encuentran en el Valle reflejados en María, digamos que son seis los ecosistemas del Departamento vallecaucano.

Selvas bajas inundables, Bosques secos y muy secos de tipo tropical, selvas pluviales tropicales, páramos, bosques andinos y sub-andinos y finalmente humedales de la planicie.

Hay presiones internas o de tipo externo que siempre arrojan como resultado el impacto negativo sobre las poblaciones vegetales y animales. Ello cambia el paisaje y casi siempre cuando se impacta uno o más de estos elementos o ingredientes, se muta hacia formas más desoladas. Por ello, desde el verde umbroso de María hasta las vastedades de caña de azúcar, hay una línea sinuosa, la del avance tecnológico, del racionalismo tecnológico que ve en la naturaleza no el marco fértil y bondadoso que contiene al hombre sino la despensa de recursos que deben ser agotados para mantener la civilización de los países desarrollados así el futuro de la humanidad pase a segundo lugar. Acabar aquello que no es renovable, exterminar aquello que permite la



sostenibilidad es apenas la punta del iceberg de esta concepción antinatural que rige al mundo moderno. En María hallamos una hacienda típica del siglo XIX con una visión frondosa de algo que comienza a escasear.

(...) “Serían las diez cuando, listos ya todos, cargado Lucas con el fiambre que Luisa nos había preparado y después de las entradas y salidas de José para poner en su guarniel de nutria tacos de cabuya y otros chismes que se le había olvidado, nos pusimos en marcha”.

(...) “Su sesgado cauce, si tal puede llamarse el fondo selvoso de su trayecto encañonado por peñascos en cuyas cimas crecían, como azoteas, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, estaba obstruido a trechos con enormes piedras por entre las cuales se escapaban las corrientes en ondas veloces, borbollones y caprichosos plumajes”.

(...) “Puso oído a los rumores de la selva, aspiró todo el aire que sus pulmones podían contener, miró hacia la bóveda alta que los cedros, jiguas y yarumos formaban sobre nosotros y siguió andando con lentos y silenciosos pasos”.

(...) “José, Tiburcio y yo subimos a una roca convenientemente situada. Tiburcio miraba y remiraba el cebo de su escopeta. José era todo ojos. Desde allí veíamos lo que pasaba en el peñón y podíamos guardar el paso recomendado porque los árboles de la falda, aunque corpulentos, eran ralos”.

(...) “De espaldas, contra un grupo de robles, haciendo

serpentear la cola, erizado el dorso, los ojos llameantes y la dentadura descubierta, el tigre lanzaba bufidos roncós y al sacudir la enorme cabeza, las orejas hacían ruido semejante al de las castañuelas de la madera”.

(...) “La cabeza, de Braulio, con la boca entreabierta y jadeante, los ojos brillantes y la Cabellera revuelta, asomó por entre el cañaveral un poco atrás de los árboles que defendían la espalda de la fiera, en el brazo derecho llevaba enristrada la lanza y con el izquierdo desviaba los bejucos que le impedían ver bien”.

(...) “Braulio apareció tras el grupo de robles, hacia nuestro lado, empuñando el asta de la lanza sin hoja”.

(...) “José disparó: el tigre rugió de nuevo tratando como de morderse el lomo y de un salto volvió instantáneamente sobre Braulio. Este, dando una vuelta tras los robles, lanzóse hacia nosotros a recoger la lanza que le arrojaba José.”

(...) “Las provisiones eran masas de choclo, blancas, doradas y limpias, queso fresco y carne asada con primor: todo ello fue puesto sobre hojas de platanillo”.

(..) “Sacó enseguida de entre una servilleta una botella de vino tinto, pan, ciruelas e higos pasos, diciendo “esto es cuenta aparte”. “Las navajas machetonas salieron de los bolsillos. José nos dividió la carne que acompañada con las masas de choclo era un bocado regio. Agotamos el tinto, despreciamos el pan y los higos y ciruelas les gustaron más a mis compañeros que a mí. No faltó la panela o chancaca, dulce compañera del viajero, del

cazador y del pobre. El agua estaba helada. Mis cigarros de olor humearon después de aquel rústico banquete". "

(...) "Braulio estacaba la piel del tigre ayudado por Tiburcio. Las mujeres habían vuelto a sus labores y yo dormitaba sobre uno de los poyos de la salita, en el que Tránsito y Lucía me habían improvisado un colchón de ruanas. Servíanme de arrullo el rumor del río, los graznididos de los gansos, el balido del rebaño que pacía en las colinas cercanas y los cantos de las dos muchachas que lavaban ropa en el arroyo. La naturaleza es la más amorosa de las madres cuando el dolor se ha posesionado de nuestra alma y si la felicidad nos acaricia, ella nos sonrío".

Capítulo XXII

"Habíamos pasado el río y salido de la última ceja de monte para empezar a descender por las quebradas de la falda limpia, cuando Juan Ángel, apareciéndose por entre unas moreras, se nos interpuso en el camino, diciéndome con las manos unidas en ademán de súplica: "no me haga nada, su mercé, yo no vuelvo a tener miedo".

(...) "Lo que va en la guambía es la muestra de mineral que le encargó su papá a mi tío".

(...) "Lo que Braulio había dicho que era mineral no era otra cosa que la cabeza del tigre y con tal astucia había conseguido hacer llegar a casa ese trofeo de nuestra hazaña".



(...) “Iba a servirse el café en el momento en que llegó Juan Ángel diciendo que yo venía ya e impuso a mi padre el contenido de la mochila. Éste, deseoso de que don Jerónimo le diese su opinión sobre los cuarzos, mandó al negrito que los sacase y trataba de hacerlo así cuando dio un grito de terror y un salto de venado sorprendido”.

(...) “Le encargué hace dos días una piel de oso para los pies de mi catre y seguramente habrá preferido traerme una de tigre”.

(...) “Yo necesito hacer algo bueno en la cacería que tendremos porque de otro modo dejaré enmohecer esta escopeta y juraré no haber cazado ni tominejos en toda mi vida”.

(...) “Habló también de sus trabajos de campo, de las novilladas que cebaba en la actualidad, de los nuevos pastales que estaba haciendo y de la esperanza fundada que tenía de ser muy pronto un propietario acomodado. Yo lo veía hacer la puntería seguro del mal resultado, pero procuraba no interrumpirle para evitarme así la incomodidad de hablarle de mis asuntos”.

(...) “Les hice una larga disertación acerca de las ventajas de los cebaderos de guinea sobre los de pasto natural”.

Capítulo XXIII

Aquí hallamos el famoso poema de bosque de palmeras. Dice así:

“Soñé vagar por bosques de palmeras
cuyos blondos plumajes, al hundir
su disco el sol en las lejanas sierras ,
cruzaban resplandores de rubí.

Del terso lago se tiñó de rosa
la superficie límpida y azul
y a sus orillas garzas y palomas
posaban en los sauces y bambús.

Muda la tarde ante la noche muda,
las gasas de su manto recogió:
del lindo mar dormida en las espumas
la luna hallóla y a sus pies el sol.

Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan mi laúd:
ellas me han dicho que conmigo sueñas,
que me harán inmortal si me amas tú”.

Aunque este poema del capítulo 23 no refleja directamente la naturaleza vista por el narrador (Efraín), refleja la dimensión onírica de esa visión. Si sueña con bosques de palmeras, desea hacerlo en su subconsciente y además, presupone conocer tales bosques, tales organizaciones vegetales.

Capítulo XXIV

“Ella había dejado el ramo de azucenas que yo había traído aquella tarde de la montaña a pesar de estar muy visible, sobre mi mesa”.

(...) “Los ángeles de la casa dormían cerca de mí. Al despuntar el alba vendría ella a llamarlos para peinarlos y besar sus mejillas, después de haberles bañado el rostro en la fuente con sus manos blancas y perfumadas como las rosas de Castilla que ellos recogían para el altar y para ella”.

Capítulo XXV

“Me despertó al amanecer el cuchicheo de los niños que en vano se estimulaban a respetar mi sueño. Las palomas cogidas en esos días y que alicortadas obligaban ellos a permanecer en baúes vacíos, gemían espionando los primeros rayos de luz que penetraban en el aposento por las rendijas”.

(...) “Ya sé lo que quieres: irte corriendo primero que yo a la quebrada para decir luego que sólo en tus anzuelos han caído negros”.

(...) “Me levanté y dejándolos atareados en encarcelar las palomas que aleteaban buscando salida al pie de la puerta, atravesé el jardín”.

“Los azahares, albahacas y rosas daban a las brisas sus más delicados aromas al sentirse acariciados por los primeros rayos de sol, que se asomaba ya sobre las cumbres de Morrillos, esparciendo hasta el azul cenit pequeñas nubes de rosa y oro”.

“Al pasar por frente a la ventana de Emma oí que hablaban, interrumpiéndose para reír, ella y María”.



“Producían sus voces, con especialidad la de María, por el susurro inevitable de sus eses, algo parecido al ruido que formaban las palomas y azulejos al despertarse en los follajes de los naranjos y madroños del huerto”.

El entorno se ve retratado de manera aromática y visual. En el capítulo XXIV, por ejemplo, se alude al baño con rosas. Era algo muy distintivo, en el plano no sólo higiénico sino emocional, amatorio. María le preparaba a Efraín el baño con hartos pétalos de rosas.

Pero no todo es color de rosa. A lo largo del relato vemos que las actividades cinegéticas, que las labores de cacería devastan la fauna. La caza de venados y tigrillos es frecuente en esa zona hacia el siglo XIX. Por ello, una novela como María, al mismo tiempo que nos da una fotografía de la época nos permite rastrear qué se comenzó a hacer para disminuir la exuberancia vegetal. La comida y la caza, son, pues, indicadores culturales.

Del mismo capítulo XXV

“He mandado pedir dos perros muy buenos a Santa Elena y aquí tienes un compañero con el cual no juegan los venados y dos cachorros muy diestros”.

“¿Esos chandosos? Agregó don Jerónimo. Si, señor, los mismos”.

“Las mejillas de María, salpicadas de lágrimas, eran idénticas a aquellas rosas frescas, humedecidas de rocío que ella recogía para mí por las mañanas”.



Así como los naranjos y madroños son, entre los árboles, las entidades vegetales más frecuentes, las rosas, entre los arbustos, son las prioritarias en la evocación del poeta caleño.

Capítulo XXVI

“Él mismo disparó con mi escopeta sobre una cidra, logrando introducirle cuatro postas”.

“El patrón matará a setenta pasos un pellar con esa escopeta”.

“Pues veremos si yo mato un venado”.

“Recomendamos la mayor atención por si el venado venía al huerto y salimos del patio para emprender el ascenso de la falda”.

(...) “Don Jerónimo salvó, escopeta en mano, la baranda del corredor y al ir a disparar sobre el animal se enredó los pies dichosamente en las plantas de una era”.

La cultura hortelana y jardinera es frecuentemente aludida aquí. No sólo es la naturaleza abundante en bosques y selvas sino en agricultura, en cultura del agro controlada por el hombre.

Entre cazar tigres y venados la argumentación explicativa es diferente para encubrir una misma acción devastadora, la extinción de la fauna. El tigre es cazado



porque acaba las cabras o las gallinas. El venado, como trofeo para la casa.

Capítulo XXVII

En este capítulo se describe el famoso baño de Efraín en la hacienda El Paraíso.

“Estaba acabando la sombra de los naranjos del baño a tiempo en que don Jerónimo y mi padre, quien deseaba enseñarle el mejor adorno de su jardín, llegaron a él. El agua estaba a nivel con el chorro y se veían en ella, sobrenadando, o errantes por el fondo diáfano, las rosas que Estéfana había derramado en el estanque.

Era Estéfana una negra de doce años, hija de esclavos nuestros: su índole y belleza la hacían simpática para todos. Tenía un afecto fanático por su señorita María, la cual se esmeraba en hacerla vestir graciosamente.

Estéfana, convencida de que podía acercarse ya, me presentó una copa que contenía naranja preparada con vino y azúcar.

Don Jerónimo le dijo a mi padre:

Hombre, su hijo de usted vive aquí como un rey.

Luego dieron vuelta al grupo de naranjos para tomar el camino de la casa”.



Capítulo XXVIII

"Habíamos llegado al punto de la ribera donde en la hoya de la vega, alfombrada de fina grana, sobresalen de trecho en trecho piedras negras manchadas de musgos blancos".

"Carlos estaba desconcertado. María se había soltado de su brazo y acababa de hablar mientras jugaba con los cabellos de Juan, quien, asiéndola de la falda le mostraba un racimo de adorotes colgante del árbol vecino".

"María se agregó mañosamente a nuestro grupo con pretexto de ayudarle a Juan a coger unas moras que él no alcanzaba. Como yo había tomado ya las frutas para dárselas al niño, ella me dijo algo al recibírmelas".

"El remanso donde bañaríamos al día siguiente era pintoresco. Pero Carlos veía en él, menos que en cualquiera otro, la hermosura de los árboles y los bejucos florecidos que se bañaban en la espuma, como guirnaldas desatadas por el viento".

"Juan dijo: cárgame porque hay espinas y estoy cansado".

(...) "Cuando María se inclinó a sacudir los recortes del cabello que habían caído sobre el cuello de mi padre, la rosa que ella llevaba en una de sus trenzas le cayó a los pies. Iba ella a alzarla pero mi padre la había tomado ya.

María volvió a ocupar su puesto atrás de la silla y él le dijo, después de verse detenidamente en el espejo, yo te



la pondré ahora donde estaba para recompensarte lo bien que lo has hecho.

Y acercándose a ella, agregó, colocando la flor con tanta gracia como lo hubiera podido hacer Emma: todavía se me puede tener envidia”.

Capítulo XXXI

“No eran las ramas de los rosales a los que las olas del arroyo robaban leves pétalos para engalanarse furtivas: no el vuelo majestuoso de las águilas negras sobre las cimas cercanas: no era eso lo que veían mis ojos: era lo que ya no veré más, lo que mi espíritu quebrantado por tristes realidades no busca o admira solamente en sus sueños: el mundo como Adán pudo verlo en la primera mañana de su vida”.

Hay aquí un presentimiento de aquello que no volverá a ver, la dimensión transitoria de una Arcadia, de un Paraíso que se sabe condenado a la desaparición.

(...) “José recibió, sombrero en mano, los cariñosos saludos de sus señoritas y zafándose la guambía que traía a la espalda llena de legumbres para regalo, entró con nosotros, instado por mí, al aposento de mi padre. A su paso por el salón, Mayo, que dormía bajo una de las mesas, le gruñó”.

Con relación al animal en su función social en este capítulo hallamos que Tránsito, próxima a casarse, rehúsa montar a caballo porque considera que eso está por encima de su condición social.



“En la provincia sólo los blancos andan a caballo.

Quién te ha dicho que no eres blanca, pregunté a Tránsito. Y blanca como pocas.

La muchacha se puso colorada como una guinda al responderme: las que yo digo son las gentes ricas, las señoras...”

(...) “Estábamos a poca distancia de la casa. Se iban apagando los arreboles que al ocultarse el sol había dejado sobre las sierras de occidente. La luna, levantándose a nuestra espalda sobre las montañas de las que nos alejábamos, proyectaban las inquietas sombras de los sauces y enredaderas del comedor en los muros pálidamente iluminados”.

Capítulo XXXIV

Hay capítulos, como éste, donde sólo se presenta en estilo directo o dialogado el desenvolvimiento o desarrollo narrativo de la novela y no hay mención de los bienes naturales con comparación o símil o usando metáforas o simple enumeración de ellos.

Capítulo XXXV

“Cuando llegamos a las pampas, el sol, rasgadas las nieblas que entoldaban las montañas a nuestra espalda, envolvía en resplandores metálicos los bosques, que en



fajas tortuosas o en grupos aislados interrumpían a distancias la llanura; las linfas de los riachuelos que vadeábamos, brillantadas por aquella luz, corrían a perderse en las sombras y las lejanas revueltas del Zabaletas parecían de plata líquida y orladas por florestas azules”.

“María dejó caer entonces el velillo sobre su rostro y a través de la inquieta gasa de color de cielo buscaba algunas veces mis ojos con los suyos, ante los cuales todo el esplendor de la naturaleza que nos rodeaba me era casi indiferente”.

(...) “Salimos de nuevo a la campiña y ya veíamos blanquear las torrecillas de la parroquia y colorear los techos de las casas en medio de los follajes de los huertos”.

“Acortamos el paso para ir con ellos un rato y esperar a mi madre. Tránsito iba al lado de María, quitándole del faldón las pelusas que había recogido en los pajonales. Hablaba poco...”

Capítulo XXXVIII

“Descendí a las anchas vegas del río, donde acercándose a la llanura es menos impetuoso: formando majestuosas curvas, al principio por en medio de colinas pulcramente alfombradas, de las que ruedan a unírsele torrentes espumosos, sigue luego acariciando los follajes, de los carboneros y guayabales de la orilla, para ocultarse después bajo las últimas cintas montañosas, donde parece decir en murmullos sus últimos adioses a



la soledad y al fin, lejos, muy lejos, en la pampa azul, donde en aquel momento el sol al esconderse, tornasolaba de púrpura y oro su caudal undoso”.

“Al regresar, ascendiendo por los tortuosos senderos de la ribera, la noche estaba engalanada ya con todos los esplendores del estío. Las espumas del río tenían una blancura brillante y las ondas mecían los cañaverales como diciendo secretos a las auras que venían a peinarles los plumajes. Los no sombreados remansos del río reflejaban en su fondo, temblorosas, las estrellas y donde los ramajes de la selva de una y otra orilla se enlazaban formando pabellones misteriosos, el fondo sombrío reflejaba la luz fosfórica de las luciérnagas errantes. Sólo el zumbido de los insectos nocturnos turbaba aquel silencio de los bosques somnolientos, pero de tiempo en tiempo el bujío, guardián celoso de la espesura, revoloteaba a mí alrededor, haciéndome oír su silbido siniestro”.

“La noche continuaba serena. Los rosales estaban inmóviles, en las copas de los árboles cercanos no se percibía un susurro y solamente los sollozos del río turbaban aquella calma y silencio imponentes. Sobre los ropajes turquíes de las montañas blanqueaban algunas nubes desgarradas, como chales de gasa nívea que el viento hiciese ondear sobre la falda azul de una odalisca y la bóveda diáfana del cielo se arqueaba sobre aquellas cumbres sin nombre, semejante a una urna convexa de cristal azulado incrustado de diamantes”.



Capítulo XL

En este capítulo hay una novela corta dentro de la novela. Es la historia de Sinay Nay o mejor, de sus antepasados africanos. Cuando Efraín entra a la casa de Juan Ángel a visitar a la madre de éste, Feliciano, encuentra a la progenitora del niño en mal estado de salud.

Una vez más, el esclavismo es tratado aquí desde un ángulo benevolente, misericordioso, pero esclavitud al fin de cuentas. Veamos la cita este célebre capítulo 40: "Di orden para que se aumentase el número de esclavos que le servían. Hice colocarlas en una pieza más cómoda a lo que ella se había opuesto humildemente y se mandó por el sacerdote al pueblo". El tema africano de las guerras y esclavitudes, sometimientos y amores, se prolonga hasta el capítulo XLIII.

En la novela del vallecaucano no siempre las relaciones de los personajes con la naturaleza son neutras o armónicas. Con relación a la esclavitud, un paisaje evocado en otras tierras, lejanas a las natales, genera una honda melancolía, como la que experimenta Nay en tierras de Turbo, en el Darién. Toda flor, todo canto de pájaro, le recuerdan sus días felices en Gambia, en África, de donde fue arrancada para ser vendida al esclavista irlandés que la compró.

En María, la relación de los personajes con la naturaleza, no es traumática. No hay invasión de ésta sobre los

humanos como en la Vorágine o en Toá, de César Uribe Piedrahita. Cuando están en el velorio de Nay, que luego aparece como Feliciano, la madre de Juan Ángel, cantan algo sobre la melancolía de morir lejos de la tierra natal, del teluro entrañable.

“Muero sin ver tus montañas,
oh, patria, donde mi cuna
se meció bajo los bosques
que no cubrirán mi tumba”.

(...) “Me retiré luego a mi cuarto pero el rumor de las voces de las mujeres que rezaban y el golpe de los machetes de los esclavos que preparaban la parihuela de guaduas, me despertaban cada vez que había conciliado el sueño”.

Aquí aparece de nuevo el término esclavos como si nada, con tono neutro. Como no se ven sufrir, como no aparecen bajo castigo o tortura, se funden con el paisaje.

Son parte del paisaje. Igualmente la guadua se ve citada como elemento para construir parihuelas.

Capítulo XLV

En este capítulo se narra, entre otras cosas, cómo el hijo de Feliciano, de Nay, no será más esclavo. “Mi padre le hizo saber que era completamente libre, aunque la ley lo pusiese bajo su cuidado por algunos años y delante debía considerarse solamente como un criado de

nuestra casa. El negrito, que ya tenía noticia de mi próximo viaje a Inglaterra, manifestó que lo único que deseaba era que le permitiera acompañarme y mi padre le dio alguna esperanza de complacerlo”.

“María y yo nos tomábamos la libertad de pasear algunas veces solos en el jardín y en el huerto”.

“De repente, se detuvo en el extremo de una calle de rosales, miró por algunos instantes hacia la ventana de mi cuarto y volvió los ojos para decirme algo. ¿Ves este rosal recién sembrado? Si me olvidas, no florecerá pero si sigues siendo como eres dará las más lindas rosas y se las tengo prometidas a la Virgen con tal de que me haga conocer por él si eres bueno”.

“Creo que la Virgen no necesitará rosas”.

“Hizo que nos acercáramos a la ventana de mi cuarto. Una vez allí, desenlazó su brazo del mío. Se dirigió al arroyo distante unos pasos, anudándose a la cintura el pañolón y trayendo agua en el hueco de las manos juntas se arrodilló a mis pies para dejarla caer a gotas sobre una cebollita retoñada...”

“Es una mata de azucenas de la montaña”.

“Su cabellera rodaba destrenzada hasta el suelo y el viento hacía que algunos de sus bucles tocaran las blancas mosquetas de un rosal inmediato..”

“María respondió sin levantar los ojos de la matica que

parecía examinar con suma atención. Cada azucena que nazca aquí será un castigo cruel por un solo momento de duda”.

“¿Con que muy bravo no? Voy a contestarle, señor, para qué son todas las azucenas que dé la mata”.

“Al tratar de ponerse de pie, asida de la mano que yo le ofrecí, volvió a caer arrodillada, porque la detenían algunos cabellos enredados en las ramas del rosaí.

Los separamos y entonces, sacudiendo graciosamente la cabeza para arreglar la cabellera, tenía su mirada una fascinación casi nueva”.

“Para qué son las azucenas, insistí al dirigirnos lentamente al corredor de la montaña”.

“Ya sabes para qué servirán las rosas de la mata nueva que te mostré, ¿no?”

“Pues las azucenas servirán para una cosa parecida”.

¿“Te gustará encontrar en cada carta mía que recibas un pedacito de las azucenas que dé.?”

“Después de haberse distraído en romper bajo sus pies, preciosamente calzado, las hojas secas de los mandules y mameyes, regadas por el viento en la callejuela que seguíamos, dijo... No quiero ir mañana a la montaña”.

Aquí, más que un paralelo, se ve una dimensión semántica de dos flores. Las rosas, asociadas a la vida. En el capítulo 27 son parte esencial del baño. Van en la cabellera de María. Las azucenas, así sea en pedazos, son recordós, elementos de nostalgia. Así como el ave negra dimensiona la tragedia próxima, la rosa simboliza la alegría presente.

En cuanto al tema esclavista o de cinegética, de negritos o de cacería, veamos del mismo capítulo.

“Había que consolarle de aquel tiro que erró tan lastimosamente al venadito. A un tigre hubiera sido otra cosa, porque claro está que debe dar miedo”.

“Si Braulío no hubiera hecho errar el tiro no estaría vivo el venadito. Tú no has visto lo alegre que se pone si yo me le acerco. Hasta Mayo ha conseguido que lo quiera y muchas veces duermen juntos. Es tan lindo, icómo lo habrá llorado su madre!”

“Aunque Braulío asegura que la venada que mató después en la misma cañada de donde salió el chiquito, era la madre”.

“Ay, qué hombre, no vuelvas a matar venaditos”.

Es este capítulo 45 uno de los más ricos en simbología floral y en posiciones de los personajes sobre el control de la caza en la montaña.

Capítulo XLVI

"A las dos del día siguiente bajé de la montaña. El sol, desde el cenit, sin nubes que le estorbaran, lanzaba su inmensa luz intentando abrasar todo lo que los follajes de los árboles no defendían de sus rayos de fuego. Las arboledas estaban silenciosas, la brisa no movía sus ramajes ni aleteaba un ave en ellos. Las chicharras festejaban infatigables aquel día de estío, con que se engalanaba diciembre. Las aguas cristalinas de las fuentes rodaban precipitadas al atravesar las callejuelas para ir a secretarse bajo los tamarindos y hobos y esconderse después en los hierbabuenales frondosos. El valle y sus montañas parecían iluminados por el resplandor de un espejo gigantesco".

"Dirígeme hacia donde estaba María. Sus cabellos, conservando las ondulaciones que las trenzas le habían imprimido, le caían en manojos desordenados sobre el pañolón y parte de la blanca falda, que recogía con la mano izquierda, mientras con la derecha se abanicaba con una rama de albahaca".

"Estaba sentada bajo el ramaje del naranjo del baño, sobre una alfombra que Estéfana acababa de extender, cuando me acerqué a saludarla".

"Si falta en el baño algo, yo puedo ponérselo ahora.

¿Rosas? Sí, pero las tendré cuando vengas".

"Juan, que había estado haciendo bambolear los racimos de naranjas que estaban a su alcance y casi

sobre el césped, se arrodilló delante de María para que ella le desabrochara la blusa”.

“Ese día traía yo una abundante provisión de lirios, pues, además de los que me habían guardado Tránsito y Lucía, encontré muchos en el camino. Escogí los más hermosos para entregárselos a María y recibiendo de Juan Ángel todos los otros, los arrojé al baño. Ella exclamó...Ay, qué lastima, tan lindos...”

Las ondinas, le dije, hacen lo mismo con ellos cuando se bañan en los remansos...”

Efraín logra que la inocente María sienta celos de unos seres inexistentes, míticos solamente, las ondinas fluviales. Mientras Efraín se bañaba con rosas, con pétalos de ellas, las ondinas lo hacían con lirios.

“Es seguro que ellas se pintan las mejillas con zumos de flores rosadas y se ponen corsé y botines”.

“Yo conozco uno que se desvive por ver pies lindamente calzados y... Las flores del baño se van a ir por el desagüe”.

Capítulo XLVII

“Recuerdo que días antes se te cayó en el arroyo del huerto y yo me descalcé para buscártela y como me mojé mucho, mamá se enojó”.

En este capítulo 47 vemos la presencia del ave negra, evocación según algunos del cuervo de Edgar Allan Poe.

“Algo oscuro como la cabellera de María y veloz como el pensamiento, cruzó por delante de nuestros ojos. María dio un grito ahogado y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó horrorizada... El ave negra”.

¿Qué es, preguntó mi madre?

“Esa ave que vimos en el cuarto de Efraín”.

No olvidemos que el ave es vista por él, luego por ella, después por ambos como signo de malos auspicios. Es como la premonición de la poca felicidad que esperaba a los fieles amantes.

Capítulo XLVIII

“Visitamos el ingenio, costosamente montado aunque con poco gusto y arte. Recorrimos el huerto, hermosa obra de los antepasados de la familia y fuimos por último al pesebre, adornado con media docena de valiosos caballos”.

“Figúrate, tirado en un catre desde las seis de la tarde, aguardando que vengan los negros a rezar, a que me llamen después a tomar chocolate y oyendo luego conchabar desenraíces, despajes y siembras de caña. A la madrugada de todos los días, el primer olor de bagazal que me llega a las narices deshace todos mis castillos”.

En un diálogo entre Efraín y Carlos sobre Matilde, amiga común de Bogotá, el novio de María le dice a su rival:

“En fin, tú eres rico y ella te sería un estímulo para el trabajo. Además, estas llanuras, estos ríos, estos bosques, son por ventura cosas que ella ha visto. Son para verse y no amarse”

“Ya vienes con poesías. ¿Y mi padre y sus campesinadas? ¿Y esta soledad? ¿Y el calor? ¿Y el demonio?”

“Vadeaba el Amaimito a tiempo que oí que se me llamaba y divisé a mi compadre Custodio saliendo de un bosque inmediato. Cabalgaba él un potrón melado, de rienda todavía, sobre una silla de gran cabeza. Llevaba camisa de listado azul, los calzones arremangados hasta las rodillas y el capisayo atravesado a lo largo de los muslos.

Seguía él montado en una yegua bebeca, agobiada por los años y cuatro racimos de plátanos, un muchacho cretino, el mismo que desempeñaba en la chagra funciones combinadas de porquero, pajarero y hortelano”.

“El tiempo está de lo pésimo. La miel a real, la raspadura no se diga: la azucarita que sale blanca a peso, los quesos de balde y los puercos tragándose todo el maíz de la cosecha y como si se botara al río. Los balances de su comadre, aunque la pobre es un ringlete, no dan ni para velas, no hay cochada de jabón que pague lo que se gasta y esos garosos de guardas tras el sacatín que se las pelan. ¿Qué le cuento? Le compré al amo don Jerónimo el rastrojo aquel del guadalito, ipero qué hombre tan tirano!

Cuatrocientos patacones y diez terneros de aparta me sacó.”

“Y volviéndose al bobo que venía durmiéndose entre los plátanos, dijo: ve el camino, tembo, porque si se atolía la yegua con gusto pierdo los guangos por dejarte ahí”.

“Es el hijo de la mulata que le costó al viejo una rebotación de tiricia que por poco se lo lleva pues a los cuatro meses de haber comprado a la zamba en Quilichao, se le murió. Supe el cuento porque entonces me gustaba jornalear algunas veces en la chagra de Ñor Murcia”.

“Pasaban los días y Tiburcio no abría la boca para hablar de casamiento pero yo pensaba, cateando que estará a la bella Salomé y bien guanábano será si no se casa con ella pues no es ninguna mechosa y tan mujer de su casa no hay riesgo que la halle”.

“No sé dónde vio él a Salomé, tal vez al hacer el cambalache con su padre porque el niño ese vino a herrar los terneros y desde el mismo día no me deja comer el plátano a gusto”. “Déjeme, señor, eso es lo que me tiene día y noche como si durmiera yo sobre pringamoza”.

“No hay quien le quite de la cabeza a Candelaria que esa murciélagas fue la que le ojeó el mico aquel tan sabido y que tanto le divertía a usted, porque el animalito boqueó sobándose la barriga y dando quejidos como un cristiano”.



"Un alacrán que se habría comido el mico, compadre".

"Convéznase que la bruja le hizo maleficio. Cuando fui a buscar la yegua me encontré a la vieja en el guayabal y como ando orejero, todo fue verla y me le aboqué por delante para decirle: van dos viajes con este para decirle que me choca verla en casa. Se puso a temblar y yo que la vi asustada pensé, este retobo no anda en cosa buena".

"Pasamos por el rastrojo recién comprado por Custodio y éste me dijo: no ve qué primor de tierra y cómo está el espino de mono que es la mejor señal de buen terreno. Lo único que lo daña es la falta de agua".

"Agua a mano para la huerta, para el sacatín, para la manguita. Supóngase que la que pasa por la casa es un hilito y eso revela por los puercos de mi compañero Rudesindo que lo que es hozar y dañarme las quichas no vagan, de forma que para cuanto limpio hay que hacer en casa, tienen que empuntar al mudo con la yegua cargado de calabazas a Amaimito porque para tomar agua de La Honda mejor es tragar lejía, de lo pura caparrosa que viene".

"Entró gritando, Candelaria, Salomé. Sólo los bimbos contestaban".

"Él se fue con los perros a buscar el puerco cimarrón, respondió la voz melodiosa de Salomé."

"Era la casita de la chagra pajiza y de suelo apisonado pero muy limpio y recién enjalbegado; así rodeada de

cafetos, anones, papayuelos y otros árboles frutales. No faltaba a la vivienda sino lo que iba a tener en adelante, esperanza que favorablemente había mejorado el humor de su dueño, agua corriente cristalina. La salita tenía por adorno algunos taburetes aforrados en cuero crudo, un escaño, una mesa cubierta por entonces con almidón y el aparador, donde lucían platos y escudillas de varios tamaños y colores”.

Capítulo L

“No quiso contentarse aunque le hice a cariños y le llevé flores, pero se lo conté a mamá”.

¿“Has regado ya las matas? Le pregunté subiendo.”

“No, te estaba esperando. Conversa un rato con mamá y Emma, agregó en voz baja y así que sea tiempo me iré a la muerte.”

María y yo acabábamos de regar las flores. Sentados en un banco de piedra teníamos casi a nuestros pies el arroyo y un grupo de jazmines nos ocultaba a todas las miradas, menos a las de Juan que, cantando a su modo, estaba alelado embarcando sobre hojas secas y cáscaras granadilla, cucarrones y chapules prisioneros”.

“Los rayos lívidos del sol, que se ocultaba tras las montañas de Mulaló, medio embozado por nubes cenicientas fileteadas de oro, jugaban con las luengas sombras de los sauces, cuyos verdes penachos acariciaba el viento”.



Los juegos infantiles cambian muy lentamente. Embarcar grillos sobre hojas de granadillas o de higuera son todavía entretenimientos de muchos niños en el campo.

Capítulo LI

En este capítulo 51 se pasea la mirada sobre el ordeño, parte importante en aquella época de economía doméstica sin amplitudes o ambiciones de extensión.

“Cuando llegamos, Tránsito y Lucía estaban ordeñando la vaca Mariposa en el patiecito de la cabaña de Braulio y se levantaron a recibirme con sus agasajos y alegría acostumbrados, invitándome a entrar”.

“Acabemos antes de ordeñar la novillona, les dije recostando mi escopeta en el palenque. Pero Lucía y yo solos porque así conseguiré que se acuerde de mí todas las mañanas”.

“Tomé el socobe, en cuyo fondo blanqueaban ya nevadas espumas y poniéndolo bajo la ubre de la Mariposa logré al fin que Lucía, toda avergonzada, lo acabara de llenar. Mientras esto hacía, le dije mirándola por debajo de la vaca...”

“El becerro, que desesperaba porque le quitaran el bozal, hecho con una extremidad de la manea y que lo ataba a una mano de la vaca, quedó a sus anchas con sólo halar la ordeñadora una punta de la cuerda”.

“Yo desalojé de una orilla del arroyo una familia de gansos que dormitaban sobre el césped y me puse a

hacer mi tocado de mañana conversando al mismo tiempo con Tránsito y Braulio...”

“En la casa llamaban la atención a un mismo tiempo la sencillez, la limpieza y el orden. Todo olía a cedro, madera de que estaban hechos los rústicos muebles y florecían en los altares macetas de claveles y narcisos con los que la señora Luisa había embellecido la cabañita de su hija. En los pilares había testas de venados y las patas disecadas de los mismos servían de garabatos en la sala y en la alcoba”.

“Braulio y yo fuimos a llamar a José y a la señora Luisa para que almorzasen con nosotros. El viejo estaba acomodando en ligas las arracachas y verduras que debía mandar al mercado al día siguiente y ella acabando de sacar del horno el pan de yuca que debía servirnos para el almuerzo. La hornada había sido feliz, como lo demostraban, no sólo el color dorado de los esponjados panes sino la fragancia tentadora que despedían”.

La cacería se encuentra como atmósfera de costumbre aun en los momentos dolorosos. Cuando todos presentían como inevitable el viaje de Efraín a Europa, Isaacs refleja la melancolía en su libro, a través de su alter ego, de su Sosias, claro está.

“Ellas y ellos sentían como yo que se acercaba el momento temible de nuestra despedida. Todos guardábamos silencio. Debía haber en mi rostro algo que los conmovía pues esquivaban mirarme. Al fin, haciendo una resolución me puse en pie, después de haber visto mi reloj. Tomé mi escopeta y sus arreos y al

colgarlos en uno de los garabatos de la salita le dije a Braulio, siempre que aciertes un tiro con ella, acuérdate de mí”.

“Luego de que me soltó Braulio de sus brazos, su tío me estrechó en los suyos y enjugándose los ojos con la manga de la camisa, tomó el camino de la roza, al mismo tiempo que empezaba yo a andar por el opuesto, seguido de Mayo y haciendo una señal a Braulio para que no me acompañase”.

Capítulo LII

“Descendía lentamente hasta el fondo de la cañada. Sólo el canto de las gurrías y el rumor del río turbaban el silencio de las selvas. Mi corazón iba dando un adiós a cada uno de estos sitios, a cada árbol del sendero, a cada arroyo que cruzaba”.

“Sentado en la orilla del río veía rodar sus corrientes a mis pies pensando en las buenas gentes a quienes mi despedida acababa de hacer derramar tantas lágrimas y dejaba gotear las mías sobre esas ondas que huían de mí como los días felices de aquellos seis meses”.

Capítulo LIII

“Los primeros rayos del sol al levantarse trataban en vano de desgarrar la densa neblina que como un velo inmenso y vaporoso pendía desde las crestas de las

montañas, extendiéndose flotante hasta las lejanas llanuras. Sobre los montes occidentales, limpios y azules, amarillaron luego los templos de Cali y al pie de las faldas blanquean, cual rebaños agrupados, los pueblecillos de Yumbo y Vijes”.

“Juan Ángel, después de haberme traído el café y ensillado mi caballo negro, que impaciente, ennegrecía con sus pisadas el gramal del pie del naranjo a que estaba atado, me esperaba llorando, recostado contra la puerta de mi cuarto, las espuelas en una mano y los zamarros colgados de un brazo”.

Capítulo LIV

En este capítulo 54, ya en Londres, retoma el tema de los rosales. Las rosas aparecen tanto en la cabellera de María, como en el florero o en el huerto. Esta flor es muy cara a los trabajos literarios del romanticismo.

Instalado en la capital británica, Efraín comienza a recibir cartas de su amada, lejana y enferma María.

“Dos semanas hacía que estaba yo en Londres y una noche recibí cartas de la familia.

Rompí con mano trémula el paquete, cerrado con el sello de mi padre. Había una carta de María. Antes de desdoblarla busqué en ella aquel perfume demasiado conocido para mí de la mano que la había escrito, aún lo conservaba.

En sus pliegues iba un pedacito de cáliz de azucena. Mis ojos nublados quisieron inútilmente leer las primeras líneas. Abrí uno de los balcones de mi cuarto, porque parecía no serme suficiente el aire que había en él. Rosales del huerto de mis amores. Montañas americanas, montañas mías. Noches azules. La inmensa ciudad, rumorosa aún y medio embozada por su ropaje de humo, semejaba dormir bajo los densos cortinajes de un cielo plomizo. Una ráfaga de cierzo azotó mi rostro penetrando en la habitación. Aterrado, junté las hojas del balcón y, sólo con mi dolor, lloré largo tiempo rodeado de la oscuridad”.

En una de las cartas, la bella y sensible María le dice a su primo hermano:

“Nuestra mata de azucenas ha dado la primera y dentro de esta carta va un pedacito. ¿No es verdad que estás seguro de que nunca dejará de florecer? Así necesito creer, así creo que la de rosas dará las más lindas del jardín”.

Capítulo LVI

Ya en este capítulo 56 Efraín está de nuevo en suelo vallecaucano, procedente de Panamá. La noticia de que su presencia es el único remedio para salvar a María de una muerte inminente, lo tiene nervioso en Buenaventura.

“La Emilia López, a bordo de la cual venía yo de Panamá, fondeó en la bahía de Buenaventura después de haber jugueteado sobre la alfombra marina

acariciada por las brisas del litoral. Para los que la veían desde la costa, la bella goleta debía asemejarse a una bella campesina que en traje de lujo recorre presurosa el prado de su granja recogiendo flores para engalanarse en la fiesta de noche”.

Efraín lee de nuevo una carta. Recuerda su partida de esta forma:

“Reclinado sobre el barandaje de cubierta, contemplé esas montañas, a cuya vista sentía nacer tan dulces esperanzas. Diecisiete meses antes, rodando a sus pies, impulsado por las corrientes tumultuosas del Dagua, mi corazón había dicho un adiós a cada una de ellas y su soledad y silencio había armonizado con mi dolor.”

María le dice en una de sus bellísimas y sentidas cartas: “Hoy ha estado muy hermosa la mañana, tan hermosa como esas que no has olvidado. Hice que Emma me llevara al huerto. Estuve en los sitios que me son queridos en él y me sentí casi buena bajo esos árboles, rodeada de todas sus flores, viendo correr el arroyo sentado en el banco de piedra de la orilla. Si esto me sucede ahora ¿cómo no habré de alentarme cuando vuelva a recorrerlo acompañado por ti?”

“Acabo de poner azucenas y rosas de las nuestras al cuadro de La Virgen y me ha parecido que ella me miraba más dulcemente que de costumbre y que iba a sonreír”.

A menudo el tema esclavista sale en los capítulos pero el narrador se cuida mucho de tratar muy bien la inserción de su figura.

“Lorenzo no era esclavo. Compañero fiel de mi padre en los viajes frecuentes que éste hizo durante su vida comercial, todos los de la familia le amábamos y gozaba en casa fueros de mayordomo y consideraciones de amigo”.

“Cuando nos acercábamos a la ribera, el horizonte se había entenebrecido: olas negras, tersas y silenciosas pasaban meciéndonos para perderse de nuevo en la oscuridad. Luciérnagas sin número revoloteaban sobre el crepón rumoroso de las selvas de las orillas”.

Capítulo LVII

En María hay descripción del paisaje de la hacienda El Paraíso y del trayecto que de modo desesperado recorre Efraín entre Buenaventura y la hacienda para intentar salvar a María con su presencia.

Este capítulo 57 dice en uno de sus apartes:

“La luna, grande y en su plenitud, descendía ya al ocaso y al aparecer bajo las negras nubes que la habían ocultado, bañó las selvas distantes, los manglares de la ribera y la mar tersa y callada con resplandores trémulos y rojizos, como los que esparcen los blandones de un féretro sobre el pavimento de mármol y los muros de una sala mortuoria”.

“Apenas si se oían el canto monótono y ronco de los bambúes en los manglares sombríos de las riberas y el ruido sigiloso de las corrientes, interrumpiendo aquel

silencio solemne que rodea los desiertos en su último sueño, sueño siempre profundo como el del hombre en las postreras sombras de la noche”.

Cuando los bogas cantan un bunde, a continuación comenta:

“Aquel cantar armonizaba dolorosamente con la naturaleza que nos rodeaba, los tardos ecos de esas selvas inmensas repetían sus acentos quejumbrosos, lentos y profundos”.

“Poco a poco fueron haciéndose densas las tinieblas. Del lado del mar nos llegaba el retumbo de una tormenta lejana. Los bogas hablaban. Un ruido semejante al vuelo rumoroso de un huracán sobre las selvas venía en nuestro alcance. Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer después”.

“La casa paterna en medio de sus verdes colinas, sombreada, por sauces añosos al nacer, se presentaba a mi imaginación. Eran los ropajes de María los que susurraban cerca de mí: la brisa del Zabaletas la que movía mis cabellos, las esencias de las flores cultivadas por María las que aspiraba yo.”

“De allí en adelante las selvas de las riberas fueron ganando en majestad y galanura. Los grupos de palmeras se hicieron más frecuentes. Se veía la pambil de recta columna manchada de púrpura, la milpesos frondosa, brindando en sus raíces el delicioso fruto, la chontadura y la gualte. Distinguiéndose entre todas la chonta de flexible tallo e inquieto plumaje, por aquello del coqueteo virginal que recuerda talles seductores y

esquivos. Las más con sus racimos medio defendidos aún por la concha que los había abrigado, todas con sus penachos color de oro, parecían con sus rumores dar la bienvenida a un amigo no olvidado. Pero aún faltaban allí las bejuçadas, de rojos festones, las trepadoras de frágiles y lindas flores, las sedosas larvas y los aterciopelados musgos de los peñascos. El nagueare y el piaunde, como reyes de la selva, empinaban sus copas sobre ella para divisar algo más grandioso que el desierto: la mar lejana".

"En la ribera izquierda había una choza, levantada, como todas las del río, sobre gruesos estantillos de guayacán, madera que como es sabido, se petrifica en la humedad. Así están los habitantes libres de las inundaciones y menos en familia con las víboras, cuya abundancia y diversidad son el terror y pesadilla de los viajeros".

"Andábamos por algunas de las orillas cortos trechos, operación que allí se llama playear, pero en tales el temor de tropezar con alguna guascana o de que alguna chonta se lanzase sobre nosotros, como los individuos de esa familia de serpientes, negras, rollizas y collarejas, lo acostumbran, nos hacía andar más con los ojos que con los pies."

"Es inútil averiguar si Laureán y Gregorio eran curanderos, pues apenas hay boga que no lo sea y que no lleve consigo colmillos de muchas clases de víboras y contras para varias de ellas, entre las cuales figuran el guaco, los bejucos atajasangre, siempreviva, Zaragoza y otras hierbas que no nombran y que conservan en

colmillos de tigre y de caimán ahuecados. Pero no basta tranquilizar a los viajeros, pues es sabido que tales remedios suelen ser ineficaces algunas veces, muriendo el que ha sido mordido, después de pocas horas, arrojando sangre por los poros y con agonías espantosas”.

“Mientras los bogas y Lorenzo sacaban los trastos de la canoa, yo estaba fijo en algo que Gregorio había llamado viejota, sin hacer otra observación. Era una culebra gruesa, como un brazo fornido, como de tres varas de largo, de dorso áspero, color hoja seca y salpicada de manchas negras, barriga que parecía de piezas de marfil ensambladas, cabeza enorme y boca tan grande como la cabeza misma, nariz arremangada y colmillos como uñas de gato.

Estaba colgada por el cuello en un poste del embarcadero y las aguas de la orilla jugaban con su cola”.

“Dónde encontraron a ésta, le pregunté.
En la orilla, mi amo, allí en el chíparo, me contestó señalándome un árbol frondoso”.

“Hay cazadores y bogas que se han salvado asiéndole la garganta a la víbora con entrambas manos y luchando, contra ella hasta ahogarla o arrojándole una ruana sobre la cabeza mas eso es raro porque es difícil distinguirla en el bosque por asemejarse armada a un tronco delgado en pie y ya seco. Mientras la verrugosa no halla de dónde agarrar su uña es del todo inofensiva”.

“Rufina, señalándome el camino, subió con admirable destreza la escalera, formada de un solo tronco de guayacán muesqueado y aun me ofreció la mano entre risueña y respetuosa cuando ya iba a pisar el pavimento de la choza, hecha de tablas picadas de pambil, negras y brillantes por el uso”.

“Los bogas, con calzones ya, charlaban con Rufina y Lorenzo, después de haber sacado sus comestibles refinados para acompañar el sancocho de nayo que nos estaba preparando la hija de Bibiano, había venido a recostarse silencioso en el rincón más oscuro de la sala”.
“Taita, dijo Rufina desde su alcoba a Bibiano, que dormía con nosotros en la sala, escuche su mercé la verrugosa cantando en el río”.

“Los tales murciélagos son verdaderos vampiros que sangran en poco rato a quien llega a dejarles disponibles la nariz o las yemas y realmente se salvan de sus chupaduras los que duermen en hamaca”.

“Aquí canta la verrugosa, compae, dijo Laureán a Cortico, luego que hubimos navegado un corto trecho. Saque afuerita no vaya a está armáa”.

“Todo el peligro para mí era que la víbora se encontrase en la canoa pues estaba defendido por el techo del rancho: pero agarrado por ella alguno de los bogas el naufragio era probable”.

“A las dos de la tarde, hora en que tomábamos dulce en un remanso, Laureán lo rehusó y se internó en el bosque algunos pasos para regresar trayendo unas hojas que



después de entregadas en un mate lleno de agua, hasta que el líquido se tiñó de verde, coló éste en la copa de un sombrero y se lo tomó.

Era zumo de hoja hedionda, único antídoto contra las fiebres, terribles en la Costa y en aquellas riberas, que aceptan y reconocen como eficaz los negros”.

Los bosques iban teniendo, a medida que nos alejábamos de la costa, toda aquella majestad, galanura, diversidad de tintas y abundancias de aromas que hacen de las selvas del interior un conjunto indescriptible. Mas el reino vegetal imperaba casi solo. Oíase muy de tarde en tarde y a lo lejos el canto del paují: muy rara pareja de panchanas atravesaba a veces por encima de las montañas casi perpendiculares que encajonaban la vega y alguna primavera volaba furtivamente bajo las bóvedas oscuras formadas por los guabos apiñados o por los cañaverales, chontas, nacederos y chíparos, sobre los cuales mecían las guaduas sus arqueados plumajes. El martín pescador, única ave acuática que habita aquellas riberas, rozaba por rareza los remansos con sus alas o se hundía en ellos para sacar en el pico algún pececillo plateado.!

“Hablando y haciendo bañaba los lomos de las mulas con buchados de anisado. Sacó fuego de su eslabón y encendió el cigarro. Echó una reprimenda al muchacho que venía colgándose porque dizque su mula era cueruda y emprendimos nuevamente la marcha, mal despedidos por los gozques de la casa”.

“Un mulato alto y delgado salió de entre las barricadas de zurrónes de tabaco que tapiaban los dos costados de la tolda por donde ésta no llegaba hasta el suelo: era el caporal Justo. Vestía camisa de coleta con pretensiones a blusa corta, calzoncillos bombachos y tenía la cabeza cubierta con un pañuelo atado a la nuca”.

“Los otros arrieros se habían despertado, así como el negrito que debía atizar. Justo encendió un cabo de vela y después de colocarlo en un plátano agujereado tendió un cobijón limpio en el suelo para que no se sentase”.

“La olleta de chocolate hirviendo entró en escena y los arrieros, a cual más listo, ofrecieron sus matecillos de cintura para que lo tomáramos”.

“Las once irán siendo, dijo el caporal al ver la luna que bañaba con su blanca luz las altivas lomas de Los Chancos y Bitaco”.

Capítulo LX

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, llegué al alto de Las cruces. Apéeme para pisar aquel suelo desde donde dije adiós para mi mal a la tierra nativa. Volví a ver ese Valle del Cauca, país tan bello como desventurado ya.

Tantas veces había soñado divisarlo desde aquella montaña que después de tenerlo delante con toda su esplendidez miraba a mí alrededor para convencerme de que en tal momento, no era juguete de un sueño. Mi corazón palpitaba aceleradamente como si presintiese que pronto iba a reclinarsse sobre él la cabeza de María”.

“La ciudad acababa de dormirse sobre su verde y acojinado lecho como bandadas de aves enormes que se cernieran buscando sus nidos. Divisábanse sobre ella, brillantados por la luna, los follajes de las palmeras”.

Capítulo LXII

En este capítulo 62 vuelve la dialéctica entre rosas y azucenas.

“Se apoyó en el brazo de Emma y se dirigió al rosal de enfrente a mi ventana. Luego que estuvieron cerca de él, María lo contempló casi sonriente y quitándose las dos rosas más frescas, dijo:

Tal vez serán las últimas. Mira cuántos botones tiene. Tú le pondrás a la Virgen las más hermosas que vayan abriendo.

Adiós, rosal mío, emblema querido de su constancia. Tú le dirás que lo cuidé mientras pude, dijo volviéndose a Emma, que lloraba con ella.

Mi hermana quiso sacarla al Jardín diciéndole:

¿Por qué te entristeces así? ¿No ha convenido papá en demorar nuestro viaje? Volveremos todos los días. ¿No es verdad que te sientes mejor?

Estémonos todavía aquí, le respondió acercándose lentamente a la ventana de mi cuarto. La estuvo mirando, olvidada de Emma y se inclinó después a desprender todas las azucenas de su mata predilecta, diciendo a mi hermana: díle que nunca dejó de florecer. Ahora sí, vámonos”.

"Durante el día se halló más triste y silenciosa que de costumbre. Por la tarde estuvo en mi cuarto y dejó en el florero, unidas con algunas hebras de hilo, las azucenas que había cogido por la mañana y allí fue Emma a buscarla cuando ya había oscurecido. Estaba reclinada de codos en la ventana y los bucles desordenados de la cabellera casi le ocultaban el rostro".

"Frente al lecho de María se colocó, en una mesa adornada con las flores más bellas del jardín, el crucifijo del oratorio y lo alumbraban dos cirios benditos".

"El sacerdote estaba orando de rodillas al pie del ataúd. La brisa de la noche, perfumada de rosas y azahares, agitaba la llama de los cirios gastados ya".

"Braulio, José y cuatro peones más condujeron al pueblo el cadáver, cruzando esas llanuras y descansando bajo aquellos bosques por donde en una mañana feliz pasó María a mi lado, amante y amada, el día del matrimonio de Tránsito".

"Aquella tarde dejaron la Hacienda de la sierra para ir a pernoctar en la del Valle, de donde debían emprender al día siguiente el viaje a la ciudad".

Capítulo LXIII

"Ya empezaba a oír el ruido de las corrientes del Zabaletas, divisaba las copas de los sauces. Detúveme en el asomadero de la colina. Dos años antes, en una

tarde como aquella, que entonces armonizaba con mi felicidad y ahora era indiferente a mi dolor, había divisado desde allí mismo las luces de aquel hogar donde con amorosa ansiedad era esperado. Allí, a pocos pasos del sendero que la grama comenzaba a borrar, veía la ancha piedra que nos sirvió de asiento tantas veces en aquellas tardes felices de lectura. Estaba, al fin, inmediato al huerto confidente de mis amores: las palomas y los tordos aleteaban piando y gimiendo en los follajes de los naranjos. El viento arrastraba las hojas secas sobre el empedrado de la gradería”.

“Salté del caballo abandonándolo a su voluntad y sin fuerzas ni voz para llamar, me senté en uno de esos escalones, desde donde tantas veces su voz agasajadora y sus ojos amantes me dijeron adioses”.

“Rato después, casi de noche, ya, sentí pasos cerca de mí: era una anciana esclava que, habiendo visto mi caballo suelto en el pesebre, salía a ver quién era su dueño”.

“(…)Me dirigí a la alcoba de María. Algo de sus perfumes había allí. Velando las últimas prendas de su amor, su espíritu debía estar esperándome”.

“El crucifijo aún sobre la mesa, las flores, marchitas, sobre su peana: el lecho, donde había muerto, desmantelado ya”.

“Una hora después, Dios mío, tú lo sabes, yo había recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela a los follajes que nos habían dado sombra y al desierto que en

sus ecos solamente me devolvía su nombre. A orillas del abismo cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y oscuro blanqueaban las nieblas y tronaba el río, un pensamiento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente”.

“Alguien de quien me ocultaban los rosales pronunció mi nombre cerca de mí. Era Tránsito. Al aproximármeme debió producirle espanto mi rostro,”

Capítulo LXIV

“Mi alma va en las horas de mi sueño a vagar en torno del que fue el hogar de mis padres. Frondosos naranjos, gentiles y verdes sauces que conmigo crecisteis, cómo os habéis envejecido. Rosas y azucenas de María, ¿quién las amaré si existen?

Aromas del lozano huerto, no volveré a aspiraros. Susurradores vientos, rumoroso río no volveré a oírlos.”

“La media noche me halló levantado en mi cuarto. Todo estaba allí como yo lo había dejado; solamente las manos de María habían removido lo indispensable, engalanando la estancia para mi regreso: marchitas y carcomidas por los insectos, permanecían en el florero las últimas azucenas que ella había puesto”.

“Era aquel delantal que tantas veces le ayudé a llenar de flores”.

“Atraje sobre mi pecho su cabeza y reclinada así buscaba mis ojos mientras le orlaba yo la frente con sus trenzas

sedosas y aspiraba con deleite el perfume de su albahaca”.

Todo esto lo sueña él mientras se queda dormido acariciando las trenzas que ella le había dejado como recuerdo.

Capítulo LXV

Este es el último capítulo de la novela, gloria del romanticismo latinoamericano.

“Mayo, meneando la cola y tendido en el gramal, espiaba todos mis movimientos, como cuando en sus días de vigor salíamos a cazar perdices”.

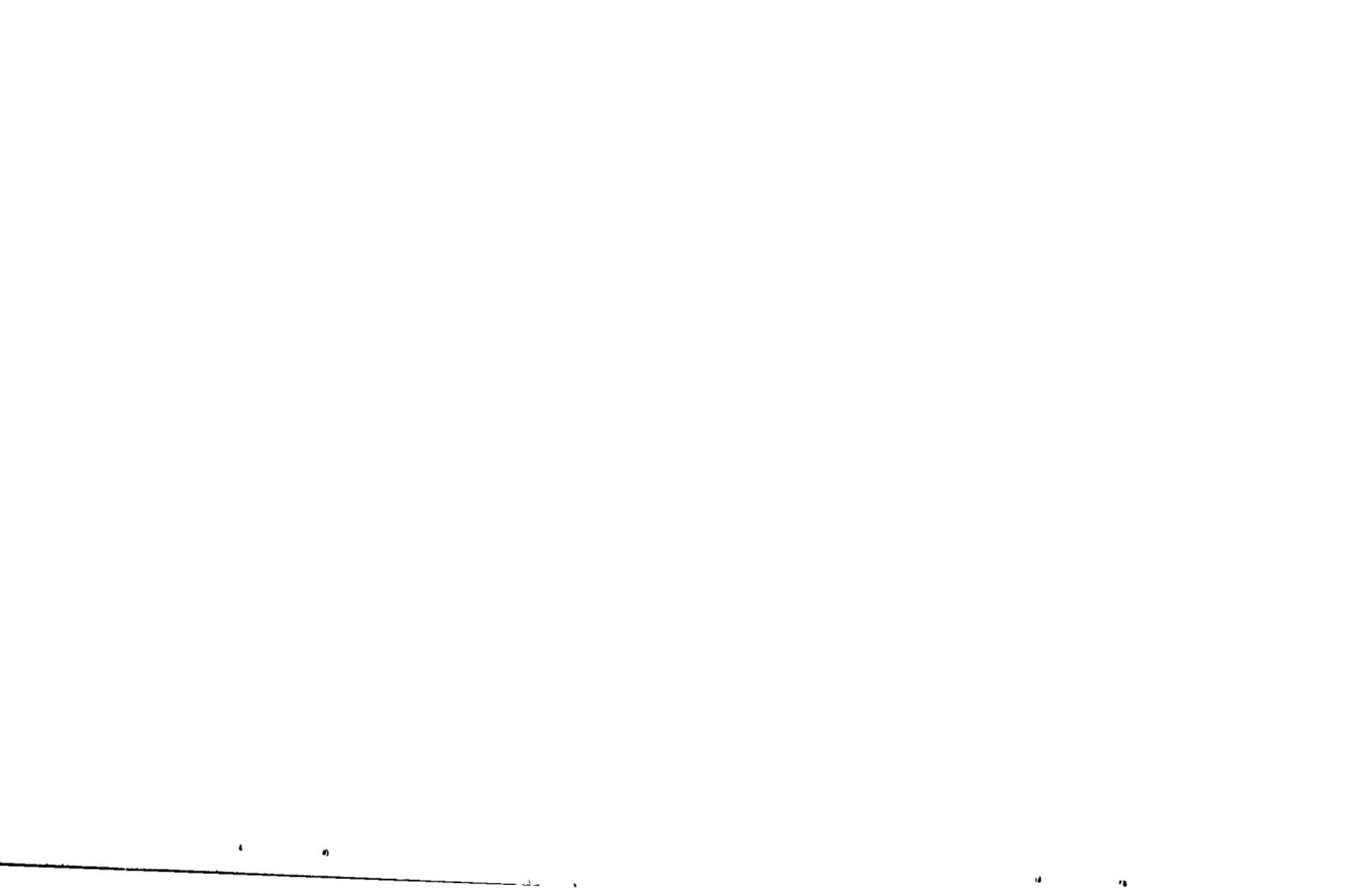
“Atravesé por en medio de las malezas y de las cruces de leño y de guadua que se levantaban sobre ellas. El sol, al ponerse, lograba cruzar el ramaje enmarañado de la selva vecina con algunos rayos que amarilleaban sobre los zarzales y en los follajes de los árboles que sombreaban las tumbas. Al dar la vuelta a un grupo de corpulentos tamarindos, quedé en frente de un pedestal blanco y manchado por las lluvias, sobre el cual elevaba una cruz de hierro. Acérqueme. En una plancha negra que las adormideras medio ocultaban ya, empecé a leer: “María”.

“El ruido de unos pasos sobre la hojarasca me hizo levantar la frente del pedestal. Braulio se acercó a mí y entregándome una corona de rosas y azucenas, obsequio de los hijos de José, permaneció en el mismo

sitio como para indicarme que era hora de partir. Púseme en pie para colgarla de la cruz y volví a abrazarme de los pies de ella para darle a María y a su sepulcro un último adiós”.

“Había ya montado y Braulio estrechaba en sus manos una de las mías, cuando el revuelo de un ave que al pasar sobre nuestras cabezas dio un graznido siniestro y conocido para mí, interrumpió nuestra despedida. La vi volar hacia la cruz de hierro y posada en uno de sus brazos, aleteó repitiendo su espantoso canto.

Estremecido partí a galope por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche”.



ANEXOS



SOBRE LA HACIENDA EL PARAÍSO Y MARÍA

Como ésta no es una obra de temas botánicos exclusivamente, consideramos oportuno transcribir las principales líneas del trabajo del Profesor Ersain García sobre la historia de la Hacienda El Paraíso, de su trabajo *Reseña Histórica y Cultural de El Cerrito, Valle del Cauca*.

La fauna, el conjunto animal, obviamente hace referencia a las zonas citadas. Caballos y perros, loros y venados, tigres y monos pueblan la zooesfera del relato en cuanto atañe a la hacienda. Los verrugosos y murciélagos, al igual que algunos peces como el nayo, dimensionan la zoología de la zona del Dagua, camino fluvial de los dolores de Efraín. Tras una breve taxonomía de ellos, de plantas y animales, miraremos que la mayoría de ellos pervive en la región donde acontecen los sucesos narrativos.

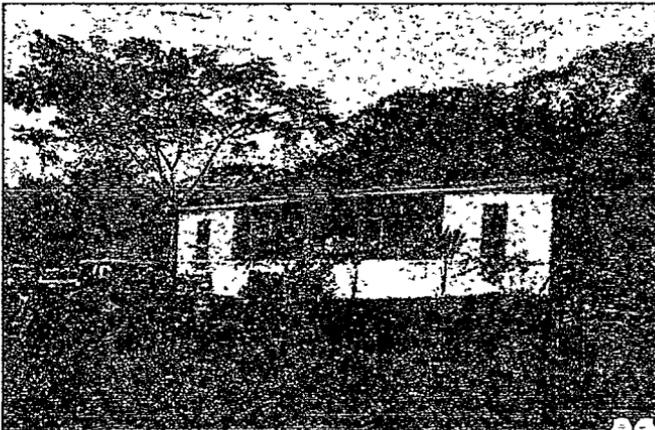
Daniel Potes Vargas

ORIGEN DE LA HACIENDA EL PARAÍSO

ERSAÍN GARCÍA

Don Juan Barona Fernández, casado con la distinguida dama caleña doña Josefa Ruiz Calzado, fue quien estableció el fundo denominado Piedechinche, situado en las primeras estribaciones de la cordillera central, de donde se extiende hacia el oriente la dilatada y rica región de Chinche, llamada así en recuerdo del cacique de la tribu que habitaba antiguamente esa extensa región, común a los municipios de El Cerrito y Palmira.

Una hija del matrimonio Barona Fernández Ruiz Calzado, llamada Gertrudis, contrajo matrimonio con el español don Juan Costa, quienes tuvieron varios hijos, entre ellos, Josefa, esposa de José Sebastián Borrero Ramírez (español), tronco de los Borrero Costa que figuran en el Valle del Cauca y en otras secciones colombianas.



Luego vino a poder, por vía hereditaria, la hacienda mencionada, de Piedechinche, a manos de José Sebastián y María Gertrudis. Tal fundo fue de los más considerables que existieron en el antiguo Cauca como que una vez desmembrado, su antiguo territorio constituyó más de quince haciendas de las que hoy día integran los municipios expresados. La antigua casona de la hacienda Piedechinche, construida por don Juan Costa en 1715, es propiedad del ingenio azucarero de Providencia desde el año de 1942. Allí nacieron los próceres de la Patria: Eusebio, José Antonio Salvador y Juan Antonio Borrero Costa, suficientemente conocidos en la historia nacional.

Una hija del matrimonio Borrero-Costa (María Petrona) unió su suerte a la de don José Antonio Víctor Cabal Molina (bugueño), en 1815, quien heredó parte del predio de Piedechinche. Fueron los esposos Cabal Molina-Borrero Costa, quienes llamaron por primera vez esa zona con el título de El Paraíso, y levantaron, a partir de 1828, la antigua Casa de la Sierra, con cuyo nombre se le designó hasta fines del siglo pasado. Ya, en 1839, figura dicho predio en memoriales y escrituras públicas registradas en Cali y Llanogrande.

Los esposos Cabal Molina-Borrero Costa vendieron la hacienda de El Paraíso al señor Guillermo Federico Byrne, súbdito de Su Majestad Británica, el día 30 de diciembre de 1853, mediante escritura número 13, otorgada ante don Felipe Rojas, notario 2 de Cali, por la cantidad de dieciocho mil pesos de a ocho reales, moneda corriente, inclusive el valor de la antigua

casona, muebles, herramientas y útiles anexos a la hacienda, el ganado, el yegüerizo, los huertos, burros, mulas, etc.

A partir de esa fecha, figura la hacienda de El Paraíso como limítrofe con la hacienda de El Castillo, por el norte, cuyo propietario era entonces don Pedro Antonio Martínez Escobar. La propiedad de la hacienda fue entregada al señor Byrne el día 15 de diciembre de 1853. El día 20 de junio de 1854 traspasó el señor Byrne la hacienda de El Paraíso al señor Jorge Enrique Isaacs, padre del novelista, casado con doña Manuela Ferrer, mediante documento privado, elevado once meses después a escritura pública número 120, mayo 19 de 1855, otorgada ante el Notario 2 de Cali, don Carlos Guerra. Allí figuran los mismos linderos e iguales precios de la escritura de compra al señor Cabal Molina.

Tal documento fue firmado en la propia casa de El Paraíso, en donde temperaban algunos miembros de la familia Isaacs. Luego se practicó la posesión judicial, pedida por Isaacs, de los terrenos de la hacienda, y en la respectiva diligencia, figuran: doña María Gertrudis Borrero Costa, como propietaria de la hacienda de Piedechinche, y don Pedro Antonio Martínez Escobar, de la de El Castillo, 1856, y fueron reconocidos los linderos acordados antiguamente por los señores José Sebastián Borrero Ramírez y Manuel Vicente Martínez, poseedores de El Paraíso y El Castillo, según documento firmado el 10 de marzo de 1780, citado. Martínez reclamó una "servidumbre" de camino que se debe a su hacienda de Chinche (de él y de su hermano Carlos, entonces) por la de El Paraíso, servidumbre que fue concedida algún tiempo después por Isaacs.





El día 15 de junio de 1858 vendió Isaacs la hacienda de El Paraíso al señor José María Martínez Barona, según escritura de venta número 124, otorgada ante el Notario de Palmira, don Marcelo Esparza, diligencia ésta, firmada también en la casa de la hacienda mencionada, por medio de dos documentos, firmados el 31 de mayo y el 10 de junio del año 58; ambos instrumentos fueron incluídos en dicha escritura. La hacienda de El Paraíso perteneció a la familia Martínez Ospina hasta el día 12 de junio de 1888, fecha ésta, en la cual los herederos del señor Martínez Barona, señores Carlos Rebolledo, su esposa doña Epifanía Martínez y don Miguel Cruz, como apoderado sustituto, del general José Vicente Martínez, la vendieron al doctor Aquilino Aparicio. El doctor Aparicio vendió el predio de que nos ocupamos al doctor Primitivo Valencia, el día 7 de febrero de 1889, según escritura pública número 75, otorgada en la Notaría 1 de Cali.

El doctor Valencia transfirió el título de propiedad de la mencionada hacienda de El Paraíso a don Rodolfo González, en virtud de escritura número 251. Noviembre 26 de 1895, firmada en la Notaría 2 de Palmira, por la cantidad de \$ 20.000. Moneda corriente.

El señor González hizo testamento abierto a favor de sus sobrinos-nietos, Epímaco y Jorge, más María y Flora González Guzmán, el día 29 de julio de 1915, quienes, a partir de tal fecha, quedaron como únicos universales herederos de las extensas haciendas de Piedechinche, El Paraíso y demás propiedades que don Rodolfo poseía en el departamento del Valle del Cauca. Cuya diligencia fue firmada ante el Notario de El Cerrito, don Francisco de P. Palacios, marcada con el número 68.



Como consecuencia de la distribución que sobrevino, correspondió la hacienda de El Paraíso a las señoritas María y Flora, quienes la vendieron en 1927 al señor Emilio Londoño, quien transfirió el título de propiedad de ella al doctor Guillermo Gutiérrez Vélez, según escritura número 1644, firmada en la Notaría 2 de Cali, el día 23 de noviembre de 1929. Fallecido el doctor Gutiérrez Vélez, heredó tal predio su señora viuda, doña Matilde Jaramillo. Fue, pues, doña Matilde, quien vendió al Departamento la hacienda de El Paraíso, el día 18 de abril de 1953, mediante escritura pública número 81, firmada en la propia casa de la hacienda en dicha fecha, ante el Notario de El Cerrito, don Severo Madriñán Caicedo, por el gobernador del Valle, doctor Carlos A. Sardi Garcés, su Secretario de Gobierno, doctor Rafael Navia Varón, y demás miembros del Gabinete Departamental de ese año.

La Gobernación del Departamento, de acuerdo con la Academia de Historia del Valle, emprendió y llevó a cabo la restauración de la antigua casa de El Paraíso, obra ésta que ejecutó el doctor Luis Alberto Acuña, mediante respectivo contrato, y entregó el día 11 de junio de 1954, después de un acto solemne de dicha Corporación Histórica.

Anteriormente estuvo muy bien tenida la amplia casona durante el tiempo que funcionó allí el colegio privado de señoritas, regentado por la institutora tulueña, doña Julia Restrepo. Y posteriormente, durante la permanencia de don Joaquín Laso y su esposa, la clarísima dama doña Teresa Calderón de Laso. Doña

Teresa, conocedora de la tradición isaacsiana, hizo reparar algunos muebles, ya deteriorados, para que así pudiesen resistir la acción del tiempo; sembró nuevamente algunas plantas y arbustos, en el propio lugar donde existieron, según lo indica la novela, y solicitó y obtuvo del propietario, don Rodolfo González, la reparación de la casa, cuyo estado era ya verdaderamente ruinoso.

Lustros después, don Luis Carlos Velasco Madriñán, interpretando el sentimiento del pueblo colombiano, y muy especialmente del vallecaucano, recogió la tradición isaacsiana y la trazó admirablemente en las bien escritas páginas de su obra Jorge Isaacs, El Caballero de las Lágrimas. Cali, 1942.

Hoy día constituye El Paraíso el mayor centro de turismo nacional. En menos de dos años, lo han visitado no menos de doscientas mil personas, de todo el país, inclusive extranjeros. La Gobernación contrató con don Hernando Velasco Madriñán la administración de la casa y terrenos comprados por el Departamento, quien ha correspondido, con interés digno de encomio, a las aspiraciones de los vallecaucanos, que en más de una ocasión exteriorizaron su voluntad, en el sentido de solicitar que el Departamento adquiriese ese predio antes de que desaparecieran la antigua casona y algunos objetos de la época de la novela inmortal.

Daniel Potes Vargas

¿EXISTIÓ REALMENTE MARÍA?

JOSÉ NÚÑEZ SEGURA

La última hija del poeta, Doña Clementina Isaacs, con motivo de la adquisición oficial de la hacienda El Paraíso, hizo a la prensa declaraciones que identifican a María con Esther, y Efraín con don Jorge. Escribe JB Jaramillo Meza en el Suplemento de El Colombiano, del 31 de Mayo de 1953.

Interrogada por nosotros acerca de la verdad o de la ficción de María, Clementina es terminante en su respuesta. Y nos autoriza para transmitir al público su información que viene a destruir, naturalmente, las leyendas escritas hasta hoy, en ochenta años, en torno a la protagonista del idilio inmortal. Es inexacto, en consecuencia, todo lo que hemos leído en relación con la dulce y bella criatura que amó a Efraín con el más hondo y puro de los amores en la Casa de la Sierra y que murió en su ausencia, entre suspiros y lágrimas, con el nombre del amado en el corazón.

Clementina oyó esa historia de labios de su madre, doña Felisa González de Isaacs, y la escuchó también de labios de Carmen, la fiel servidora de la familia Isaacs, que vivió con sus padres y sus descendientes, desde la edad de 12 años hasta los 97 en que murió en la capital del país, en la propia casa de Clementina. Este relato no destruye la realidad de María. Al contrario, revela, definitivamente, quien fue la inspiradora de la novela de Isaacs.



María existió, en verdad. No fue un sueño de la mente del novelista. Su imaginación de poeta le sirvió sí para embellecer el cuadro de sus amores y para darle a su obra mayor interés, más cálido ambiente de ternura y de dolor. Esther fue su verdadero nombre. Nació en Jamaica, en el hogar de don Salomón Isaacs, hermano de don Jorge Enrique, padre del poeta, y doña Sara de Isaacs. Esther sólo tenía cinco años cuando murió su madre. Don Salomón, en esas horas de duelo le escribió a don Jorge Enrique dándole cuenta de su desgracia y manifestándole su deseo de que Esther fuera traída a Colombia a su hacienda El Paraíso, para que se educase al lado de sus hijos. La propuesta de don Salomón fue aceptada inmediatamente por su hermano. Y una esclava de Jamaica trajo a la niña a Buenaventura, en donde la recibió Manuel Santos Cabrera servidor de don Jorge Enrique. En la Casa de la Sierra la niña fue acogida con júbilo. Su belleza impresionó a la familia Isaacs y en especial al niño Jorge por su extraordinaria sensibilidad. El semblante de Esther, color de azucena, sus ojos negros de extraño y melancólico brillo, sus cabellos de ébano, la dulzura de su voz, todo en ella, hasta su enfermiza languidez, atrajo poderosamente la atención del adolescente, atención que se convirtió en cariño al paso de los días.

La vida de Esther fue breve. Había nacido condenada a una existencia fugaz. Un mal tremendo, la epilepsia, que se manifestaba en ella en forma grave y frecuente, destruía su organismo, velaba su mente, y con su signo trágico anunciaba su muerte prematura.



Daniel Potes Vargas

Todos, en El Paraíso seguían angustiados aquel proceso irremediable ante el cual fueron inútiles, lo mismo que las drogas, el afecto y las contemplaciones.

En los tres años que Esther vivió en la Casa de la Sierra, solía pasear por los jardines y cultivar sus matas predilectas; recorría con Jorge Isaacs huertos y praderas; leía y oía leer historias de amor, que la hacían soñar y sentir en su alma de niña extrañas sensaciones, preludio de un amor quizás por el bardo adolescente.

Un día, en silencio, llegó la muerte. Y tras el llanto y el dolor de la familia Isaacs que había aprendido a amarla y compadecerla, el cadáver de la niña fue llevado al cementerio aldeano. El cortejo lo formaban los señores de la hacienda, los servidores de don Jorge Enrique y los campesinos de la región, entre ellos Manuel Santos Cabrera, Juan Ángel, Tránsito, Feliciano, Braulio, Lucía, todos aquellos personajes que más tarde habrían de figurar en las páginas de María. Santos Cabrera, que murió de 124 años, y Juan Ángel, en las entrevistas que concedieron en su ancianidad afirmaron varias veces haber sido testigos de todo esto y confirmaron que la tumba de Esther estaba situada en el corregimiento de Santa Elena, a lindes de El Paraíso.

Años después Jorge Isaacs fue inspector del camino a Buenaventura. Tenía a su cargo 400 trabajadores y, tras el cansancio y el ardor de aquellos días caniculares, en el silencio de las noches que sólo interrumpían los rumores del Dagua, el poeta se dio a pensar y a recordar, y a escribir los primeros capítulos de su novela. Los



borradores a mano, los conservó su familia, en las carreras de apuntes en que fueron escritos, de 1864 a 1865. Más tarde, en la casa de El Paraíso, que pertenecía a don Jorge Enrique desde 1843, el cantor de la novela ideal revisó aquellas páginas y continuó escribiendo sin descanso. El sencillo escritorio estaba colocado cerca del balcón occidental, con bellas perspectivas de jardines y paisajes. Doña Felisa -con quien había contraído matrimonio el 19 de noviembre de 1856- solía acompañarlo en las horas que le dejaban libres sus labores hogareñas con sus cuatro primeros hijos, y lo mismo con Carmen, la sirvienta fiel. Isaacs y su esposa leían uno a uno los capítulos, a medida que el bardo los iba escribiendo. Más de uno de ellos fue inspirado por doña Felisa. Carmen permanecía a su lado en las noches en vela, y el poeta leía, también esos capítulos, entre sorbo y sorbo de café tinto que la solícita mujer llevaba a su escritorio. Y así hasta el amanecer y día tras día, hasta terminar el libro.

Lo demás en María, es imaginación. La fantasía del poeta embelleció el idilio con detalles y sucesos que le dieron mayor intensidad, más armonía y más ternura y más dolor al escenario de esos amores purísimos. El recuerdo de Esther, la dulce niña que pesó tan poco sobre la tierra, el afecto que por ella sintió el adolescente y la honda impresión que dejó en el alma de Isaacs la muerte de la bella criatura de Jamaica, inspiraron las páginas de esa obra inmortal.

María se publicó por primera vez en Bogotá, en 1867 en edición de ochocientos ejemplares, bajo lo auspicios de



la tertulia literaria El Mosaico, en cuyos salones se dio a conocer a Jorge Isaacs como poeta y como novelista. Ante el éxito asombroso de este libro, en esa época romántica, se hizo una nueva edición, más numerosa, en 1869. Y así sucesivamente, desde aquellos días, ya tan lejanos, hasta hoy, las ediciones por centenares, han llegado a casi todos los pueblos de la tierra, en distintos idiomas.

El retrato de María lo pintó Alejandro Dorronsoro, a quien Isaacs entregó los originales de la novela, para su estudio e inspiración de artista. El poeta le hizo algunos reparos al primer retrato, y le dio indicaciones a Dorronsoro para un segundo trabajo. El pintor ejecutó su nueva obra, que mereció la aprobación del novelista, y desde entonces figura en las ediciones de María.

Clementina Isaacs nos refirió luego varios episodios de la vida de su padre, con especialidad de sus últimos días en Ibagué, en donde murió el 17 de Abril de 1895; de la confesión general que hizo con el Padre Jesús María Restrepo, a quien Isaacs respondió, al preguntarle al sacerdote si creía en Cristo: "Si, creo en él y en su Divinidad. Soy de su raza, y confío en su misericordia infinita". Nos informó además, que ella conserva los diez capítulos que escribió Isaacs, de su novela Camilo. Como quedó inconclusa su familia pidió en una ocasión a Guillermo Valencia que la terminara para proceder a publicarla: Valencia no accedió a tal solicitud porque consideró que su estilo era distinto a la prosa de Isaacs. El novelista juzgaba a Camilo superior a María, y así se lo dijo rotundamente al ilustre Carlos Arturo Torres. Don Jorge escribió también La Revolución Radical en

Antioquia, y Estudio sobre Las Tribus Indígenas del Departamento del Magdalena, folletos que fueron publicados en vida del autor, y Tania de cuyos orígenes nada se sabe.

EUSTAQUIO PALACIOS

Nació Eustaquio Palacios en Roldaniño un 17 de Septiembre de 1830. Justo cuatro meses antes de que muriera en la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta Simón Bolívar, el genio de América. Sus padres eran caleños.

Sus primeros estudios los cursó en el convento de San Francisco, de Cali. Allí aprendió bastante latín, lengua de la que hace gala a lo largo de su novela. El Alférez Real, que le dio fama en América Latina. En Popayán se doctoró en Derecho y Ciencias Políticas. De Popayán regresó a Cali, donde murió de manera repentina un seis de septiembre 1898. De un septiembre a otro septiembre corrió la vida de este notable autor de artículos periodísticos.

Durante una década, de 1866 a 1876, fue rector del Colegio de Santa Librada, que había fundado el general Francisco de Paula Santander. En el año de 1864 Eustaquio Palacios presidió la primera Municipalidad de la Provincia.

Igualmente Palacios lo hizo en los años 1864, 1873 y 1876. Fue este novelista y poeta Administrador Provincial de Hacienda Nacional, Inspector de Instrucción Pública y Magistrado del Tribunal de Occidente.

Su pasión por el tema del Ferrocarril del Pacífico lo llevó a crear el semanario El Ferrocarril, que fue legendario



en el Valle del Cauca. Fue un semanario que trataba temas de interés general y no sólo de aspectos ferroviarios.

De sus clases quedó un libro llamado Elementos de Gramática y Literatura Castellana.

Escribió un texto algo olvidado ya llamado Explicación de las oraciones latinas, muy usado en su día. Escribió varias fábulas de corte clásico y un poema premiado en un certamen internacional, Esneda.

En una casona antigua de la calle 13, cerca de Santa Librada; tenía una imprenta rústica y pequeña. Allí se hizo la primera edición de El Alferez Real. Hacia el anochecer varios intelectuales de Cali se reunían allí para comentar temas de interés cultural y político. La novela está dedicada al Doctor Zenón Fabio Lemos. En ella veremos, a lo largo de sus 27 capítulos, la flora y la fauna de una región muy cercana a Cali así como el régimen esclavista que se presenta no tan neutro como en María de Isaacs sino más tenso como referente histórico y narrativo.

EL ALFÉREZ REAL

Capítulo I, De Cali a Cañasgordas

“Llevaba zamarros, pero no en forma de calzones que se les da hoy, sino abiertos: eran dos fajas anchas de piel de venado adobada que caían sobre cada una de las piernas.”

De entrada vemos la cultura cinegética y depredatoria de la cacería de venados, al igual que en María.

“Montaba un potro rucio de gran talla y mucho brío, que caminaba con la buena voluntad con que andan las bestias cuando van para sus dehesas”.

“Por todo vestido traía camisa de lienzo de Quito, ruana de lana basta, de listas azules, pantalones de manta del país tejida en El Socorro y sombrero hecho con trenza de juncos”.

“Los criados de la hacienda de Isabel Pérez apartaban las vacas de los terneros, como es costumbre a esa hora y todo ésto acompañado del mugir de las vacas, del berrear de los terneros, de los gritos de los criados, de las interjecciones de los arrieros y de esos otros mil ruidos que se oyen en las casas de campo y en las inmediaciones de una ciudad cuando va entrando la noche”.

“Al llegar a la quebrada de Cañaveralejo se detuvieron los tres jinetes y aflojaron las riendas a sus cabalgaduras para que bebieran. Pasada la quebrada, entraron en el

extenso y limpio llano de Meléndez. A la izquierda, a una o dos cuadras del camino real, estaba la hacienda de don Juan Félix Hernández de Espinosa, con casa grande de teja, de espaciosos corredores y con oratorio en el extremo del que quedaba en el frente de la casa.

Esclavos que obedecían el tañido de la campana. Vacas, yeguas, plantaciones de caña de azúcar y trapiche. A la derecha, al lado de la loma, la posesión de don Francisco Mateus, con casa, esclavos, trapiche y ganado. Más lejos, al oriente, al extremo del llano, se alcanzaba a ver la casa de la hacienda de Limonar, perteneciente a doña María de Saa, viuda de don Baltasar Rodríguez. Todo el llano estaba sombreado de árboles aislados o de frondosos bosquecillos”.

Desde el primer capítulo se describe y se pinta una naturaleza que servirá de marco a los amores de Daniel con doña Inés de Lara y Portocarreño, la hija de don Sebastián y de doña María, que vivían en la hacienda de Cañasgordas, propiedad del Alférez Real de Cali.

“Al entrar en el llano, el padre tomó la delantera, a la luz de la luna que se alzaba en ese momento en el Oriente, en plenilunio, ostentando su agrandado disco color de oro bruñido en un cielo azul, limpio y claro. Las sombras de los viajeros se proyectaban prolongadas sobre el verde césped”.

“Habían pasado ya el hermoso llano de Meléndez y llegaban al cristalino río que lleva ese nombre. Pasado el río, entraron en las tierras de la hacienda de Meléndez, llamada luego San Joaquín. A la derecha se

alzaba en una ligera eminencia la alta casa de la hacienda (la misma que hay hoy), perteneciente entonces a doña Teresa Riascos, madre de Fray Pedro Herrera. A la izquierda, del camino real para abajo, había otra hacienda perteneciente a don Jerónimo Escobar. A la orilla del Camino había un bosque de carboneros, arbustos de color simpático y de flores alegres."

Como se advierte, el dominio del autor roldanillense en materia de colores de las flores y árboles no era mucho. Con relación al tema esclavista en este capítulo, veamos:

"Desde la puerta de golpe hasta la casa, a un lado y otro del patio y alineadas, estaban las habitaciones de los esclavos, hechas de guadua con techos pajizos. En todas ellas se veía, por entre las tablas de las paredes, el fuego del hogar en que esposas y madres preparaban la cena de sus maridos y de sus hijos..."

"Al atravesar el patio se levantaron gansos graznando y siguieron tras los jinetes con las cabezas bajas en ademán de picar a los caballos en los cascos y los perros comenzaron a ladrar pero callaron al reconocer a Daniel y a Fermín. Una criada tendió sobre la mesa de la sala un blanco mantel de lino, colocó los cubiertos y trajo la cena. Esta se componía de sopa, carne, pan, de trigo y pan de maíz, queso, chocolate y dulce".

"Los negros, sobre todo los negros viejos, sentados en las puertas de sus cabañas, fumaban tabaco en pipas de barro, al mismo tiempo que conversaban. Otros tocaban flauta de caña o de carrizo en los corredores de sus cabañas o en el gran edificio del trapiche".

Capítulo II Hacienda de Cañasgordas

“Cañasgordas era la hacienda más grande, más rica y más productiva de todas cuantas había en todo el Valle a la banda izquierda del río Cauca”.

“Su territorio era el comprendido entre la ceja de la cordillera occidental de los Andes y el río Cauca y entre la quebrada de Lili y el río Jamundí.

(...) “El aspecto de esa comarca es el más bello y pintoresco que pueda imaginarse. Desde el pie de la empinada cordillera que tiene allí el nombre de Los Farallones, se desprende una colina que va descendiendo lentamente en dirección al río Cauca, en más de una legua de desarrollo. Su forma es tan simétrica que no se observa en ella ni una protuberancia ni un bajío. Tampoco se ve árbol alguno, ni arbustos, ni maleza porque es limpia en toda su extensión y está cubierta de menuda grama”.

“Descendiendo por la colina, se ven a la derecha vastas praderas regadas por el cristalino Pance, que tienen por límite el verde muro de follaje que les opone el Jamundí con sus densos guaduales. A la izquierda, graciosas colinas cubiertas de pasto, por entre las cuales murmura el Lili, casi oculto a la sombra de los carboneros y allí abajo, donde desaparece la gran colina, se extiende una dilatada llanura cubierta de verde césped, que va a terminar en las selvas del Cauca y que ostenta, colocados a regulares distancias, árboles frondosos o espesos bosquecillos dejados allí intencionalmente para que se recojan a sestar los ganados en horas calurosas”.

“La riqueza de la hacienda consistía en vacadas tan numerosas que el dueño mismo no sabía fijamente el número de reses que pacían en sus dehesas aunque no ignoraba que pasaban de diez mil. Era casi tan opulento como Job, quien por su riqueza era “varón grande entre todos los orientales”, antes de ser herido por la mano de Satanás.”

“Allí había partidas de ganado de bravío, que nunca entraban en los corrales de la hacienda, ni permitían que se les acercara criatura humana.”

“Además de las vacas, había hatos de yeguas de famosa raza, extensas plantaciones de caña dulce con su respectivo ingenio para fabricar el azúcar: grandes cacaotales y platanares en un sitio del terreno bajo llamado Morga.”

“En la parte alta había muchos ciervos, que a veces se mezclaban con los terneros. Y en las montañas y en las selvas del Cauca, abundante caza de todo género: cuadrúpedos y aves. Piezas bien condimentadas de diferentes animales de monte figuraban frecuentemente en la abundante y suntuosa mesa de los amos y con más frecuencia, aunque sin condimento, en la humilde cocina de los esclavos.”

“A la multitud de negros se le daba el nombre de cuadrilla y estaban a órdenes inmediatas de un capitán llamado el tío Luciano. Eran racionados todos los lunes, por familias, con una cantidad de carne, plátanos y sal proporcionada al número de individuos de que constaba cada una de ellas. Con este fin se mataban cada ocho días más de veinte reses.”

“Todos esos esclavos, hombres y mujeres, trabajaban toda la semana en las plantaciones de caña, en el trapiche, moliendo la caña, cociendo la miel y haciendo el azúcar. En los cacaotales y platanares, en sacar madera y guadua de los bosques, en hacer cercas y en reparar los edificios, hacer rodeos cada mes, herrar los terneros y curar los animales enfermos y en todo lo demás que ocurría.”

“Se les daba libre el día sábado para que trabajaran en su provecho: algunos empleaban ese día en cazar guaguas o guatines en el río Lili o en los bosques de Morga o en pescar en el Jamundí o en el Cauca. Otros, laboriosos y previsivos, tenían sus labranzas sembradas de plátano y maíz y criaban marranos y aves de corral. Esos, a la larga, solían liberarse dando a sus amos el precio en que él los estimaba, que era por lo general de cuatrocientos a quinientos patacones. Cuando un marido alcanzaba así su libertad, se mataba enseguida trabajando para librar a sus hijos y a su mujer y esto no era muy raro.”

“La fachada principal de la casa da vista al oriente y tenía en aquella época un gran patio al frente, limitado por las cabañas de los esclavos, colocadas en línea como formando plaza y por un extenso y bien construido edificio llamado el trapiche, en donde estaba el molino, movido por agua y en donde se fabricaba el azúcar.”

“Sospechamos que el nombre de Cañasgordas; deducido de los extensos guaduales que por allí se encuentran, principalmente a orillas del río Jamundí, se



debió a que los conquistadores daban a la guadua el nombre genérico de caña y que por ser tan gruesa la llamaban caña gorda. Así se lee en la obra del padre Fray Manuel Rodríguez, jesuita, hijo de Cali, publicada hace dos siglos y titulada *El Marañón o Amazonas*.”

En el capítulo III, dedicado a Doña Inés de Lara, no hay mención de bienes naturales ya que atiende sólo al proceso narrativo.

Daniel, Capítulo IV

“Entre las rústicas cabañas de los esclavos que formaban el cuadro del gran patio de la hacienda, la mejor era la de Fermín, en la cual vivía con su madre.”

Fermín era el gran amigo de Daniel, enamorado de doña Inés de Lara. Como se ve, aquí el poeta y novelista de Roldanillo trata de manera más directa, económica y abierta el tema esclavista.

La guadua en su relación con la arquitectura y el mobiliario se hace siempre presente.

“El interior se componía de una salita y un aposento. En la sala había dos anchas bancas hechas de guadua, que servían de asientos y en una de las cuales dormía Fermín.”

“Martina no se confundía con los demás esclavos. Ella tenía ocupaciones especiales adentro (así designaba a la casa grande) en el servicio de despensa y cocina.”

“La tabaquera de Fermín era una larga tira de piel de nutria adobada. En ella envolvía los cigarrillos, de manera que quedaran bien apretados y luego la ataba con un cordón.”

“En esa hacienda no había objetos que pudieran satisfacer las aspiraciones de su alma o los había fuera del alcance de sus fuerzas; esclavos y amos.”

“Los esclavos obedecían a don Juan Zamora y lo querían porque no era cruel.”

Capítulo V El Domingo en la Hacienda

“En medio de la misa el padre explicó el Evangelio del día con la mayor claridad, acomodando su lenguaje a la limitada inteligencia de los esclavos y terminó encargando a éstos la paciencia y la resignación y advirtiendo a los amos que ellos debían ser los padres y no los verdugos de esos infelices a quienes Dios en sus arcanos había colocado en la servidumbre.”

“Estoy comprometido con Jacinto a cazar una guagua con esa perra que compró en Jamundí.”

“Después del almuerzo, don Manuel se retiró a su cuarto. Daniel se fue con Zamora a la habitación de éste. Fermín almorzaba en la cocina como un príncipe, atendido por su madre y por Andrea, novia suya y criada de doña Inés, que había puesto en él sus ojos, como que era la mejor que había en toda la servidumbre. Las demás criadas del interior atendían a sus respectivas

faenas. En una alberca del patio estaba tirada toda la vajilla de plata en que se había servido el almuerzo, que pesaba arrobas, para lavarla más tarde. Los negros de la cuadrilla se distribuían en diferentes direcciones, ya en grupos, ya aislados, a pasar el día según su gusto. Unos iban a Cali a tunar o a alguna diligencia. Otros al monte a cazar o a hacer leña para venderla en Cali. Algunos se ocupaban allí mismo en varias manufacturas de correas de cabuya y no pocos se acostaban a dormir.”

Capítulo VI De Cañasgordas a Cali

“La negra se fue a la cocina. Doña Mariana se puso a preparar la mesa mientras que Daniel y Fermín ataban sus caballos a un naranjo que había en el patio.”

Dialogando Daniel con su amigo Fermín sobre los amores que se desatan entre el primero y doña Inés y prometiéndole fidelidad le dice:

“No debiera yo meterme en sus asuntos pero sí quiero que sepa que puede contar conmigo porque la verdad es que mi señora doña Mariana no podrá quererlo más que yo y que estoy dispuesto a dar por usted mi vida aunque ciertamente la vida de un esclavo vale bien poco.”

Recordemos que un esclavo costaba entre cuatrocientos y quinientos patacones de esa época, en el siglo XIX. Fermín le pregunta de nuevo a Daniel si desea casarse. Este le responde:

"¿Casarme? Jamás. Mi madre me ha dicho que viva y muera soltero, que a su merced le duele haberme dado la vida, que es muy doloroso tener hijos esclavos en quienes manda otro y no la madre y a quienes castiga otro a pesar de la madre".

"Como se conoce el buen juicio de Martina. Yo, si fuera esclavo, nunca me casaría, aunque también es cierto que siendo libre como soy, jamás me casaré."

Daniel le comenta a Fermín sobre la situación de no poderse él casar con Inés de Lara.

"Niéguelo todavía. Si Usted fuera rico y blanco se casaría con mi señorita Inés, nos compraría a mí y a mi madre. Yo lo serviría a Usted y mi madre a la señorita Inés. ¡Qué felices seríamos!"

Capítulo VII, Cali en 1789

Aquí hay datos valiosos para una consideración estadística de demografía y recursos.

"Cali no tenía en aquel tiempo la misma extensión que tiene ahora ni menos el número de vecinos que cuenta actualmente. Según el riguroso empadronamiento hecho en 1793, el recinto de la ciudad sólo contenía seis mil quinientos cuarenta y ocho habitantes y de éstos mil ciento seis eran esclavos.

Sabido es que Cali fue fundada un 25 de Julio de 1536 por el capitán Miguel López Muñoz, de orden de don Sebastián de Belalcázar; que fue la ciudad que más prosperó de todas cuantas los españoles fundaron en el Valle y que en poco tiempo llegó a ser muy populosa pero que después muchas familias principales se trasladaron a Popayán en busca de mejores climas.

“En ese año, pues, de 1789, la ciudad se extendía desde el pie de la colina de San Antonio hasta la capilla de San Nicolás y desde la orilla del río hasta la plazuela de Santa Rosa. Ese extenso barrio que existe hoy desde la plazuela hasta el llano es enteramente moderno.”

“Aunque el área de la población era grande, los edificios no eran tantos como podían caber en ella porque había manzanas con sólo dos o tres casas, cada casa con un espacioso solar y cada solar sembrado de árboles frutales, principalmente cacao y plátano y algunas palmas de coco. Los árboles frutales eran los mismos que hay ahora, con excepción del mango, que no era conocido todavía.”

“Casi todos los solares estaban cercados de palenques de guadua y sólo uno que otro, pertenecientes a los vecinos más ricos, tenían paredes de tapia aunque muy bajas.”

Eran los días en que en Cali el gobernador de Popayán, Pedro de Becaria y Espinosa ordenaba que se empedraran todos los frentes de las casas para que en las procesiones los párrocos y los feligreses no se enlodaran pisando el barro que formaban las lluvias torrenciales

que caían en Cali aunque dice Palacios que los caballeros y las damas usaban altos zuecos para evitar el fango, con una agilidad notable”.

“Los muebles eran grandes escaños de guanabanillo, sillas de brazos, poltronas y estrados o tarimas”.

“El río no tenía puente permanente. Cada año se hacía uno de madera y guadua un poco más abajo de La Ermita, que las crecidas, al entrar las lluvias se llevaban por delante, dejando cuando más los horcones”.

“En el otro lado del río había solamente tres o cuatro casas en forma de quintas o pequeñas haciendas, algunas con plantaciones de caña y trapiche. El resto de todo ese terreno estaba cubierto de guayabales que comenzando en el charco de La Estaca iban a terminar en Menga”.

“Los habitantes de Cali estaban divididos en tres ramas: blancos, indios y negros o sea: europeos, americanos y africanos. De éstas resultaban las siguientes variedades: el mestizo, hijo de blanco en india; el mulato, hijo de blanco en negra o viceversa y el zambo, hijo de negro en india o de indio en negra”.

“Los demás eran iguales en la humildad de la categoría pero la del esclavo era, como es claro, la más triste. Los plebeyos que no eran mestizos eran llamados “monteras”.

Daniel Potes Vargas

Cuando un esclavo se manejaba mal y el amo era caballeroso, lo amenazaba con venderlo a un amo cruel. Veamos:

“Con que un señor de esos bonachones dijera a su sirviente te vendo a don Fulano”, bastaba para que ese corrigiera en el instante. Esos esclavos, cuando sus amos eran de buen carácter, llegaban a amarlos tan sinceramente, que habrían sido, capaces de morir por ellos y justo es confesar que había amos que trataban a sus esclavos no como a tales sino como a sus hijos.”

Las mujeres no podían aprender a escribir porque sus maridos pensaban que así podían escribir o contestar cartas de amor.

“Sin embargo, ellas atendían a sus intereses aprendiendo a escarabajear en hojas de plátano en lugar del papel y con un punzón de madera en vez de pluma y poniendo por muestra una página del Cuotidiano. Al fin, bien que mal, concluían por hacer letra de imprenta y es fama que con ésto les bastaba”.

“En los libros del Ayuntamiento vemos cuán barata era la subsistencia en Cali. Una arroba de carne valía cuatro reales o menos, un real los plátanos y un real la leña que podía cargar una bestia. Un novillo, para pesar, seis pesos y una vaca, cuatro. Un caballo regular importaba ocho pesos y si era magnífico, una onza. El cabildo ponía los precios a los artículos de primera necesidad y designaba las personas que debían abastecer de carne a la ciudad cada año”.



“Cali era entonces la ciudad de las palmas y en esos elegantes y altísimos vegetales anidaban los coclíes.

Estas grandes aves formaban allí por las tardes ruidosas algarabías, como las cigüeñas. Ese canto o ese ruido ha sido siempre grato al oído del caleño. Hemos visto a uno de éstos, lejos de su patria, llorar de nostalgia por haber oído cantar a un coclí”.

“Estando la ciudad tan ventajosamente situada, el viajero que se dirigía a ella la alcanzaba a ver desde dos o tres leguas de distancia, cubierta de árboles. Sobre los árboles se destacaban las palmas en un gran número y en toda su gentileza y por entre las palmas se distinguían los blancos campanarios de sus iglesias. Cualquiera hubiera creído tener a la vista una ciudad oriental, tal vez Bagdad, coronada de palmeras y minaretos”.

En ese capítulo 7 Palacios detalla el escudo de armas de la muy noble y muy leal ciudad de Cali, declarada tal por la Real Cédula de 1670 y que desde el año 1559 gozaba de tal blasón. Don Felipe II habla de un río que entra al mar.

El roldanillense hace mofa de la escasa sapiencia geográfica del monarca.

En el capítulo VIII narra y describe cómo era La Pascua en Cali y en especial en el espacio literario, la hacienda Cañas Gordas.

Pinta a Cali como ciudad devota, entregada a la confesión y al ayuno hacia el mes de Abril. Desde el



palmar de Yunde se traían los ramos para el domingo de entrada de Jesús. Esa devastación en Yunde referencia la antigua costumbre de la deforestación.

Tras hablar de la vida en los conventos y del Lavatorio, las Tres Horas, el Descendimiento y otros capítulos de la festividad, comenta la presencia de los animeros que con sus voces lastimeras provocaban espanto en mujeres y niños y de los demanderos, que pedían limosnas de manera elegante, con una palangana de plata.

“Los ricos aplanchaban la ropa blanca con planchas de metal y los pobres alisaban la suya con grandes caracoles traídos del mar”.

En este capítulo se descompone el Alférez Real don Manuel Caicedo al ver que un intruso quiere de manera grosera participar como portador del palio. Los monaguillos, tras amonestarlos sin éxito, recurren al Alférez, quien en su condición de Corregidor Supremo, podía tomarlos del brazo y sacarlos del recinto.

“El día se pasó en visitas de monumentos, pues los había en la mayor parte de iglesias de Cali”.

Es uno de los capítulos donde no hay menciones de vegetales ni de animales, pero se ahonda en la religiosidad del antiguo Cali.



Capítulo IX

“Al día siguiente la familia del Alférez Real se levantó muy temprano, como lo tenía de costumbre”.

“Al regresar a la mesa anunció que Inés estaba con una calentura violenta y que era preciso darle un sudor de borraja”.

“Las niñas con su madre acudieron a la cama de Inés, a asistirle personalmente. Le hicieron tomar un sudor de borraja, achicoria y saúco. La abrigaron con esmero y se retiraron para dejarla tranquila, quedando solamente doña Rosa, que era la amiga más íntima que tenía, y Andrea”.

“Pero a las cuatro de la mañana, cuando se oyó la campanada del alma en San Francisco, montó en su caballo, con el corazón oprimido y atravesando la plaza a la diagonal, tomó la calle de San Pedro hacia el llano. En ese momento cantaban todos los gallos de la ciudad, alegrando el corazón de los caminantes, que emprendían viaje a esa hora y el de los enfermos, que deseaban ver la luz del día. Como las casas estaban todas cercadas con palenques de guadua, podía ir viendo desde la calle el fuego ya encendido en algunas cocinas o en algunos hornos, en donde las madres de familia hacendosas comenzaban a trabajar en sus faenas domésticas”.

Preguntando sobre los remedios que le han hecho a doña Inés de Lara, en el diálogo se comenta:



“¿Y los baños calientes con hojas de naranjo y ceniza, hasta las rodillas?”

Como ella, supuestamente, tenía tabardillo, se anota lo siguiente:

“Que le den la tisana, que es tan buena para el tabardillo”.

“Se llamaba tisana, por antonomasia, un pollo pequeño, lleno de cebada, que se ponía a cocer en agua hasta que se deshacía”.

En el Capítulo X Don Fernando de Arévalo, rival de Daniel en los amores con Inés, se hace mera dinámica narrativa sin alusiones al marco natural.

En el Capítulo XI se describen los sistemas médicos de la época. El libro más consultado en Cali, entre los pocos que tenían biblioteca, era el del francés Tissot. Las sanguijuelas eran método corriente de curación.

“En el cuarto del enfermo estaba don Juan Zamora y Martina. Fermín había ido a la ciénaga a coger las sanguijuelas que se encuentran a la raíz de los juncos”.

“Doña Francisca acudió al punto acompañada de las otras jóvenes. Esto es, de doña Gertrudis y de doña Josefa e inmediatamente, auxiliada por doña Rosa y por Andrea, aplicó las sanguijuelas con notable facilidad (a Daniel). Cuanto era buena y compasiva con los enfermos tanto era diestra en la aplicación de los remedios”.

En el capítulo XII no hay mención de bienes naturales. Tampoco en el XIII, El paje y Arévalo.

Capítulo XIV, Una nueva Arcadia

Como quien dice un nuevo paraíso. Aquí hay suculencia temática en tal sentido.

“El aspecto de esa comarca era bellísimo, como lo es siempre y para Daniel e Inés, felices con la confianza mutua que se habían hecho de su amor y que había descargado sus corazones de un gran peso, el paisaje era verdaderamente encantador”.

“Al salir de la casa tenían que subir por un plano ligeramente inclinado hasta llegar al lomo de la colina que, desprendiéndose del pie de la montaña, baja suavemente hasta morir cerca al río Cauca”.

“Al llegar a ese lomo debían descender por la otra pendiente hasta llegar al río Pance. Todo el camino era a lo más de una hora”.

“Allá en lontananza descansaba la vista en los empinados Farallones y en el erguido pico del Pance con su cúspide cónica y su color verde azulado. ¿Quién habrá ascendido jamás a esa cumbre altísima, asiento de las nubes y morada de las tempestades?”

“Al lado de abajo se presenta la parte más horizontal del terreno, con sus numerosos árboles colocados de trecho en trecho para dar sombra al ganado y que va a terminar en las selvas seculares del Cauca”.

“La llanura se interrumpe al sur en una larga barrera formada por los guaduales que coronan las orillas del río Jamundí y que le ofrecen con su follaje un palio perenne que lo resguarda de los rayos del sol”.

“Al norte el horizonte es tan extenso y el Valle por ese lado es tan bajo que, como en el mar, se alcanza a ver el cielo sin alzar los ojos. A dos leguas de distancia se alza la ciudad de Cali, reclinada sobre las faldas de la cordillera, coronada de montes y collados, de canarios y de palmas, arrullada por el murmurio de su río, a la sombra de sus naranjos, nísperos y tamarindos”.

“Refrescada por las brisas de la sierra y perfumada por el aroma de los azahares, flor aristocrática, de blancura, sin mancilla, emblema de la pureza, escogida por las vírgenes para tejer con ella sus coronas”.

“Al ver esos verdes campos y esos rebaños paciendo y esos arroyos murmurantes y esos frescos bosquecillos, y esos matices de luz y de sombras y esas hermosas doncellas, cualquiera creería tener a la vista un cuadro mitológico”.

“Mire, Daniel, allá lejos, del otro lado del río Cauca, en medio de esas selvas, se distinguen muchas casas de teja, ¿serán haciendas?”

“Esas no son casas de teja, dijo Daniel, viendo en la dirección que ella señalaba. Esas son las copas de los cachimbos que sobresalen y están florecidos”.



¡Cómo se conoce que Cali ha sido pobre en poetas, cuando ese río delicioso no ha tenido hasta ahora sus cantores!

“La cabalgata, al acercarse al río, entró a la espesa arboleda que en ese punto orlaba sus riberas”.

“Caminaron un rato a la sombra de un bosque de madroños cargados de fruto. Debajo de esos altos árboles crecían muchas otras plantas medianas de grandes hojas que mantenían el ambiente en deliciosa frescura. El ruido que allí hacía era muy leve porque esa parte era la única horizontal de su carrera”.

“Don Juan, al llegar a un espacio del bosque claro y limpio, hizo que las señoras se desmontaran, sirviéndose para ello del grueso tronco de un higuierón caído. Ese era el sitio acostumbrado para el baño, tanto por lo delicioso del paraje como por la utilidad que ofrecía el tronco”.

“Bajo esa bóveda de follaje corre el Pance, tejiendo aparentemente con sus aguas una trenza gigantesca. Entre los barrancos y la corriente hay playas secas por donde el que va a bañarse se pasea escogiendo el remanso que más le provoca. Esos remansos, llamados “charcos”, son regularmente profundos y a pesar de ello se distingue el fondo tapizado de pequeños guijarros blancos, azules y verdes, como si estuviera seco. Se ve distintamente que no hay en el fondo peligro alguno, ni ramas, ni hojas, ni fango, ni insectos”.

“La diafanidad de este río es tan notable que creemos que no haya otro que la tenga mayor, así como la delgadez y suavidad de sus aguas”.

“Mientras que las señoras se bañaban, Daniel y Fermín se ocuparon en coger madroños, ya alcanzando desde el suelo las ramas bajas, ya subiendo a los árboles. Don Juan, entretanto, se tendió muellemente sobre la blanda alfombra de hojas secas”.

No olvidemos que en el capítulo 19, Octubre en Cañasgordas, el tema del esclavismo es el fundamental.

El Alférez Real necesitaba reponer tres esclavos. Uno que había fallecido de muerte natural. Otro que había muerto fulminado por un rayo y una negra a la que le dio gangrena porque su brazo quedó hecho bagazo tras haber sido molido en el trapiche.

Hacia el final del capítulo comenta la alegría de los bozales:

“Los negros bozales sintieron mucha alegría cuando encontraron en la hacienda otros negros congos que hacía tiempo habían salido de su patria pero que recordaban perfectamente su nativa lengua, porque en ella se comunicaban entre si”.

“En la relación emocional del personaje con el marco natural, Daniel se pregunta: ¿Por qué será que hoy me parecen estas llanuras más hermosas que otras veces y la luz más brillante, el ambiente más perfumado y el día más alegre?”

“De regreso a la hacienda, las muchachas se mostraron alegres y locuaces. Tres cosas hay que excitan la sensibilidad de la mujer y la hacen comunicativa y complaciente: el baile, el baño y el paseo a caballo”.

Capítulo XV, La Serenata

“Al acercarse a la parte montuosa de ese lado de la hacienda, escogió Fermín una novilla mansa y gorda y la enlazó y tomó un camino que había por entre el monte, que salía directamente a la vereda de Catayá y que era mucho más corto que el camino real”.

“Catayá era todo lo que es hoy la ciénaga de Aguablanca con sus zarzales y pantanos. En aquel tiempo esa faja de tierra estaba en seco y cultivada. Había allí grandes platanales, maizales y cacaotales que se daban viciosamente por la feracidad del terreno y que pertenecían a dueños diferentes”.

“Todos éstos, además del cultivo de la tierra, se ocupaban de la cría de cerdos y de aves de corral, en crecido número. No le faltaban a cada agricultor de éstos dos o tres vacas que pacían en el gran llano de Cali y que acudían a la puerta de las labranzas a ser ordeñadas”.

“Los cerdos se criaban sueltos de día, regalándose con la fruta de ese elegante pino llamado en el país burílico, que abundaba mucho a orillas del Cauca. Este árbol tiene el tronco perfectamente cilíndrico, recto y sin

nudos y no tiene ramas ni hojas sino en la copa, semejándose a las palmas de coco con las cuales compite en altura. Un burilical es la arboleda mas hermosa que imaginarse pueda. A su sombra no se admiten malezas y sus finas hojas secas forman delgada y mullida alfombra. El que pasea por debajo de esos árboles alcanza a ver a largas distancias, porque ellos nacen bastante separados unos de otros. Un burilical es semejante a una gran mezquita con infinitas cúpulas sostenidas por innumerables columnas de orden morisco. Así nos figuramos, la catedral de Córdoba, que fue mezquita en ese tiempo de los moros”.

“Fermín y su compañero tardaron en llegar a su destino porque la novilla no cabrestaba sino con mucho trabajo; pero al fin llegaron”.

Cuando Matías, el negro amigo de Daniel, regresa a la hacienda tras tomar aguardiente, se refleja así:

“Enseguida sacó candela con su selabón, encendió un cigarro y armado de su garrote tomó a paso largo el camino de la hacienda oyendo cantar al bujío a los lados del camino y el morrocó allá en el centro del bosque”.



Capítulo XVI. Las bodas en Catayá

"Atravesaron el extenso y entonces limpio llano de Cali, en donde no se conocía aún esa planta tenaz llamada "aromo", la cual según se cuenta, fue traída de Cartagena para adorno de los jardines y que ahora amenaza apoderarse de todos los terrenos del Valle".

"Toda la naturaleza parecía acompañar a los novios en su justo alboroso: el día se anunciaba espléndido, como son generalmente los de Junio. En la arboleda próxima se dejaba oír el alegre canto de las guacharacas, canto a coro, ejecutado de árbol a árbol mientras que los monos atronaban la selva con su canto gutural, encaramados en los burilicales del otro lado del gran río".

"De repente apareció allá a alguna distancia de la casa de paja de Salguero, con su extenso patio y su puerta de trancas. A la espalda y a los lados de la casa estaban los cacaotales y más lejos los platanares y los maizales".

"En ese momento estaba el patio colmado de gallinas y pollos, patos y pavos en número increíble, a los cuales la señora Magdalena estaba arrojándoles maíz. A un lado del patio, en un espacioso chiquero, gruñía impaciente una crecida piara de cerdos; que pedía su desayuno. Del otro lado, en una manga de pasto común (no se conocían todavía las gramíneas llamadas guinea y pará), berreaban dos terneros cuyas madres contestaban mugiendo baja y sordamente en el callejón, junto a la puerta de trancas".

“A un extremo del patio se levantaba un gigantesco tamarindo, árbol de sombra saludable, que refresca la casa en las altas horas del día”.

“El cacaotal inmediato a la casa era extenso y bellissimo: limpio por debajo, estaba cubierto por una gruesa y tupida alfombra de grandes hojas secas. Los árboles de cacao que cubrían el suelo con su sombra estaban ellos mismos a la sombra de otros muy corpulentos: cachimbos, caracolés, árboles del pan, zapotes, caimitos, aguacates y madroños. Por entre esas dos bóvedas de follaje superpuestas, no penetraban los rayos del sol sino en una que otra parte”.

Las matas de cacao, como se decía entonces, estaban cargadas de mazorcas desde el pie hasta arriba.

“Amarillas unas, moradas otras y verdes pero en sazón muchas porque en ese mes era la cosecha grande del año”.

“A las once fueron a bañarse a un fresco torrente de agua que pasaba por allí cerca, sacado del río Cauca por cauce artificial y por donde se precipita casi la mitad de aquel río. En aquel tiempo no llevaba tanto caudal ni era tan profundo. En sus orillas crecían multitud de guamos que inclinaban sus ramas sobre el cauce y parecían gozarse en mojar sus gruesas churimas en las aguas del torrente”.

“La comida debía servirse en el cacaotal, en un punto donde la sombra era más densa. Habían unido tres mesas para que cupieran las veinte personas que habían de comer en ellas”.

“Los asientos eran escaños de guanabanillo a los lados y sillas de brazos a las cabeceras”.

“En las labranzas había todo género de frutas: piñas, melones, sandías, chirimoyas y muchas más pero estas no se servían en las mesas porque lo creían muy vulgar. Los que apetecían frutas iban a comerlas en la mata misma”.

“Sirvieron al fin muchos postres y el infaltable manjar blanco, con dulce en caldo (almíbar con brevas) y queso fresco”.

Al narrar cómo se hacían estas comidas campestres, se hace inventario del mundo vegetal y animal porque los vegetales y los animales no están sólo en la naturaleza sino en relación con la sociedad humana como alimentos, fuentes de transporte u ornamentación, de carácter medicinal o industrial, entre otros factores.

La botánica y el hombre crean la relación etnobotánica. La historia del hombre es también la historia de su relación con los animales y plantas que lo acompañan en su respectivo marco natural. Sigamos con estas menciones:

“Hombres y mujeres hicieron honor a esa especie de cena. Daniel salió al primer corredor en donde había descubierto a Matías entre los de la barra. Lo hizo entrar en el patio interior, le dio un plato de carnes fiambres y un vaso de vino, que el negro despachó a la sombra de un árbol de cacao”.

Capítulo XVII. Desaparición

Aquí se narra el extravío de Daniel y se retoma el tema esclavista.

“Abrió las ventanas de su aposento y vio en el patio a Fermín a caballo y a don Juan Zamora y al tío Luciano que hablaba con él, rodeados de varios esclavos pues como hemos dicho, era domingo y los negros no tenían ocupación forzosa”.

“Llegó la hora del almuerzo, que era siempre entre siete y ocho de la mañana porque en aquel tiempo no se tenía la costumbre del desayuno ni nadie tomaba café”.

Como nota de humor, cabe apuntar que un almuerzo a esa hora tan temprana del día llevaba al apetito y al bostezo muy temprano en la mañana también.

“Examinaron la extensa llanura en todas direcciones: allá, a una gran distancia, al pie de las lomas, por las cabeceras del Pance, se alcanzaban a ver dos águilas que revoloteaban sobre un mismo punto”.

“...Eso indica, dijo el tío Luciano, que algún esclavo ha prendido los pajonales: vea su merced el humo. Las águilas están allí para caer sobre las sabandijas que salgan huyendo de la candela”.

“En efecto, continuaron su camino, bajo los rayos de un sol abrasador, porque era más de mediodía, hasta llegar al pie de las lomas. Examinaron las colinas inmediatas sin hallar indicio de lo que buscaban. Un negro andaba por esas faldas quemando pajonales, pasando en esa diversión el día de fiesta”.

Capítulo XVIII, El Rodeo

“Cada mes se hacía el rodeo de todo el ganado manso, pues el arisco no entraba nunca en el corral. En otro día se hacía la recogida de las yeguas. Todos los lunes se racionaba la cuadrilla, en cuyo abasto se consumían veinte reses”.

“Sólo interrumpía la uniformidad de esa vida algunos vecinos de Cali, hombres y mujeres que iban a la hacienda con bastante frecuencia. Aquellos a comprar ganado y éstas a comprar miel o azúcar”.

“Los compradores de ganado y los de miel o azúcar regresaban siempre contentos a sus casas, llevando lo que habían ido a buscar aunque hubiesen ido a tratar sin dinero. Así como los transeúntes hallaban hospitalidad, con cena y acomodo para sus bestias, sin que les costara nada”.

“De esta manera se pasaron los meses de julio, agosto y septiembre, que son los de verano en el Valle”.

“Te aseguro, dijo don Juan, que no habrá quien lleve ese toro a Cali, a lo menos vivo. Ni en Jarama mismo, en la santísima España, se da un animal más corpulento y debe de ser bravo como un demonio; mírale la cara”.

“¿No se lo dije? Ese toro no iría a Cali ni a cuatro sogas porque es altuno y antes de llegar a Meléndez caería para no levantarse, por más que lo atormentaran y moriría encalambrado de soberbio”.

“A las seis se suspendió la operación de herrar y curar terneros. Poco después los vaqueros de la hacienda entraron en sus respectivas casas en busca de la comida preparada por sus esposas y por las madres y dispuestos a comer con esa hambre devoradora y benéfica con que comen los hombres que pasan el día al remo del trabajo”.

Capítulo XIX, Octubre en Cañasgordas

“A mediados de Octubre recibió don Manuel (El Alférez Real) una carta de don Juan de Valois en que le avisaba que en esa fecha había recibido sesenta y cuatro negros esclavos, hombres y mujeres, que le remitían de Cartagena para que los vendiera en el Valle y le preguntaba si su merced quería comprar algunos, en cuyo caso debía ir a escogerlos antes que se presentaran otros compradores”.

“Al instante en que llegó escogió dos negras jóvenes, robustas y sanas y un negro de iguales condiciones”.

“La escritura de los negros estaba redactada de la forma en que se usaba en aquel tiempo. Decía textualmente: que don Juan de Valois vende al señor Don Manuel de Caycedo; Alférez Real, tres negros bozales, dos hembras y un varón, herrados con la marca de enfrente, con todas sus tachas, vicios y defectos, enfermedades públicas y secretas, por de alma en boca y costal de huesos, a uso de feria y mercado franco y según y como se estila y se vende en el real mercado de la ciudad de

Cartagena de Indias, en el precio y cantidad de cuatrocientos y cuarenta patacones cada uno, libres de escritura y alcabala, que son de cargo del vendedor: renuncia la ley de ordenamiento real, fecha en cortes de Alcalá de Henares y los cuatro años más que en ella se declaran para repetir el engaño”.

“Estaban marcados en la espalda con hierro candente y la marca que tenían y que había sido copiada en la escritura se componía de una C y una S. De la C a la S había un arco en forma de puente. Encima del arco, tres hojas y sobre la hoja de en medio, una cruz”.

“Los tres negros eran bozales realmente. Esto es, recién sacados de su país y que no hablaban castellano porque había sido traídos directamente de África a Cartagena y de allí remitidos a Cali. Apenas entendían una que otra palabra que habían aprendido durante la travesía del Atlántico y el viaje de Cartagena al Valle”.

“Don Manuel entregó allí mismo en la escribanía los tres negros a Fermín, con orden de que se fuera con ellos para la hacienda, diciéndole que él los alcanzaría en el camino porque los tres negros iban a pie y llevó a su casa a don Juan de Valois y le entregó los mil trescientos veinte patacones”.

“A lo lejos, hacia el sur, por el lado de La Ferreira, retumbaban truenos sordos. La tempestad se había desencadenado desde temprano sobre esa comarca”.

"Los hacendados de entonces, aunque vestían mal, comían bien siempre. Las despensas de las haciendas estaban repletas en todo tiempo, abastecidas de carne curada de vaca y de cerdo, de huevos, leche, queso, miel, plátanos y maíz y el corral lleno de pollos, gallinas y pavos y el escaparate con una que otra botella de buen vino, para los casos de honor".

"¿Quién que transite hoy por ese camino yendo de Cali y vea los espesos y sucios matorrales que quedan a la izquierda al pasar la quebrada, sospechará siquiera que allí hubo una hermosa hacienda, con su gran casa de teja, su oratorio, su cuadrilla de esclavos a campana, ganados, labranzas y una familia feliz?"

"A Fermín y a los tres esclavos africanos les había cogido el temporal cuando iban por esa parte del camino que está entre el río Meléndez y la quebrada de Las Piedras".

"Poco antes de llegar a esta última, había un espeso bosque a la izquierda y en él se refugiaron al caer los primeros goterones y estallar el primer trueno. Allí, dentro del bosque, pero cerca del camino, había un gigantesco higuerón que les ofrecía casi tanto abrigo como una casa".

"Fermín, acostumbrado a esos estremecimientos de la naturaleza, sacó candela con su eslabón. Encendió un cigarro para calentarse un poco y aspiró con delicia el humo del maguey, tan grato para el fumador campesino cuando enciende su yesca entre los árboles y en momentos de lluvia".

“Fermín, que iba a caballo, se había arrimado al grueso tronco, debajo de las ramas más gruesas. Sus compañeros se metieron entre las combas del árbol y se acurrucaron. Fermín no tenía con quién hablar porque los africanos no lo entendían pero ellos hablaban entre sí en voz baja”.

En el capítulo XX se retoma en parte el tema esclavista. Veamos:

“Desde el balcón (Inés) veía todo el patio: las cabañas de los esclavos, la portada de la hacienda y la gente que pasaba por el camino real”.

En este mismo capítulo, llamado Remedio desesperado se remata el asunto esclavista, defendiendo la postura eclesíástica.

“La iglesia ha defendido siempre a los esclavos. Muchas diócesis han destinado sus rentas a la liberación de ellos y son muchos los cánones en que se imponen penas a los amos que los maltratan. Al interceder por ellos no sólo obedezco a la inclinación natural de mi carácter sino que cumplo con las obligaciones de mi ministerio”.

Capítulo XXI, Las sesiones del Ayuntamiento

Aparece aquí un tema que alude a situaciones muy frecuentes en el Valle del Cauca en esa época.

“La langosta invade la jurisdicción de Cali y manda el cabildo que todos los vecinos salgan a matar dicho insecto que había caído en las afueras de la ciudad, bajo la multa dos patacones los que no obedecieran pero que los pobres que no tuvieran cómo pagar la multa, sufrieran en su lugar veinticinco azotes”.

Aunque no toca el tema de los bienes naturales ni el de la servidumbre o esclavismo, en el capítulo XXII, La jura de Carlos IV, hay una nota que quisiéramos consignar aquí porque es casi un verso de hispanismo exagerado, pronunciado por el Alférez Real con ocasión de la fiestas en honor del rey español:

“Oidme todos, Castilla, Castilla, Castilla, Cali, por el rey nuestro señor, don Carlos IV”.

De la afición taurina o de sacrificio ritual de toros en Cali, vale la pena citar esta nota sobre el particular:

“Por la tarde se jugaron diez toros en la plaza. Ese era el número fijado por el Ayuntamiento y así se terminó la fiesta del día con varias danzas muy costosas y bien ejecutadas por jóvenes lujosamente vestidos”.

En Placer y dolor, capítulo XXIII, hay de nuevo mención de elementos naturales.

“La lechuza, que tenía su dormitorio en la iglesia inmediata, pasaba revoloteando y chillaba al pasar”.

“De repente, en el llano inmediato a la puerta de golpe, alzaron el vuelo cantando unos pellaes: esa era la señal de que habían sentido gente”.

“Al pasar el río hicimos alto. A la izquierda están los restos de las paredes de la antigua iglesia de Santa Rosa, iglesia que dio nombre a ese paso del río. Sobre esas ruinas nos sentamos, siempre custodiados mientras que el teniente fue a una casita que queda a la derecha, junto a una palma real, a comprar aguardiente y a encender cigarro pues ya había gente levantada y se veía candela en la cocina”.

En el capítulo XXIV, El convento de San Francisco, leemos: “Se sentó en una de las primeras gradas, viendo desde allí el extenso patio sombreado por cuatro naranjos, que sembrados hacía poco por los padres, estaban ya bastante crecidos y frondosos”.

“Daniel, sentado ya en la grada que estaba en oscuridad, veía el patio alumbrado en parte por la luna y sombreado en parte por los naranjos. Los claustros altos y bajos estaban sin luz”.

En los capítulos XXV, Confidencia, XXVI, el resto de la historia y en el capítulo XXVII, último de la inmortal novela, ya no hay temas naturales o esclavistas sino la dinámica narrativa propiamente dicha. Daniel termina arrebatando a Inés de Lara de un destino sombrío en un convento. Se descubre, como siempre, que él es de origen noble y con mucho dinero. Se casan y la historia se cierra en un happy end propio de las novelas costumbristas.

2018

2019

2020

2021

CONCLUSIONES

En María hay zonas, dos áreas geobotánicas por decirlo así. De un lado, la población vegetal que circunda la hacienda de El Paraíso. De otra, la vegetación del cañón del río Dagua, zona de dolor para Efraín porque allí tarda para llegar al encuentro de su amada María. Hay un vegetal que en ambas zonas está presente, la palmera.

Desde la perspectiva de los árboles son los naranjos, los sauces, los yarumos, los guayacanes, los que se llevan la distinción estadística. En materia de hierbas son la albahaca y la yerbabuena las que se llevan las palmas de presencia grata. En el campo de los arbustos los rosales se hacen emblema de toda la novela. Ellas y las azucenas están en los cabellos de María, en los floreros que ella prepara en el cuarto de Efraín, en el huerto aledaño a las habitaciones y, obviamente, como cabe en una novela romántica de final triste, en la cruz de hierro que tiene un nombre sencillo, María.

El espino de mono, el chíparo, la hoja hedionda, al lado de una fauna muy reiterada en su mención, componen el conjunto de bienes materiales que adornan desde la dimensión etnobotánica, la obra del caleño que murió en Ibagué.

La relación de los hombres, de la comunidad humana con los árboles, los arbustos y las plantas evidencia no sólo una estática sino una honda dinámica que se traduce en ángulos estéticos, medicinales o industriales. La caña de azúcar, como se verá en la obra del roldanillense Eustaquio Palacios, estaba destinada a cambiar las relaciones.

Se pasó de una vida con minifundios policultivados, donde el campesino tenía un poco de todo: plátano, cacao, naranjas, para dar paso al océano industrializado, agroindustrial del "minifundio monocultivado".

Inecuaciones de Isaacs que no están en el papel, pero que serán la legítima historia económica de la agricultura vallecaucana, cambiada en sus modelos ancestrales hacia una dimensión productiva y capitalista.

La esclavitud, la servidumbre, se deja entrever de manera "romántica". El esclavo es parte del paisaje y de la familia. Nunca se rebelan porque son bien tratados.

Nunca generan revueltas porque sus amos son de condición benigna y el trato que les procuran no los incita a la rebelión. Hay escenas donde se valora la esclavitud, por ejemplo, a través del uso del caballo por parte de mujeres que no son de la familia del amo.

Como Rafael Humberto Moreno Durán comenta, las protestas del escritor, de Isaacs Ferrer contra la esclavitud o el régimen esclavista decadente ya en el siglo XIX, se dio en sus ensayos teóricos, en sus escritos de corte político y revolucionario.

No olvidemos que Isaacs fue primero conservador y se hizo luego liberal. Tumbó gobiernos para luego posar de tranquilo en su vida política.

Una personalidad así tan compleja se daba en sus textos trasvasada como dialéctica de contrarios. Sabía de la vida de los esclavos pero los hace neutros en su relato, no sufriendo sino conviviendo todas las peripecias y cotidianidades de su familia, la de su alter ego Efraín, en el espacio ya mítico de El Paraíso.

Como dice Nancy Motta González, en su trabajo *Las dinámicas culturales y la identidad vallecaucana*: “La hibridación cultural vallecaucana se ha centrado en las poblaciones populares, campesinas, pues éstas residiendo en áreas rurales cercanas a los poblados, han tenido siempre consumos culturales urbanos”. (Cali, 2005).

De Santa Elena al Paraíso y viceversa, de El Cerrito a Cali y de Cali a otras partes, se genera una dinámica que se esboza como tímido celaje en la novela. Es el comienzo de un perfil, la silueta de un futuro que comenzamos a ver como crisol de múltiples factores en un departamento abierto a muchos influjos y cerrado para otros ciclos de renovación, de manera intermitente.

Los bienes naturales son descritos más como un marco o paisaje que contiene a los personajes de la acción narrativa, que como elementos de una relación médica o de utilidad para los habitantes de la hacienda. Los árboles, arbustos y plantas son como un decorado que funcionan en ocasiones como símbolos. Tales los casos de las rosas y las azucenas. La botánica en María presenta dos vertientes, la aledaña al foco de la hacienda, a sus huertos y jardines y la que presenta el mundo vegetal y animal del río Dagua, cuando Efraín viene de Europa preocupado por la eventual muerte de María.



En El Alferez Real, el mundo vegetal es el propio sólo de la hacienda Cañasgordas. En ambas haciendas el naranjo se lleva las palmas, al lado de las palmas reales, la representación estadística más notable. El maíz, el cacao, el madroño, el aguacate, el ceibo (aparece como tal, no como la ceiba), al lado del yarumo, aparecen como entidades vegetales más mencionadas. En el mundo de las plantas, la yerbabuena, la albahaca y la borraja son las más mencionadas estadísticamente.

El burilico (o pino), el higuerón, el saúco, el guamo, el junco, el cachimbo, el níspero, el árbol del pan, la chirimoya, así como las piñas y las sandías, al igual que los caimitos, tienen una connotación estadística menor.

Desde el ángulo medicinal, la hoja hedionda citada en María (tramo de Dagua) al igual que el guayacán desde el ángulo estético, son de mención simbólica.

El caballo y el perro, el tigrillo y el venado, los murciélagos, el verrugoso, los coclíes, el morrocó y peces como el nayo configuran el orbe zoológico de estos dos relatos.

En la nota sobre la taxonomía de esos vegetales y animales veremos paralelamente cuáles de ellos sobreviven como entorno natural de esa época. ¿Qué queda de las plantas y árboles de haciendas tardías del siglo XIX?

Si las rosas y azucenas son símbolos que se cruzan en los amores entre Efraín y María, los esclavos son figuras que logran disolverse como un elemento más del paisaje de la hacienda. Ello se hace por un mecanismo que se llama "blanqueado de negros" (Fuentes, Crispín, 2006).

¿Cómo se logra difuminar las voces de los subalternos, de los esclavos, de los servidores de la hacienda? En primer lugar, la hacienda El Paraíso se hace un espacio idílico, idealizado dentro del espacio tiempo de un relato romántico. La ficcionalidad, genial hay que decirlo de Isaacs, invisibiliza la cultura negra. El autor, con su criterio paternalista genera comportamientos y actitudes que se corresponden con ese imaginario. Muchas veces la historia, aun la económica, no refleja la esencia de una época desde los ángulos socioeconómicos. Por ello, los relatos nos permiten acceder a esa retórica afectiva de los subalternos con sus amos. María puede dejar traslucir y evidenciar unas relaciones entre dominadores y dominados. Por ello, la presencia de la esclavitud en una hacienda colonial tardía como El Paraíso, se permitió ver unas relaciones culturales especiales, dentro de un espacio especial, no típico. El peso estético de la ficcionalización, en una hacienda donde obviamente debía existir la injusticia y la presión artística, de una obra romántica de esta envergadura termina difuminando los colores fuertes de la esclavitud, restándoles tragedia e intensidad.

En María los intersticios sociales se camuflan y es así como las relaciones amo-esclavo se hacen ambiguas, equívocas y de una extraña complicidad, cosa que no ocurre con El Alférez Real, donde los esclavos tienen líneas sociales y cotidianas más marcadas dentro del relato. El espacio de los amos, las costumbres de los amos frente al ámbito y conducta de la masa de esclavos negros es más abierta y contundente. De hecho, en un capítulo, don Manuel Caycedo, el Alférez Real, compra esclavos para reponer otros que ha perdido, esclavos que vienen del mercado "real" de Cartagena.



Aunque María no es una obra de historia, debiera de alguna manera reflejar parte de ella. El Paraíso es un espacio edénico y allí no llegan los ecos de guerras civiles. No obstante hay descripciones detalladas de la travesía de Efraín por la zona del Dagua, llena de verrugosos y peligros.

En El Paraíso hay esclavos cuya presencia llega a ser tan diluida como la de los árboles o las azucenas. Cuando va por el Dagua, siempre los bogas negros asumen los peligros más letales, como el de las corrientes o las víboras.

Al estetizar de manera magistral la naturaleza, al hacer arte de los bienes naturales: animales, plantas, aguas o tierras, se logra opacar las realidades humanas. En El Alferez Real este opacamiento es menor dado que la presencia de la servidumbre es más notoria. La complejidad de ellos, de los esclavos, queda casi inaccesible, se hacen parte del paisaje. Un esclavo es como un yarumo, en María. En la novela de Palacios, es un esclavo.

Los indígenas fueron reemplazados por los esclavos negros. Su hambre, su dolor, las vejaciones sexuales a que eran sometidas sus mujeres no se ven por parte alguna.

Se paternaliza el trato y aunque Germán Colmenares asegura que las sociedades esclavistas se daban sobre todo en Cartagena y Popayán, Cali y el Valle fueron epicentros de trata de negros. Lentamente mineros y comerciantes fueron reemplazando a los terratenientes.

Daniel Potes Vargas

En la novela de Isaacs se narra que una de las mejoras fue una costosa y bella fábrica de azúcar. No hay allí anhelo de modernidad social sino una evocación de la cultura colonial. Obviamente, la hacienda El Paraíso se ubica a buena distancia temporal de la colonia. El relato es compuesto hacia finales del siglo XIX y para ese entonces algunas formas de producción económica, descritas en la novela, se conservaban.

No olvidemos que el padre del escritor caleño es un judío llegado de Montigo Bay a Colombia donde contrajo matrimonio con una mujer llamada Manuelita, nombre que heredó el ingenio azucarero colombiano más conocido.

Debemos decir dos cosas finalmente. De un lado, que desde la perspectiva estética el relato no está obligado a delatar o reflejar el espíritu abolicionista del autor. Se utilizan de modo libre expresiones como esclavos, criados y ayos como actores de la hacienda. La abolición fue relativa con el tiempo ya que si se permitía a los esclavos construir algunas casas y sembrar debían pagar para descontar terraje sembrando caña, plátano y cacao, como lo refieren Arocha y Friedemann.

En medio de este ambiente idílico de amores fracasados en María y de final feliz entre Daniel e Isabel de Lara, en medio de la abundante naturaleza de frutos, caza y flores serpenteaba la negra cobra de la esclavitud, del comercio de humanos con humanos y ello se refleja, como radiografía poética o semirrealista tanto en María como en El Alférez Real.



A continuación daremos una breve taxonomía o clasificación de los árboles citados en ambas novelas y una alusión a si siguen cultivadas o perviven el área.

SANTA ELENA - MARÍA

FAMILIA	NOMBRE CIENTIFICO	NOMBRE COMÚN	PRESENCIA EN LA ZONA
Rosaceae	Rosa sp	Rosa	Media
Sapotaceae	Manilkara zapota	Níspero	Bajo
Poaceae	Zea mays	Maíz	Son pocos los cultivos
Euphorbiaceae	Manihot sculenta	Yuca	Media
Musaceae	Musa paradisiaca	Plátano	Media
Lamiaceae	Ocimum basilicum	Albahaca	Media
Lamiaceae	Mentha pipenta	Yerbabuena	Media
Rutaceae	Citrus sinensis	Naranja	Común
Bombacaceae	Ceiba pentandra	Ceibo	Algunos árboles aislados
Cecropiaceae	Cecropia caucana	Yarumo	Muy poco
Poaceae	Saccharum officinarum	Caña de azúcar	Alta
Fabaceae	Erythrina poeppigiana	Pisamo	Medio, en ríos y quebradas
Annonaceae	Annona muricata	Guanábano	Media
Poaceae	Guadua angustifolia	Guadua	Media, era abundante
Sterculiaceae	Theobroma cacao	Cacao	Muy poco
Cucurbitaceae	Lagenaria siceraria	Calabaza	No conozco de su presencia
Clusiaceae	Garcinia madrunno	Madroño	Muy escaso

JAMUNDÍ – ALFÉREZ REAL

FAMILIA	NOMBRE CIENTIFICO	NOMBRE COMÚN	PRESENCIA EN LA ZONA
Annonaceae	Annona chermolla	Chirimolla	Muy poco
Lauraceae	Persea americana	Aguacate	Alto
Sapotaceae	Chrysophyllum	Caimito	Muy poco
Anacardiaceae	Auacardium excelsum	Caracolí	Medio
Cachimbo	Erythrina Poeppigiana	Pisamo	Medio
Mimosaceae	Imgaedulis	Guamo	Muy poco
Rutaceae	Citrus sinensis	Naranja	Alto
Arrecaceae	Roystonea regia	Palma real	Medio
Bignoniaceae	Tabebuia chysantha	Guayacán amarillo	Medio
Mimosaceae	Pithece llobium gp	Chipero	Alto
Annonaceae	Xylupia liqustrifolia	Bunlico	Bajo
Moraceae	Artocarpus commaunis	Árbol del pan	Poco
Moraceae	Ficus glabrata	Higuerón	Medio



(2014)

(20)

(2014)

(20)

En cuanto a la fauna, el tigrillo (*Leopardus Tigrinus*), el venado (*Odocoileus virginianus*), el loro (*Psittacidae*) y el guatín (*Myoprocta Pratti*), constantes en ambos relatos, han desaparecido casi por completo. La flora es más lenta en desaparecer pero la fauna acusa más el impacto devastador del hombre.



BIBLIOGRAFÍA

- Almarío Oscar, La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, Cali, Caon Editores, 1993.
- Colmenares Germán, Cali, terratenientes, mineros y comerciantes, Cali, Univalle, 1975.
- Espinosa Jaramilló Gustavo, Valle del Cauca, Pobladores y Fundadores, Ciudades, pueblo y Aldeas, Cali, Usaca, 2005.
- Franco Duque Omar, Valle del Cauca, Región Integral, Cali, Imprenta Departamental, 1993.
- Isaacs Ferrer Jorge, María, Bogotá, Susaeta Editores, 1993.
- Núñez Segura José Aristides, Literatura Colombiana, Medellín, Bedout, 1964.
- Paredes Cruz Joaquín, El Valle del Cauca, su realidad económica y cultural. Bogotá, Plaza y Janés, 1989.
- Potes Vargas Daniel, Autores colombianos, vallecaucanos, tuluenses, Tuluá, Editorial Teclados, 1990.
- Prado Mejía Eduardo, Campesinos, poblamiento y conflictos: Valle del Cauca 1800 - 1848. Cali, Univalle, 2002.
- Valencia Llano Alonso, Zuluaga Francisco, Historia Regional del Valle del Cauca, Cali, Univalle, 1992.
- Villegas Méndez Luis Carlos, El libro de las yerbas-plantas medicinales útiles en Colombia, Tuluá. Editorial Uceva, 2007.



ARTÍCULOS

- Cristina María Teresa, Las ediciones de María, Bogotá, Gaceta de Colcultura N. 26.
- Fuentes Crispín Nara, Nos damos por convidados, la voz de los esclavos en la hacienda El paraíso, Bogotá, Universidad Nacional, 2006.
- Garavito Fernando, Cien años y más de María, la bella durmiente, Bogotá Gaceta de Colcultura, 1995 N. 26.
- Mejía Duque Jaime, La paradoja de Jorge Isaacs, Bogotá, Gaceta de Colcultura, 1995, número 26. 1995
- Moreno Durán, Rafael Humberto, Vaticinio desde El Paraíso, Bogotá, Gaceta de Colcultura, 1995, No. 26.
- Motta González Nancy, Las dinámicas culturales y la identidad vallecaucana, Cali, Univalle, 2005.

100-1000

100-1000

INDICE

	Pág.
Prefusión	9
Introducción	13
La Tierra, la palabra y la mujer	17
No todo es inocencia	31
María, ¿novela o poema?	33
María, ¿sólo castidad?	37
Isaacs, ¿muy judío?	39
No sólo invención	43
¿Qué refleja María?	47
Plantas y animales en los capítulos de María	51
ANEXOS	
Sobre la Hacienda El Paraíso y María	113
Origen de la Hacienda El Paraíso	115
¿Existió realmente María?	121

	Pág.
Eustaquio Palacios	127
El Alférez Real	129
Conclusiones	165
Bibliografía	177

11

11

11

11



Flora y fauna en María y El Alférez Real es una relación del mundo verde y activo de un Valle que se ve evocado y perfilado en vocablos que ya no corresponden al calibre del paisaje actual. Árboles, arbustos y plantas, animales, domésticos o salvajes, desfilan citados de los capítulos que abordan estos bienes naturales. De los 65 capítulos de la obra de Isaacs

Ferrer y de los 27 del texto del roldanillense, no todos hablan de vegetales o de criaturas de los ríos y los bosques. Muchas veces la dinámica narrativa, con su parafernalia de descripciones, comentarios, metáforas, temas, argumentos y jerarquías de personajes, sepulta o diluye el marco natural. Esclavos y tamarindos terminan siendo iguales, amos y palmeras se hacen parte de un paisaje neutro en la obra del caleño y más intensamente denunciante en la novela de Palacios. Este libro es una invitación a repasar nombres míticos de animales como el nayo o de árboles como el písamo que se han borrado, para desventura de la memoria colectiva, de muchas crónicas del campo. Todo verdor perecerá, dice Mallea. Todo verde quedará, parecen decir ambas novelas, por encima de esclavitudes, modelos económicos, devastaciones y otras formas de la ingratitud. Si los claveles y las rosas, si las azucenas y las campánulas son símbolos florales en el cabello de María o en el huerto adyacente a la estancia de Efraín, la flor más frecuente en nuestros jardines es la ingratitud. Este libro es una lucha contra ese olvido ominoso y corrosivo

DANIEL POTES VARGAS
Tuluá, Diciembre de 2009